UNIV.
OF TORONTO
LIBRARY

93842

EL COMENDADOR MENDOZA.

V.162.C

JUAN VALERA.

EL COMENDADOR MENDOZA.

MADRID.
LIBRERIA DE FERNANDO FE.
Carrera de San Jerónimo, 2.

SEVILLA.
F.co ALVAREZ Y C.a, EDITORES.
Calle de Tetuan, 24.

Es propiedad.

1813
11/4/1890
1 6

MADRID, 1881.—Imprenta y estereotipia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra).

Á LA

Excma. Señora Doña Ida de Bauer.

Nunca, estimada señora y bondadosa amiga, soñé con ser escritor popular. No me explico la causa, pero es lo cierto que tengo y tendré siempre pocos lectores. Mi aficion á escribir es, sin embargo, tan fuerte, que puede más que la indiferencia del público y que mis desengaños.

Várias veces me dí ya por vencido y hasta por muerto; mas apénas dejé de ser escritor, cuando reviví como tal bajo diversa forma.

Primero fuí poeta lírico, luégo periodista, luégo crítico, luégo aspiré á filósofo, luégo tuve mis intenciones y conatos de dramaturgo zarzuelero, y al cabo traté de figurar como novelista en el largo catálogo de nuestros autores.

Bajo esta última forma es como la gente me ha recibido ménos mal; pero áun así, no las tengo todas conmigo.

Mi musa es tan voluntariosa, que hace lo que quiere, y no lo que yo le mando. De aquí proviene que, si por dicha logro aplausos, es por falta de prevision.

Escribí mi primera novela sin caer hasta el fin en que era novela lo que escribia.

Acababa yo de leer multitud de libros devotos.

Lo poético de aquellos libros me tenía hechizado, pero no cautivo. Mi fantasía se exaltó con tales lecturas, pero mi frio corazon siguió en libertad y mi seco espíritu se atuvo á la razon severa.

Quise entónces recoger como en un ramillete todo lo más precioso, ó lo que más precioso me parecia, de aquellas flores místicas y ascéticas, é inventé un personaje que las recogiera con fe y entusiasmo, juzgándome yo, por mí mismo, incapaz de tal cosa. Así brotó espontánea una novela, cuando yo distaba tanto de querer ser novelista.

Despues me he puesto adrede á componer otras, y dicen que lo he hecho peor.

Esto me ha desanimado de tal suerte, que he estado á punto de no volver á escribirlas.

Entre las pocas personas que me han dado nuevo aliento, descuella V., ora por la indulgencia con que celebra mis obrillas, ora por el valor que los elogios de V., si prescindimos por un instante de la bondad que los inspira, deben tener para cuantos conocen su rara discrecion, su delicado gusto y el hondo y exquisito sentir con que percibe todo lo bello.

Aunque yo no hubiese seguido de antemano la sentencia de aquel sabio alejandrino que

afirmaba que sólo las personas hermosas entendian de hermosura, V. me hubiera movido á seguirla, mostrándose luminoso y vivo ejemplo y gentil prueba de su verdad.

No extrañe V., pues, que, lleno de agradecimiento, le dedique este libro.

Por ir dedicado á V., quisiera yo que fuese mejor que *Pepita Jimenez*, á quien V. tanto celebra; pero harto sabido es que las obras literarias, y muy en particular las de carácter poético, sólo se dan bien en momentos dichosos de inspiracion, que los autores no renuevan á su antojo.

En esto, como en otras mil cosas, la poesía se parece á la magia. Requiere la intervencion del cielo.

Cuentan de Alberto Magno que, yendo en peregrinacion de Roma á Alemania, pasó una noche á las orillas del Po, en la cabaña de un pescador. Agasajado allí muy bien, quiso el doctor probar su gratitud al huésped, y le hizo y le dió un pez de madera, tan maravi-

lloso, que, puesto en la red, atraia á todos los peces vivos. No hay que ponderar la ventura del pescador con su pez mágico. Cierto dia, con todo, tuvo un descuido, y el pez se le perdió. Entónces se puso en camino, fué á Alemania, buscó á Alberto, y le rogó que le hiciera otro pez semejante al primero. Alberto respondió que lo deseaba (tambien deseo yo hacer otra *Pepita Jimenez*), mas que, para hacer otro pez que tuviese todas las virtudes del antiguo, era menester esperar á que el cielo presentase idéntico aspecto y disposicion en constelaciones, signos y planetas, que en la noche en que el primer pez se hizo; lo cual no podia acontecer sino dentro de treinta y seis mil y pico de años.

Como yo no puedo esperar tanto tiempo, me resigno á dedicar á V. *El Comendador Mendoza.*

Este simpático personaje, ántes de salir en público, no ya escondido y á trozos, sino por completo y por sí solo, pasa, con la vénia de

Lucía, á besar humildemente los lindos piés de V. y á ponerse bajo su amparo. Remedando á un antiguo compañero mio, elige á usted por su madrina. No desdeñe V. al nuevo ahijado que le presento, aunque no valga lo que *Pepita*, y créame su afectísimo y respetuoso servidor.

JUAN VALERA.

EL COMENDADOR MENDOZA.

I.

A pesar de los quehaceres y cuidados que me retienen en Madrid casi de contínuo, todavía suelo ir de vez en cuando á Villabermeja y á otros lugares de Andalucía, á pasar cortas temporadas de uno ó dos meses.

La última vez que estuve en Villabermeja ya habian salido á luz *Las Ilusiones del Doctor Faustino.*

Don Juan Fresco me mostró en un principio algun enojo de que yo hubiese sacado á relucir su vida y las de varios parientes suyos en un libro de entretenimiento; pero al cabo, conociendo que yo no lo habia hecho á mal hacer, me perdonó la falta de sigilo. Es más; D. Juan aplaudió la

idea de escribir novelas fundadas en hechos reales, y me animó á que siguiese cultivando el género. Esto nos movió á hablar del Comendador Mendoza.

—¿El vulgo, dije yo, cree aún que el Comendador anda penando, durante la noche, por los desvanes de la casa solariega de los Mendozas, con su manto blanco del hábito de Santiago?

—Amigo mio, contestó D. Juan, el vulgo lee ya *El Çitador* y otros libros y periódicos librepensadores. En la incredulidad, ademas, está como impregnado el aire que se respira. No faltan jornaleros escépticos; pero las mujeres, por lo comun, siguen creyendo á piés juntillas. Los mismos jornaleros escépticos niegan de dia y rodeados de gente, y de noche, á solas, tienen más miedo que ántes de lo sobrenatural, por lo mismo que lo han negado durante el dia. Resulta, pues, que, á pesar de que vivimos ya en la edad de la razon y se supone que la de la fe ha pasado, no hay mujer bermejina que se aventure á subir á los desvanes de la casa de los Mendozas sin bajar gritando y afirmando á veces que ha visto al Comendador, y apénas hay hombre que suba solo á dichos desvanes sin hacer un grande esfuerzo de voluntad para vencer ó disimular el miedo. El Comendador, por lo visto, no ha cumplido aún su tiempo de purgatorio, y eso que murió al empe-

zar este siglo. Algunos entienden que no está en el purgatorio, sino en el infierno; pero no parece natural que, si está en el infierno, se le deje salir de allí para que venga á mortificar á sus paisanos. Lo más razonable y verosímil es que esté en el purgatorio, y esto cree la generalidad de las gentes.

—Lo que se infiere de todo, ora esté el Comendador en el infierno, ora en el purgatorio, es que sus pecados debieron de ser enormes.

—Pues, mire usted, replicó D. Juan Fresco, nada cuenta el vulgo de terminante y claro con relacion al Comendador. Cuenta, sí, mil confusas patrañas. En Villabermeja se conoce que hirió más la imaginacion popular por su modo de ser y de pensar que por sus hechos. Sus hechos conocidos, salvo algun extravío de la mocedad, más le califican de buena que de mala persona.

—De todos modos, ¿V. cree que el Comendador era una persona notable?

—Y mucho que lo creo. Yo contaré á V. lo que sé de él, y V. juzgará.

Don Juan Fresco me contó entónces lo que sabía acerca del Comendador Mendoza. Yo no hago más que ponerlo ahora por escrito.

II.

Don Fadrique Lopez de Mendoza, llamado comunmente el Comendador, fué hermano de don José, el mayorazgo, abuelo de nuestro D. Faustino, á quien supongo que conocen mis lectores.

Nació D. Fadrique en 1744.

Desde niño dicen que manifestó una inclinacion perversa á reirse de todo y á no tomar nada por lo serio. Esta cualidad es la que ménos fácilmente se perdona, cuando se entreve que no proviene de ligereza, sino de tener un hombre el espíritu tan serio, que apénas halla cosa terrena y humana que merezca que él la considere con seriedad; por donde, en fuerza de la seriedad misma, nacen el desden y la risa burlona.

Don Fadrique, segun la general tradicion, era un hombre de este género: un hombre jocoso de puro serio.

Claro está que hay dos clases de hombres jocosos de puro serios. A una clase, que es muy numerosa, pertenecen los que andan siempre tan serios, que hacen reir á los demas, y sin quererlo son jocosos. A otra clase, que siempre cuenta po-

cos individuos, es á la que pertenecia D. Fadrique. Don Fadrique se burlaba de la seriedad vulgar é inmotivada, en virtud de una seriedad exquisita y superlativa; por lo cual era jocoso.

Conviene advertir, no obstante, que la jocosidad de D. Fadrique rara vez tocaba en la insolencia ó en la crueldad, ni se ensañaba en daño del prójimo. Sus burlas eran benévolas y urbanas, y tenian á menudo cierto barniz de dulce melancolía.

El rasgo predominante en el carácter de D. Fadrique no se puede negar que implicaba una mala condicion: la falta de respeto. Como veia lo ridículo y lo cómico en todo, resultaba que nada ó casi nada respetaba, sin poderlo remediar. Sus maestros y superiores se lamentaron mucho de esto.

Don Fadrique era ágil y fuerte, y nada ni nadie le inspiró jamas temor, más que su padre, á quien quiso entrañablemente. No por eso dejaba de conocer y áun de decir en confianza, cuando recordaba á su padre, despues de muerto, que, si bien habia sido un cumplido caballero, honrado, pundonoroso, buen marido y lleno de caridad para con los pobres, habia sido tambien un *vándalo*.

En comprobacion de este aserto contaba D. Fadrique várias anécdotas, entre las cuales ninguna le gustaba tanto como la del bolero.

Don Fadrique bailaba muy bien este baile cuando era niño, y D. Diego, que así se llamaba su padre, se complacia en que su hijo luciese su habilidad cuando le llevaba de visitas ó las recibia con él en su casa.

Una dia llevó D. Diego á su hijo D. Fadrique á la pequeña ciudad, que dista dos leguas de Villabermeja, cuyo nombre no he querido nunca decir, y donde he puesto la escena de mi *Pepita Jimenez*. Para la mejor inteligencia de todo, y á fin de evitar perífrasis, pido al lector que siempre que en adelante hable yo de la ciudad entienda que hablo de la pequeña ciudad ya mencionada.

Don Diego, como queda dicho, llevó á D. Fadrique á la ciudad. Tenía D. Fadrique trece años, pero estaba muy espigado. Como iba de visitas de ceremonia, lucía casaca y chupa de damasco encarnado con botones de acero bruñido, zapatos de hebilla y medias de seda blanca, de suerte que parecia un sol.

La ropa de viaje de D. Fadrique, que estaba muy traida y con algunas manchas y desgarrones, se quedó en la posada, donde dejaron los caballos. Don Diego quiso que su hijo le acompañase en todo su esplendor. El muchacho iba contentísimo de verse tan guapo y con traje tan señoril y lujoso. Pero la misma idea de la elegancia aristocrática del traje le infundió un senti-

miento algo exagerado del decoro y compostura que debia tener quien le llevaba puesto.

Por desgracia, en la primera visita que hizo D. Diego á una hidalga viuda, que tenía dos hijas doncellas, se habló del niño Fadrique y de lo crecido que estaba, y del talento que tenía para bailar el bolero.

—Ahora, dijo D. Diego, baila el chico peor que el año pasado, porque está en la *edad del pavo:* edad insufrible, entre la palmeta y el barbero. Ya ustedes sabrán que en esa edad se ponen los chicos muy empalagosos, porque empiezan á presumir de hombres y no lo son. Sin embargo, ya que ustedes se empeñan, el chico lucirá su habilidad.

Las señoras, que habian mostrado deseos de ver á D. Fadrique bailar, repitieron sus instancias, y una de las doncellas tomó una guitarra y se puso á tocar para que D. Fadrique bailase.

—Baila, Fadrique, dijo D. Diego, no bien empezó la música.

Repugnancia invencible al baile, en aquella ocasion, se apoderó de su alma. Veia una contrariedad monstruosa, algo de lo que llaman ahora una *antinomia*, entre el bolero y la casaca. Es de advertir que en aquel dia D. Fadrique llevaba casaca por primera vez: estrenaba la prenda, si puede calificarse de estreno el aprovechamiento del arreglo ó refundicion de un vestido, usado

primero por el padre y despues por el mayorazgo, á quien se le habia quedado estrecho y corto.

—Baila, Fadrique, repitió D. Diego, bastante amostazado.

Don Diego, cuyo traje de campo y camino, al uso de la tierra, estaba en muy buen estado, no se habia puesto casaca como su hijo. Don Diego iba todo de estezado, con botas y espuelas, y en la mano llevaba el látigo con que castigaba al caballo y á los podencos de una jauría numerosa que tenía para cazar.

—Baila, Fadrique, exclamó D. Diego por tercera vez, notándose ya en su voz cierta alteracion, causada por la cólera y la sorpresa.

Era tan elevado el concepto que tenía D. Diego de la autoridad paterna, que se maravillaba de aquella rebeldía.

—Déjele V., señor de Mendoza, dijo la hidalga viuda. El niño está cansado del camino y no quiere bailar.

—Ha de bailar ahora.

—Déjele V.; otra vez le verémos, dijo la que tocaba la guitarra.

—Ha de bailar ahora, repitió D. Diego. Baila, Fadrique.

—Yo no bailo con casaca, respondió éste al cabo.

Aquí fué Troya. Don Diego prescindió de las señoras y de todo.

—¡Rebelde! ¡mal hijo! gritó: te enviaré á los Toribios: baila ó te desuello; y empezó á latigazos con D. Fadrique.

La señorita de la guitarra paró un instante la música; pero D. Diego la miró de modo tan terrible, que ella tuvo miedo de que la hiciese tocar como queria hacer bailar á su hijo, y siguió tocando el bolero.

Don Fadrique, despues de recibir ocho ó diez latigazos, bailó lo mejor que supo.

Al pronto se le saltaron las lágrimas; pero despues, considerando que habia sido su padre quien le habia pegado, y ofreciéndose á su fantasía de un modo cómico toda la escena, y viéndose él mismo bailar á latigazos y con casaca, se rió, á pesar del dolor físico, y bailó con inspiracion y entusiasmo.

Las señoras aplaudieron á rabiar.

—Bien, bien, dijo D. Diego.—¡Por vida del diablo! ¿Te he hecho mal, hijo mio?

—No, padre, dijo D. Fadrique. Está visto: yo necesitaba hoy de doble acompañamiento para bailar.

—Hombre, disimula. ¿Por qué eres tonto? ¿Qué repugnancia podias tener, si la casaca te va que ni pintada, y el bolero clásico y de buena escuela es un baile muy señor? Estas damas me perdonarán. ¿No es verdad? Yo soy algo vivo de genio.

Así terminó el lance del bolero.

Aquel dia bailó otras cuatro veces D. Fadrique en otras tantas visitas, á la más leve insinuacion de su padre.

Decia el cura Fernandez, que conoció y trató á D. Fadrique, y de quien sabía muchas de estas cosas mi amigo D. Juan Fresco, que D. Fadrique referia con amor la anécdota del bolero, y que lloraba de ternura filial y reia al mismo tiempo, diciendo «mi padre era un vándalo», cuando se acordaba de él, dándole de latigazos, y retraia á su memoria á las damas aterradas, sin dejar una de ellas de tocar la guitarra, y á él mismo bailando el bolero mejor que nunca.

Parece que habia en todo esto algo de orgullo de familia. El *mi padre era un vándalo* de D. Fadrique casi sonaba en sus labios como alabanza. Don Fadrique, educado en el lugar y del mismo modo que su padre, D. Fadrique cerril, hubiera sido más vándalo aún.

La fama de sus travesuras de niño duró en el lugar muchos años despues de haberse él partido á servir al Rey.

Huérfano de madre á los tres años de edad, habia sido criado y mimado por una tia solterona, que vivia en la casa, y á quien llamaban la chacha Victoria.

Tenía ademas otra tia, que si bien no vivia con

la familia, sino en casa aparte, habia tambien permanecido soltera y competia en mimos y en halagos con la chacha Victoria. Llamábase esta otra tia la chacha Ramoncica. Don Fadrique era el ojito derecho de ambas señoras, cada una de las cuales estaba ya en los cuarenta y pico de años cuando tenía doce nuestro héroe.

Las dos tias ó chachas se parecian en algo y se diferenciaban en mucho.

Se parecian en cierto entono amable y benévolo de hidalgas, en la piedad católica y en la profunda ignorancia. Esto último no provenia sólo de que hubiesen sido educadas en el lugar, sino de una idea de entónces. Yo me figuro que nuestros abuelos, hartos de la bachillería femenil, de las cultas latini-parlas y de la desenvoltura pedantesca de las damas que retratan Quevedo, Tirso y Calderon en sus obras, habian caido en el extremo contrario de empeñarse en que las mujeres no aprendiesen nada. La ciencia en la mujer hubo de considerarse como un manantial de perversion. Así es que en los lugares, en las familias acomodadas y nobles, cuando eran religiosas y morigeradas, se educaban las niñas para que fuesen muy hacendosas, muy arregladas y muy señoras de su casa. Aprendian á coser, á bordar y á hacer calceta; muchas sabian de cocina; no pocas planchaban perfectamente; pero casi siempre se pro-

curaba que no aprendiesen á escribir, y apénas si se les enseñaba á leer de corrido en *El Año Cristiano* ó en algun otro libro devoto.

Las chachas Victoria y Ramoncica se habian educado así. La diversa condicion y carácter de cada una estableció despues notables diferencias.

La chacha Victoria, alta, rubia, delgada y bien parecida, habia sido, y continuó siendo hasta la muerte, naturalmente sentimental y curiosa. A fuerza de deletrear, llegó á leer casi de corrido cuando estaba ya muy granada; y sus lecturas no fueron sólo de vidas de santos, sino que conoció tambien algunas historias profanas y las obras de varios poetas. Sus autores favoritos fueron doña María de Zayas y Gerardo Lobo.

Se preciaba de experimentada y desengañada. Su conversacion estaba siempre como salpicada de estas dos exclamaciones: —¡Qué mundo éste! —¡Lo que ve el que vive! —La chacha Victoria se sentia como hastiada y fatigada de haber visto tanto, y eso que sus viajes no se habian extendido más allá de cinco ó seis leguas de distancia de Villabermeja.

Una pasion, que hoy calificariamos de romántica, habia llenado toda la vida de la chacha Victoria. Cuando apénas tenía diez y ocho años, conoció y amó en una feria á un caballero cadete de infantería. El cadete amó tambien á la chacha,

que no lo era entónces; pero los dos amantes, tan hidalgos como pobres, no se podian casar por falta de dinero. Formaron, pues, el firme propósito de seguir amándose, se juraron constancia eterna y decidieron aguardar para la boda á que llegase á capitan el cadete. Por desgracia, entónces se caminaba con piés de plomo en las carreras, no habia guerras civiles ni pronunciamientos, y el cadete, firme como una roca y fiel como un perro, envejeció sin pasar de teniente nunca.

Siempre que el servicio militar lo consentia, el cadete venía á Villabermeja; hablaba por la ventana con la chacha Victoria, y se decian ambos mil ternuras. En las largas ausencias se escribian cartas amorosas, cada ocho ó diez dias; asiduidad y frecuencia extraordinarias entónces.

Esta necesidad de escribir obligó á la chacha Victoria á hacerse letrada. El amor fué su maestro de escuela, y le enseñó á trazar unos garrapatos anárquicos y misteriosos, que por revelacion de amor leia, entendia y descifraba el cadete.

De esta suerte, entre temporadas de pelar la pava en Villabermeja, y otras más largas temporadas de estar ausentes, comunicándose por cartas, se pasaron cerca de doce años. El cadete llegó á teniente.

Hubo entónces un momento terrible: una despedida desgarradora. El cadete, teniente ya, se

fué á la guerra de Italia. Desde allí venian las cartas muy de tarde en tarde. Al cabo cesaron del todo. La chacha Victoria se llenó de presentimientos melancólicos.

En 1747, firmada ya la paz de Aquisgran, los soldados españoles volvieron de Italia á España; pero nuestro cadete, que habia esperado volver de capitan, no parecia ni escribia. Sólo pareció, con la licencia absoluta, su asistente, que era bermejino.

El bueno del asistente, en el mejor lenguaje que pudo, y con los preparativos y rodeos que le parecieron del caso para amortiguar el golpe, dió á la chacha Victoria la triste noticia de que el cadete, cuando iba ya á ver colmados sus deseos, cuando iba á ser ascendido á capitan, en vísperas de la paz, en la rota de Trebia, habia caido atravesado por la lanza de un croata.

No murió en el acto. Vivió aún dos ó tres dias con la herida mortal, y tuvo tiempo de entregar al asistente, para que trajese á su querida Victoria, un rizo rubio que de ella llevaba sobre el pecho en un guardapelo, las cartas y un anillo de oro con un bonito diamante.

El pobre soldado cumplió fielmente su comision.

La chacha Victoria recibió y bañó en lágrimas las amadas reliquias. El resto de su vida le pasó

recordando al cadete, permaneciendo fiel á su memoria y llorándole á veces. Cuanto habia de amor en su alma fué consumiéndose en devociones y transformándose en cariño por el sobrino Fadriquito, el cual tenía tres años cuando supo la chacha Victoria la muerte de su perpétuo y único novio.

La pobre chacha Ramoncica habia sido siempre pequeñuela y mal hecha de cuerpo, sumamente morena y bastante fea de cara. Cierta dignidad natural é instintiva le hizo comprender, desde que tenía quince años, que no habia nacido para el amor. Si algo del amor con que aman las mujeres á los hombres habia en gérmen en su alma, ella acertó á sofocarlo y no brotó jamas. En cambio tuvo afecto para todos. Su caridad se extendia hasta los animales.

Desde la edad de veinticuatro años, en que la chacha Ramoncica se quedó huérfana y vivia en casa propia, sola, le hacian compañía media docena de gatos, dos ó tres perros y un grajo, que poseia várias habilidades. Tenía asimismo Ramoncica un palomar lleno de palomos, y un corral poblado de pavos, patos, gallinas y conejos.

Una criada llamada Rafaela, que entró á servir á la chacha Ramoncica cuando ésta vivia aún en casa de sus padres, siguió sirviéndola toda la vida. Ama y criada eran de la misma edad y llegaron juntas á una extrema vejez.

Rafaela era más fea que la chacha, y, hasta por imitarla, permaneció siempre soltera.

En medio de su fealdad, habia algo de noble y distinguido en la chacha Ramoncica, que era una señora de muy cortas luces. Rafaela, por el contrario, sobre ser fea, tenía el más innoble aspecto, pero estaba dotada de un despejo natural grandísimo.

Por lo demas, ama y criada, guardando siempre cada cual su posicion y grado en la jerarquía social, se identificaron por tal arte, que se diria que no habia en ellas sino una voluntad, los pensamientos mismos y los mismos propósitos.

Todo era órden, método y arreglo en aquella casa. Apénas se gastaba en comer, porque ama y criada comian poquísimo. Un vestido, una saya, una basquiña, cualquiera otra prenda, duraba años y años sobre el cuerpo de la chacha Ramoncica ó guardada en el armario. Despues, estando aún en buen uso, pasaba á ser prenda de Rafaela.

Los muebles eran siempre los mismos y se conservaban, como por encanto, con un lustre y una limpieza que daban consuelo.

Con tal modo de vivir, la chacha Ramoncica, si bien no tenía sino muy escasas rentas, apénas gastaba de ellas una tercera parte. Iba, pues, acumulando y atesorando, y pronto tuvo fama de

rica. Sin embargo, jamas se sentia con valor de ser despilfarrada sino por empeño de su sobrino Fadrique, á quien, segun hemos dicho, mimaba en competencia de la chacha Victoria.

Don Diego andaba siempre en el campo, de caza ó atendiendo á las labores. Sus dos hijos, don José y Don Fadrique, quedaban al cuidado de la chacha Victoria y del padre Jacinto, fraile dominico, que pasaba por muy docto en el lugar, y que les sirvió de ayo, enseñándoles las primeras letras y el latin.

Don José era bondadoso y reposado: D. Fadrique, un diablo de travieso; pero D. José no atinaba á hacerse querer, y D. Fadrique era amado con locura de ambas chachas, del feroz don Diego y del ya citado padre Jacinto, quien apénas tendria treinta y seis años de edad cuando enseñaba la lengua de Ciceron á los dos pimpollos lozanos del glorioso y antiguo tronco de los Lopez de Mendoza bermejinos.

Miéntras que el apacible D. José se quedaba en casa estudiando, ó iba al convento á ayudar á misa, ó empleaba su tiempo en otras tareas tranquilas, D. Fadrique solia escaparse y promover mil alborotos en el pueblo.

Como segundon de la casa, D. Fadrique estaba condenado á vestirse de lo que se quedaba estrecho ó corto para su hermano, el cual, á su vez,

solia vestirse de los desechos de su padre. La chacha Victoria hacía estos arreglos y traspasos. Ya hemos hablado de la casaca y de la chupa encarnadas, que vinieron á ser memorables por el lance del bolero; pero mucho ántes habia heredado D. Fadrique una capa, que se hizo más famosa, y que habia servido sucesivamente á don Diego y á D. José. La capa era blanca, y cuando cayó en poder de D. Fadrique, recibió el nombre de la capa-paloma.

La capa-paloma parecia que habia dado alas al chico, quien se hizo más inquieto y diabólico desde que la poseyó. Don Fadrique, cabeza de motin y de bando entre los muchachos más desatinados del pueblo, se diria que llevaba la capa-paloma como un estandarte, como un signo que todos seguian, como el penacho blanco de Enrique IV.

No era muy numeroso el bando de D. Fadrique, no por falta de simpatías, sino porque él elegia á sus parciales y secuaces haciendo pruebas análogas á las que hizo Gedeon para elegir ó desechar á sus soldados. De esta suerte logró don Fadrique tener unos cincuenta ó sesenta que le seguian, tan atrevidos y devotos á su persona, que cada uno valia por diez.

Se formó un partido contrario, capitaneado por D. Casimirito, hijo del hidalgo más rico del lu-

gar. Este partido era de más gente; pero, así por las prendas personales del capitan, como por el valor y decision de los soldados, quedaba siempre muy inferior á los fadriqueños.

Várias veces llegaron á las manos ambos bandos, ya á puñadas y luchando á brazo partido, ya en pedreas, de que era teatro un llanete que está por bajo de un sitio llamado el Retamal.

Siempre que habia un lance de éstos, D. Fadrique era el primero en acudir al lugar del peligro; pero es lo cierto que no bien corria la voz de que *la capa-paloma iba por el Retamal abajo*, las calles y las plazuelas se despoblaban de los más belicosos chiquillos, y todos acudian en busca del capitan idolatrado.

La victoria, en todas estas pendencias, quedó siempre por el bando de D. Fadrique. Los de don Casimiro resistian poco y se ponian en un momento en vergonzosa fuga; pero como D. Fadrique se aventuraba siempre más de lo que conviene á la prudencia de un general, resultó que dos veces regó los laureles con su sangre, quedando descalabrado.

No sólo en batalla campal, sino en otros ejercicios y haciendo travesuras de todo género, don Fadrique se habia roto ademas la cabeza otra tercera vez, se habia herido el pecho con unas tijeras, se habia quemado una mano y se habia dis-

locado un brazo; pero de todos estos percances salia al cabo sano y salvo, merced á su robustez y á los cuidados de la chacha Victoria, que decia, maravillada y santiguándose: —¡Ay, hijo de mi alma, para muy grandes cosas quiere reservarte el cielo, cuando vives de milagro y no mueres!

III.

Casimiro tenía tres años más de edad que don Fadrique, y era tambien más fornido y alto. Irritado de verse vencido siempre como capitan, quiso probarse con D. Fadrique en singular combate. Lucharon, pues, á puñadas y á brazo partido, y el pobre Casimiro salió siempre acogotado y pisoteado, á pesar de su superioridad aparente.

Los frailes dominicos del lugar nunca quisieron bien á la familia de los Mendozas. A pesar de la piedad suma de las chachas Victoria y Ramoncica, y de la devocion humilde de D. José, no podian tragar á D. Diego, y se mostraban escandalizados de los desafueros é insolencias de D. Fadrique.

Sólo el padre Jacinto, que amaba tiernamente á D. Fadrique, le defendia de las acusaciones y quejas de los otros frailes.

Éstos, no obstante, le amenazaban á menudo con cogerle y enviarle á los Toribios, ó con hacer que el propio hermano Toribio viniese por él y se le llevase.

Bien sabian los frailes que el bendito hermano Toribio habia muerto hacía más de veinte años; pero la institucion creada por él florecia, prestando al glorioso fundador una existencia inmortal y mitológica. Hasta muy entrado el segundo tercio del siglo presente, el hermano Toribio y los Toribios en general han sido el tema constante de todas las amenazas para infundir saludable terror á los muchachos traviesos.

En la mente de D. Fadrique no entraba la idea de la fervorosa caridad con que el hermano Toribio, á fin de salvar y purificar las almas de cuantos muchachos cogia, les martirizaba el cuerpo, dándoles rudos azotes sobre las carnes desnudas. Así es que se presentaba en su imaginacion el bendito hermano Toribio como loco furioso y perverso, enemigo de sí mismo para llagarse con cadenas ceñidas á los riñones, y enemigo de todo el género humano, á quien desollaba y atormentaba en la edad de la niñez y de la más temprana juventud, cuando se abren al amor

las almas y cuando la naturaleza y el cielo debieran sonreir y acariciar en vez de dar azotes.

Como ya habian ocurrido casos de llevarse á los Toribios, contra la voluntad de sus padres, á varios muchachos traviesos, y como el hermano Toribio, durante su santa vida, habia salido á caza de tales muchachos, no sólo por toda Sevilla, sino por otras poblaciones de Andalucía, desde donde los conducia á su terrible establecimiento, la amenaza de los frailes pareció para broma harto pesada á D. Diego, y para véras le pareció más pesada aún. Hizo, pues, decir á los frailes que se abstuviesen de embromar á su hijo, y mucho más de amenazarle, que ya él sabria castigar al chico cuando lo mereciese, pero que nadie más que él habia de ser osado á ponerle las manos encima. Añadió D. Diego que el chico, aunque pequeño todavía, sabria defenderse y hasta ofender, si le atacaban, y que ademas él volaria en su auxilio, en caso necesario, y arrancaria las orejas á tirones á todos los Toribios que ha habido y hay en el mundo.

Con estas insinuaciones, que bien sabian todos cuán capaz era de hacer efectivas D. Diego, los frailes se contuvieron en su malevolencia; pero como D. Fadrique (fuerza es confesarlo, si hemos de ser imparciales) seguia siendo peor que Pateta, los frailes, no atreviéndose ya á esgrimir

contra él armas terrenas y temporales, acudieron al arsenal de las espirituales y eternas, y no cesaron de querer amedrentarle con el infierno y el demonio.

De este método de intimidacion se ocasionó un mal gravísimo. Don Fadrique, á pesar de sus chachas, se hizo impío, ántes de pensar y de reflexionar: por un sentimiento instintivo. La religion no se ofreció á su mente por el lado del amor y de la ternura infinita, sino por el lado del miedo, contra el cual su natural valeroso é independiente se rebelaba. Don Fadrique no vió el objeto del amor insaciable del alma, y el fin digno de su última aspiracion, en los poderes sobrenaturales. Don Fadrique no vió en ellos sino tiranos, verdugos ó espantajos sin consistencia.

Cada siglo tiene su espíritu, que se esparce y como que se diluye en el aire que respiramos, infundiéndose tal vez en las almas de los hombres, sin necesidad de que las ideas y teorías pasen de unos entendimientos á otros por medio de la palabra escrita ó hablada. El siglo XVIII tal vez no fué crítico, burlon, sensualista y descreido porque tuvo á Voltaire, á Kant y á los enciclopedistas, sino porque fué crítico, burlon, sensualista y descreido tuvo á dichos pensadores, quienes formularon en términos precisos lo que estaba vago y difuso en el ambiente: el giro del pensa-

miento humano en aquel período de su civilizacion progresiva.

Sólo así se comprende que D. Fadrique viniese á ser impío sin leer ni oir nada que á ello le llevase.

Esta nueva calidad que apareció en él era bastante peligrosa en aquellos tiempos. Don Diego mismo se espantó de ciertas ideas de su hijo. Por dicha, el desenvolvimiento de tan mala inclinacion coincidió casi con la ida de D. Fadrique al Colegio de Guardias marinas, y se evitó así todo escándalo y disgusto en Villabermeja.

Las chachas Victoria y Ramoncica lloraron mucho la partida de D. Fadrique; el padre Jacinto la sintió; D. Diego, que le llevó á la Isla, se alegró de ver á su hijo puesto en carrera, casi más que se afligió al separarse de él; y los frailes, y Casimirito sobre todo, tuvieron un dia de júbilo el dia en que le perdieron de vista.

Don Fadrique volvió al lugar de allí adelante; pero siempre por brevísimo tiempo: una vez cuando salió del Colegio para ir á navegar; otra vez siendo ya alférez de navío. Luégo pasaron años y años sin que viese á D. Fadrique ningun bermejino. Se sabía que estaba, ya en el Perú, ya en el Asia, en el extremo Oriente.

IV.

De las cosas de D. Fadrique, durante tan larga ausencia, se tenía ó se forjaba en el lugar el concepto más fantástico y absurdo.

Don Diego y la chacha Victoria, que eran las personas de la familia más instruidas é inteligentes, murieron á poco de hallarse D. Fadrique en el Perú. Y lo que es á la cándida Ramoncica y al limitado D. José no escribia D. Fadrique sino muy de tarde en tarde, y cada carta tan breve como una fe de vida.

Al padre Jacinto, aunque D. Fadrique le estimaba y queria de véras, tambien le escribia poco, por efecto de la repulsion y desconfianza que en general le inspiraban los frailes. Así es que nada se sabía nunca á ciencia cierta en el lugar de las andanzas y aventuras del ilustre marino.

Quien más supo de ello en su tiempo fué el cura Fernandez, que, segun queda dicho, trató á D. Fadrique y tuvo alguna amistad con él. Por el cura Fernandez se enteró D. Juan Fresco, en quien influyó mucho el relato de las peregrinaciones y lances de fortuna de D. Fadrique para

que se hiciese piloto y siguiese en todo sus huellas.

Recogiendo y ordenando yo ahora las esparcidas y vagas noticias, las apuntaré aquí en resúmen.

Don Fadrique estuvo poco tiempo en el Colegio, donde mostró grande disposicion para el estudio.

Pronto salió á navegar, y fué á la Habana en ocasion tristísima. España estaba en guerra con los ingleses, y la capital de Cuba fué atacada por el almirante Pocok. Echado á pique el navío en que se hallaba nuestro bermejino, la gente de la tripulacion, que pudo salvarse, fué destinada á la defensa del castillo del Morro, bajo las órdenes del valeroso D. Luis Velasco.

Allí estuvo D. Fadrique haciendo estragos en la escuadra inglesa con sus certeros tiros de cañon. Luégo, durante el asalto, peleó como un héroe en la brecha, y vió morir á su lado á don Luis, su jefe. Por último, fué de los pocos que lograron salvarse cuando, pasando sobre un monton de cadáveres y haciendo prisioneros á los vivos, llegó el general inglés, Conde de Albemarle, á levantar el pabellon británico sobre la principal fortaleza de la Habana.

Don Fadrique tuvo el disgusto de asistir á la capitulacion de aquella plaza importante, y, con-

tado en el número de los que la guarnecian, fué conducido á España en cumplimento de lo capitulado.

Entónces, ya de alférez de navío, vino á Villabermeja, y vió á su padre la última vez.

La reina de las Antillas, muchos millones de duros y lo mejor de nuestros barcos de guerra habian quedado en poder de los ingleses.

Don Fadrique no se descorazonó con tan trágico principio. Era hombre poco dado á melancolías. Era optimista y no quejumbroso. Ademas, todos los bienes de la casa los habia de heredar el mayorazgo, y él ansiaba adquirir honra, dinero y posicion.

Pocos dias estuvo en Villabermeja. Se fué ántes de que su licencia se cumpliese.

El rey Cárlos III, despues de la triste paz de París, á que le llevó el desastroso *Pacto de familia*, trató de mejorar por todas partes la administracion de sus vastísimos Estados. En América era donde habia más abusos, escándalos, inmoralidad, tiranías y dilapidaciones. A fin de remediar tanto mal, envió el Rey á Galvez de visitador á Méjico, y algo más tarde envió al Perú, con la misma mision, á D. Juan Antonio de Areche. En esta expedicion fué á Lima D. Fadrique.

Allí se encontraba cuando tuvo lugar la rebelion de Tupac-Amaru. En la mente imparcial y

filosófica del bermejino se presentaba como un contrasentido espantoso el que su Gobierno tratase de ahogar en sangre aquella rebelion, al mismo tiempo que estaba auxiliando la de Washington y sus parciales contra los ingleses; pero D. Fadrique, murmurando y censurando, sirvió con energía á su Gobierno, y contribuyó bastante á la pacificacion del Perú.

Don Fadrique acompañó á Areche en su marcha al Cuzco, y desde allí, mandando una de las seis columnas en que dividió sus fuerzas el general Valle, siguió la campaña contra los indios, tomando gloriosa parte en muchas refriegas, sufriendo con firmeza las privaciones, las lluvias y los frios en escabrosas alturas á la falda de los Andes, y no parando hasta que Tupac-Amaru quedó vencido y cayó prisionero.

Don Fadrique, con grande horror y disgusto, fué testigo ocular de los tremendos castigos que hizo nuestro Gobierno en los rebeldes. Pensaba él que las crueldades é infamias cometidas por los indios no justificaban las de un Gobierno culto y europeo. Era bajar al nivel de aquella gente semisalvaje. Así es que casi se arrepintió de haber contribuido al triunfo cuando vió en la plaza del Cuzco morir á Tupac-Amaru, despues de un brutal martirio, que parecia invencion de fieras, y no de seres humanos.

Tupac-Amaru tuvo que presenciar la muerte de su mujer, de un hijo suyo y de otros deudos y amigos : á otro hijo suyo de diez años le condenaron á ver aquellos bárbaros suplicios de su padre y de su madre, y á él mismo le cortaron la lengua y le ataron luégo por los cuatro remos á otros tantos caballos para que, saliendo á escape, le hiciesen pedazos. Los caballos, aunque espoleados duramente por los que los montaban, no tuvieron fuerza bastante para descuartizar al indio, y á éste, descoyuntado, despues de tirar de él un rato en distintas direcciones, tuvieron que desatarle de los caballos y cortarle la cabeza.

A pesar de su optimismo, de su genio alegre y de su aficion á tomar muchos sucesos por el lado cómico, D. Fadrique, no pudiendo hallar nada cómico en aquel suceso, cayó enfermo con fiebre y se desanimó mucho en su aficion á la carrera militar.

Desde entónces se declaró más en él la manía de ser filántropo, especie de secularizacion de la caridad, que empezó á estar muy en moda en el siglo pasado.

La impiedad precoz de D. Fadrique vino á fundarse en razones y en discursos con el andar del tiempo y con la lectura de los malos libros que en aquella época se publicaban en Francia. El carácter burlon y regocijado de D. Fadrique se

avenia mal con la misantropía tétrica de Rousseau. Voltaire, en cambio, le encantaba. Sus obras más impías parecíanle eco de su alma.

La filosofía de D. Fadrique era el sensualismo de Condillac, que él consideraba como el *non plus ultra* de la especulacion humana.

En cuanto á la política, nuestro D. Fadrique era un liberal anacrónico en España. Por los años de 1783, cuando vió morir á Tupac-Amaru, era casi como un radical de ahora.

Todo esto se encadenaba y se fundaba en una teodicea algo confusa y somera, pero comun entónces. Don Fadrique creia en Dios y se imaginaba que tenía ciencia de Dios, representándosele como inteligencia suprema y libre, que hizo el mundo porque quiso, y luégo le ordenó y arregló segun los más profundos principios de la mecánica y de física. A pesar del *Cándido*, novela que le hacía llorar de risa, D. Fadrique era casi tan optimista como el doctor Pangloss, y tenía por cierto que todo estaba divinamente bien y que nada podia estar mejor de lo que estaba. El mal le parecia un accidente, por más que á menudo se pasmase de que ocurriera con tanta frecuencia y de que fuera tan grande, y el bien le parecia lo sustancial, positivo é importante que habia en todo.

Sobre el espíritu y la materia, sobre la vida ultra-mundana y sobre la justificacion de la pro-

videncia, basada en compensaciones de eterna duracion, D. Fadrique estaba muy dudoso; pero su optimismo era tal, que veia demostrada y hasta patente la bondad del cielo, sin salir de este mundo sublunar y de la vida que vivimos. Verdad es que para ello habia adoptado una teoría, novísima entónces. Y decimos que la habia adoptado, y no que la habia inventado, porque no nos consta, aunque bien pudo ser que la inventase; ya que cuando llega el momento y suena la hora de que nazca una idea y de que se formule un sistema, la idea nace y el sistema se formula en mil cabezas á la vez, si bien la gloria de la invencion se la lleva aquel que por escrito ó de palabra le expone con más claridad, precision ó elegancia.

La idea, ó mejor dicho, la teoría novísima, tal como estaba en la mente de D. Fadrique, era en compendio la siguiente:

Entendia el filósofo de Villabermeja que habia una ley providencial y eterna para la historia, tan indefectible como las leyes matemáticas, segun las cuales giran en sus órbitas los astros. En virtud de esta ley, la humanidad iba adelantando siempre por un camino de perfectibilidad indefinida: su ascension hácia la luz, el bien, la verdad y la belleza no tenía pausa ni término. En esto, el humano linaje, en su conjunto, seguia un impulso necesario. Toda la gloria del éxito

era para el Sér Supremo, que habia dado aquel impulso; pero, dentro del providencial movimiento que de él nacia, en toda accion, en toda idea, en todo propósito, cada individuo era libre y responsable. El maravilloso trabajo de la Providencia, el misterio más bello de su sabiduría infinita, consistia en concertar con atinada armonía todos aquellos resultados de la libertad humana á fin de que concurriesen al cumplimiento de la ley eterna del progreso, ó en tenerlos previstos con tan divina prevision y acierto, que no perturbasen lo que estaba prescrito y ordenado; así como, aunque sea baja comparacion, cuenta el inventor y constructor perito de una máquina con los rozamientos y con el medio ambiente.

Tal manera de considerar los sucesos se avenia bien con el carácter de D. Fadrique, corroborando su desden hácia las menudencias, y su prurito de calificar de menudencias lo que para los más de los hombres es importante en grado sumo, y trasformando su propension á la alegría y á la risa en serenidad olímpica, digna de los inmortales.

En su moral no dejaba de ser severo. No habia borrado de sus tablas de la ley ni un tilde ni una coma de los mandamientos divinos. Lo único que hacía era dar más vigor, si cabe, á toda prohibicion de actos que produzcan dolor, y relajar no

poco las prohibiciones de todo aquello que á él se le antojaba que sólo traia deleite ó bienestar consigo.

En aquella edad, pensar así en España y en sus dominios ya hemos dicho que era expuesto; pero D. Fadrique tenía el dón de la mesura y del tino, y sin hipocresía lograba no chocar ni lastimar opiniones ó creencias.

Concurria á esto la buena gracia con que se ganaba las voluntades, no con inspirar trivial afecto á todo el mundo, sino inspirándole muy vivo á los pocos que él queria, los cuales valian siempre por muchos para defenderle y encomiarle.

En la primera mocedad, dotado D. Fadrique de tales prendas, y siendo ademas bello y agraciado de rostro, de buen talle, atrevido y sigiloso, consiguió que lloviesen sobre él las aventuras galantes, y tuvo alta fama de afortunado en amores.

Despues de terminada la rebelion de Tupac-Amaru ascendió á capitan de fragata, y su reputacion de buen soldado y de sabio y hábil marino llegó á su colmo.

Casi cuando acababan de espirar en el Cuzco los últimos indios parciales de la independencia de su patria, siendo atenaceados algunos con tenazas candentes ántes de ahorcarlos, llegó la nueva á Lima de que habiamos hecho la paz con In-

glaterra, logrando la independencia de su colonia, en pro de la cual combatimos.

Don Fadrique pudo entónces obtener licencia para navegar á las órdenes de la Compañía de Filipinas, y salió para Calcuta mandando un navío cargado de preciosas mercaderías. Tres viajes hizo de Lima á Calcuta y de Calcuta á Lima, y como llevaba muy buena pacotilla y un sueldo crecido, y alcanzó ventas muy ventajosas, se halló en poco tiempo poseedor de algunos millones de reales.

En las largas temporadas que D. Fadrique pasó en la India se aficionó mucho á la dulzura de los indígenas de aquel país, y tomó en mayor aborrecimiento el fervor religioso y guerrero de otras naciones. Tippoo, sultan de Misor, se habia empeñado en convertir al islamismo á todos los indostaníes y en dilatar su imperio hasta el Cabo Comorin, adonde nunca habian penetrado las huestes de otros conquistadores musulmanes. La horrible devastacion del floreciente reino de Travancor, en las barbas de los ingleses, fué la consecuencia de la ambicion y del celo muslímico del sultan mencionado. El Gobernador general de la India se resolvió al cabo á vengar y á remediar lo que hubiera debido impedir, y partió de Calcuta á Madrás con muchos soldados, europeos y cipayos, y grandes aprestos de guerra.

En aquella ocasion D. Fadrique tuvo el gusto de ganar bastantes rupias, sirviendo una buena causa y conduciendo á Madrás en su navío, con la autorizacion debida, tropas, víveres y municiones.

Parece que poco tiempo despues de este suceso, y áun ántes de que el rajah de Travancor fuese restablecido en su trono, y el sultan Tippoo vencido y obligado á hacer la paz, D. Fadrique, cansado ya de peregrinaciones y trabajos, con la ambicion apagada y con el deseo de fortuna más que satisfecho, logró, de vuelta á Lima, obtener su retiro, y se vino á Europa, anhelante de presenciar la gran revolucion que en Francia se estaba realizando, cuyos principios se hallaban tan en concordancia con los suyos, y cuya fama llenaba el mundo de asombro.

Don Fadrique, sin embargo, sólo estuvo en París algunos meses: desde fines de 1791 hasta Setiembre de 1792. Este tiempo le bastó para cansarse y hartarse de la gran revolucion, desengañarse un poco de su liberalismo y dudar de sus teorías de constante progreso.

En Madrid vivió, por último, dos años, y tambien se desengañó de muchísimas cosas.

Entrado ya en los cincuenta de su edad, aunque sano y bueno, y apareciendo en el semblante; en la robustez y gallardía del cuerpo, y en la

serenidad y viveza del espíritu mucho más jóven, le entró la nostalgia de que padecen casi todos los bermejinos, y tomó la irrevocable resolucion de retirarse á Villabermeja para acabar allí tranquilamente su vida.

Las cartas que escribió á su hermano D. José y á la chacha Ramoncica, que vivian aún, anunciándoles su vuelta definitiva y para siempre, fueron breves, aunque muy cariñosas. En cambio, escribió al padre Jacinto una extensa carta, que se conserva aún y que debe ser trasladada á este sitio. La carta es como sigue.

V.

Mi querido padre Jacinto: Ya sabrá V. por mi hermano y por la chacha Ramoncica que estoy decidido á irme á ese lugar á acabar mi vida, donde pasé los mejores años y los más inocentes de ella (¡buena inocencia era la mia!), jugando al hoyuelo, á las chapas, al salto de la comba y algunas veces al cané, y andando á pedradas y á mojicones con mis coetáneos y compatricios.

Entónces estaba yo cerril; pero ya V. se hará

cargo de que me he pulido bastante peregrinando por esos mundos, y de que ahora son otras mis aficiones y muy diversos mis cuidados. Los frailes compañeros de V. no tendrán ya necesidad de amenazarme con los Toribios.

Mi estancia en el lugar no traerá perturbacion alguna; ántes, por el contrario, yo me lisonjeo de que reporte algunas ventajas. He hecho dinero y emplearé ahí mucha parte en fomentar la agricultura. El vino que ahí se produce es abominable y puede ser excelente. Trabajando se logrará hacerle potable y bueno.

Soñando estoy con las agradables veladas que vamos á pasar en el invierno, jugando á la malilla y al tute, disputando sobre nuestras no muy concordes teologías, y refiriendo yo á V. mis aventuras en el Perú, en la India y en otras apartadas regiones.

Sé que V., á pesar de los años, está firme como un roble, por lo cual me prometo que ha de dar conmigo largos paseos á caballo y á pié, y ha de acompañarme á cazar perdices. Tengo dos magníficas escopetas inglesas, que compré en Calcuta, y con las cuales he cazado tigres, tan grandes algunos de ellos como borricos. Ya verá V. qué bien le va tirando con cualquiera de estas escopetas á las pacíficas y enamoradas perdices que acuden al reclamo en la estacion del celo.

A pesar de nuestra edad, hemos de emplearnos todavía, si V. no se opone, en algunas cosas harto infantiles. Hemos de volver al Pozo de la Solana, como hace cuarenta años, á cazar colorines y otros pajarillos, ya con red, ya con liga y esparto. Téngame V. preparado un buen par de cimbeles.

Todas las cosas de por ahí se me ofrecen á la memoria con el encanto de los primeros años. Entiendo que voy á remozarme al verlas y gozarlas. Tengo gana de volver á comer piñonate, salmorejo, hojuelas, gajorros, pestiños, cordero en caldereta, cabrito en cochifrito, empanadas de boquerones con chocolate, torta-maimon, gazpacho, longanizas y los demas primores de cocina y repostería con que suelen regalarse los sibaritas bermejinos. No por eso romperé con la costumbre contraida en otras tierras, sino que pienso llevar en mi compañía á un gabacho que he traido de París, el cual condimenta unos manjares que doy por cierto que han de gustar á usted, aunque tienen nombres imposibles casi de pronunciar por una boca de Villabermeja; pero ya V. se convencerá de que, sin pronunciarlos, los mastica, los saborea, se los traga y le saben á gloria.

Por más extraño que á V. le parezca, llevo tambien vino á esa tierra del vino. Yo recuerdo que usted era un excelente catador; que V. tenía un paladar muy fino y una nariz delicadísima. Espero,

pues, que ha de comprender y estimar el mérito de los vinos de *extranjis* que yo lleve, y que no caerán en su estómago como si cayesen en el sumidero.

Estoy muy contento de que me viva aún la chacha Ramoncica. Me han dicho que en su casa sigue todo como ántes. Los mismos muebles, la misma criada Rafaela, y hasta el grajo, bien sea el mismo tambien, que por milagro de nuestro Santo Patrono vive aún, ó bien sea otro que le reemplazó á tiempo, y parece el fénix renacido de sus cenizas.

Mucha gana tengo de dar un abrazo á la chacha Ramoncica, aunque, dicho sea entre nosotros, yo queria más á la pobre chacha Victoria. ¡Qué noble mujer aquélla! Aseguro á V. que no he hallado igual mujer en el mundo. Si la hubiera hallado, no sería yo solteron.

En este punto he sido poco feliz. No he hallado más que mujeres ligeras, casquivanas, frívolas y sin alma. Una sola, allá en Lima, me quiso de véras: con amor fervoroso, pero criminal. Yo tambien la quise, por mi desgracia, porque tenía un genio de todos los diablos, y queriéndonos mucho, la historia de nuestros amores se compuso de una serie de peloteras diarias. Aquellos amores fueron pesadilla, y no deleite. Ella era muy devota, habia sido una santa y seguia en opinion de

tal, porque procedimos siempre con cautela y recato. Sin embargo, en el fondo de su atribulada conciencia, en lo profundo de su mente, orgullosa y fanática á la vez, sentia vergüenza de haber humillado ante mí su soberbia y de haberse rendido á mi voluntad, y tenía miedo y horror de haber dejado por mí el buen camino, ofendiendo á Dios y faltando á sus deberes. Todo esto, sin darse ella mucha cuenta de lo que hacía, me lo queria hacer pagar, considerándome en extremo culpado. Lo que yo tuve que aguantar no tiene nombre. Créame V., padre Jacinto, en el pecado llevé la penitencia. Así es que me harté de amores serios para años, y me dediqué desde entónces á los ligeros. ¿Para qué atormentarse en un asunto que debe ser todo de amenidad, regocijo y alegría?

Quizás por esta razon, y no porque apénas se dé *in rerum natura*, no alcancé nunca el amor de una chacha Victoria jóven. Si le hubiera alcanzado, poco tierno soy de corazon, pero no lo dude usted, hubiera muerto bendiciéndola, como murió el cadete, ó hubiera conquistado por ella y para ella, no el grado de capitan, sino el mundo.

En fin, ya pasó la mocedad, y no hay que pensar en novelerías.

Yo estoy desengañado y aburrido, si bien con desengaño apacible y suave aburrimiento.

Se me acabó la ambicion; no siento apetito de gloria; no aspiro á ser del vano dedo señalado; tengo más bienes de fortuna de los que necesito; estoy sediento de reposo, de oscuridad y de calma; y por todo esto me retiro á Villabermeja; pero no para hacer penitencia, sino para darme una vida regalada, tranquila, llena de órden y de bienestar, cuidándome mucho y viendo lo que dura un comendador Mendoza bien conservado. Hasta ahora lo estoy. No parece que tengo cincuenta años, sino ménos de cuarenta. Ni una cana. Ni una arruga. Todavía me llaman señorito, y no señor, y no faltan hembras de garbo que me califiquen de real mozo, ofendiendo mi modestia.

Mi mayor desengaño ha sido en mis ideas y doctrinas, si bien no ha sido bastante para hacerme variar.

Dios me perdone si me equivoco á fuerza de creerle bueno. Yo, creyendo en él y figurándomele como persona, tengo que figurármele todo lo bueno que concibo que una persona puede ser. Por consiguiente, no completando mi concepto de su bondad la gloria de la otra vida por inmensa que sea, supongo en esta vida que vivimos, por más que sirva para ganar la otra, un fin y un propósito en sí, y no sólo el ultramundano. Este fin, este propósito es ir caminando hácia la perfec-

cion, y sin alcanzarla aquí nunca, acercarse cada vez más á ella. Creo, pues, en el progreso; esto es, en la mejora gradual y constante de la sociedad y del individuo, así en lo material como en lo moral, y así en la ciencia especulativa como en la que nace de la observacion y la experiencia, y da ser á las artes y á la industria.

El mejor medio de este progreso, y al mismo tiempo su mejor resultado en nuestros dias, es, á mi ver, la libertad. La condicion más esencial de esta libertad es que todos seamos igualmente libres.

Figúrese V. cuánto me encantaria la revolucion francesa y su Asamblea constituyente, que propendia á realizar estos principios mios; que proclamaba los derechos del hombre.

Pedí mi retiro, dejé mi carrera, y vine, lleno de impaciencia, desde el otro hemisferio á bañarme en la luz inmortal de la gran revolucion y á encender mi entusiasmo en el sagrado fuego que ardia en París, donde imaginé que estaban el corazon y la mente del mundo.

Pronto se desvanecieron mis ilusiones. Los apóstoles de la nueva ley me parecieron, en su mayor parte, bribones infames ó frenéticos furiosos, llenos de envidia y sedientos de sangre. Vi al talento, á la virtud, á la belleza, al saber, á la elegancia, á todo lo que por algo sobresale en

la tierra, ser víctima de aquellos fanáticos ó de aquellos envidiosos. Las hazañas de los soldados de la revolucion contra los reyes de Europa coligados no podian admirarme. No me parecian la defensa serena del que confia en su valor y en su derecho, sino el brío febril de la locura, excitada por la embriaguez de la sangre y por medio de asesinatos horribles. París se me antojaba el infierno, y no atino ahora á comprender cómo permanecí tanto tiempo en él. Todo estaba trocado: la brutalidad se llamaba energía; sencillez el desaliño indecente; franqueza la grosería, y virtud el no tener entrañas para la compasion. Recordaba yo las épocas de mayor tiranía, y no hallaba época alguna peor, sobre todo si se considera que estábamos en el centro de Europa y que llevábamos tantos siglos de civilizacion y cultura. El tirano no era uno, eran varios, y todos soeces y sucios de alma y de cuerpo.

Huí de París y vine á Madrid. Otra desilusion. Si por allá creí presenciar una abominable y bárbara tragedia, aquí me encontré en un grotesco, asqueroso y lascivo sainete. Por allá sangre; por acá inmundicia.

No por eso apostaté de mi optimismo ni eché á un lado mi doctrina de indefinido progreso. Lo que hice fué reconocer mi error en cálculos de cronología, para los cuales no habia contado yo

con la feroz y desgreñada revolucion de Francia.

En vista de esta revolucion, el bien relativo, el estado de libertad y de adelantamiento para las sociedades, que yo fantaseaba como inmediato, se hundió hácia adentro, en los abismos del porvenir, lo ménos dos ó tres siglos.

Como para entónces no viviré yo, y como en el estado presente del mundo estoy ya harto de la vida práctica, he resuelto refugiarme en la contemplacion; y á fin de gozar del espectáculo de la cosas humanas, mezclándome en ellas lo ménos posible, voy á tomar asiento, como espectador desapasionado, en la propia Villabermeja.

Mi hermano, que tiene ya una hija casadera, á quien naturalmente desea que salte un buen novio, se va á vivir á la vecina ciudad, donde ya tiene casa tomada, y á mí me deja á mis anchas y solo en la casa solariega de los Mendozas, donde le daré albergue siempre que venga al lugar para sus negocios.

Yo me atengo al refran que dice, *ó córte ó cortijo*; y ya que me fugo de París y de Madrid, no quiero ciudad de provincia, sino aldea.

En la gran casa de los Mendozas bermejinos voy á estar como garbanzo en olla; pero se llenarán algunos cuartos con la multitud de libros que voy á llevar.

Vamos á tener una vida envidiable; y digo *va-*

mos, porque supongo y espero que V. me hará compañía á menudo.

Mi determinacion es irrevocable, y me voy ahí, para no salir de ahí, salvo cuando vaya, como de paseo á caballo, á visitar á mi hermano y á su familia, en la ciudad cercana, la cual, á pesar de su pomposo título de ciudad, tiene tambien mucho de pueblo pequeño y rural, con perdon y en paz sea dicho.

Adios, beatísimo padre. Encomiéndeme V. á Dios, con cuyo favor cuento para escapar de esta confusion ridícula de la córte, y poder pronto darle, en esa encantadora Villabermeja, un apretado abrazo.

VI.

Veinte dias despues de recibida esta carta por el padre Jacinto se realizó la entrada solemne en Villabermeja del ilustre Comendador Mendoza.

Desde Madrid á la capital de la provincia, que entónces se llamaba reino, nuestro héroe vino en coche de colleras y empleó nueve dias. En la capital de la provincia se encontró con su hermano D. José, con el padre Jacinto y con otros amigos

de la infancia, que le estaban aguardando. Entre ellos sobresalia el tio Gorico, maestro pellejero, hábil fabricador de corambres y notabilísimo en el difícil arte de echar botanas á los pellejos rotos. Este habia sido el muchacho más diabólico del lugar, despues de D. Fadrique, y su teniente cuando las pendencias, pedreas y demas hazañas contra el bando de D. Casimiro.

El tio Gorico no tenía más defecto que el de haberse entregado con sobrado cariño á la bebida blanca. El aguardiente anisado le encantaba. Y como al asomar la aurora por el estrecho horizonte de Villabermeja, el tio Gorico, segun su expresion, mataba el gusanillo, resultaba que casi todo el dia estaba calamocano, porque aquel fuego que encendia en su sér con el primer fulgor matutino, se iba alimentando, durante el dia, merced á frecuentes libaciones.

Por lo demas, el tio Gorico no perdia nunca la razon; lo que lograba era envolver aquella luz del cielo en una gasa tenue, en un fanal primoroso, que le hacía ver las cosas del mundo exterior y todo lo interno de su alma y los tesoros de su memoria como al traves de un vidrio mágico. Jamas llegaba á la embriaguez completa; y una vez sola, decia él, habia tenido en toda su vida alferecía en las piernas. Era, pues, hombre de chispa en diversos sentidos, y nadie tenía mejo-

res ocurrencias, ni contaba más picantes chascarrillos, ni se mostraba más útil y agradable compañero en una partida de caza.

En el lugar gozaba de celebridad envidiable por mil motivos, y entre otros, porque hacía el papel de Abraham en el paso del Juéves Santo por la mañana tan admirablemente bien, que nadie se le igualaba en muchas leguas á la redonda. Con un vestido de mujer por túnica, una colcha de cama por manto, su turbante y sus barbas de lino, tomaba un aspecto venerable. Y cuando subia al monte Moria, que era un tablado cubierto de verdura, que se elevaba en medio de la plaza, adquiria la majestad patética de un buen actor. Pero en lo que más se lucia, arrancando gritos de entusiasmo, era cuando ofrecia á Isaac al Todopoderoso ántes de sacrificarle. Isaac era un chiquillo de diez años lo ménos. Con la mano derecha el tio Gorico le levantaba hácia el cielo, y así, extendido el brazo, como si no fuera de hueso y carne, sino de acero firmísimo, permanecia catorce ó quince minutos. Luégo venía el momento de las más vivas emociones : el terror trágico en toda su fuerza. Abraham ataba al chiquillo al ara, y sacaba un truculento chafarote que llevaba al cinto. Tres ó cuatro veces descargaba cuchilladas con una violencia increible. Las mujeres se tapaban los ojos y daban espantosos chillidos, cre-

yendo ya segada la garganta del muchacho que prefiguraba á Cristo; pero el tio Gorico paraba el golpe ántes de herir, como no atreviéndose á consumar el sacrificio. Al fin aparecia un ángel, con alas de papel dorado, en el balcon de las Casas Consistoriales, y cantaba el romance que empieza:

«Detente, detente, Abraham;
No mates á tu hijo Isaac;
Que ya está mi Dios contento
Con tu buena voluntad.»

El sacrificio del cordero en vez del hijo, con lo demas del paso, lo ejecutaba el tio Gorico con no menor maestría.

En más de una ocasion trataron de ganarle, ofreciéndole mucho dinero para que fuese á hacer de Abraham á otras poblaciones; pero él no quiso jamas ser infiel á su patria y privarla de aquella gloria.

Don José, el padre Jacinto, el tio Gorico y los demas amigos, muy contentos de haber abrazado á D. Fadrique, contentísimo tambien de verse entre los compañeros de su infancia, emprendieron á caballo el viaje á Villabermeja, que, con madrugar y picar mucho, pudo hacerse en diez horas, llegando todos al lugar al anochecer de un hermoso dia de primavera, en el año de 1794.

Doña Antonia, mujer de D. José, y sus dos hijos, D. Francisco, de edad de catorce años, y doña Lucía, que tenía ya diez y ocho, acompañados de la chacha Ramoncica, recibieron con júbilo, con abrazos y otras mil muestras de cariño al Comendador, quien ya tenía por suya la casa solariega. Don José y su familia se habian establecido en la ciudad, y sólo por dos dias habian venido al pueblo para recibir al querido pariente.

Este, como era de suyo muy modesto, se maravilló y complació en ver que alcanzaba en Villabermeja más popularidad de lo que creia. Vinieron á verle todos los frailes, desde los más encopetados hasta los legos, el médico, el boticario, el maestro de escuela, el alcalde, el escribano y mucha gente menuda.

Al dia siguiente de la llegada la chacha Ramoncica quiso lucirse, y se lució, dando un magnífico *pipiripao*. Don Fadrique, cuando oyó esta palabra, tuvo que preguntar qué significaba, y le dijeron que algo á modo de festin. En cambio, se cuentan aún en Villabermeja los grandes apuros en que estuvo aquella noche la chacha Ramoncica cuando volvió á su casa, cavilando qué sería lo que su sobrino le habia pedido para el festin, y que ella ansiaba que le sirviesen, á fin de darle gusto en todo. El vocablo, para ella inaudito, con que su sobrino habia significado la cosa que de-

seaba, casi se le habia borrado de la mente. Por último, consultando el caso con Rafaela, y haciendo un esfuerzo de memoria, vino á recomponer el vocablo y á declarar que lo que su sobrino habia pedido era *economía.*

—¿Qué es eso, Rafaela? preguntó á su fiel criada.

Y Rafaela contestó:

—Señora, ¿qué ha de ser? *¡Ajorro!*

No le hubo, sin embargo. La chacha Ramoncica echó aquel dia el bodegon por la ventana.

Al siguiente le tocó lucirse al Comendador, y á pesar de toda su filosofía gozó en el alma de que sus deudos y paisanos viesen maravillados su vajilla de porcelana, su plata y los demas objetos raros ó bellos que de sus viajes habia traido, y que habia mandado por delante de él con su criado de más confianza. Hasta la extraña fisonomía de éste, que era un indio, pasmó á los bermejinos, con deleite y satisfaccion de D. Fadrique. Tuvo ademas un placer indescriptible en contar sus aventuras y en hacer descripciones de países remotos, de costumbres peregrinas y de casos singulares que habia visto ó en los que habia tomado parte.

Nada de esto debe movernos á rebajar el concepto que del Comendador tenemos. Por más que parezca pueril, tal vanidad es más comun de lo

que se cree. ¿Á quién no le agrada, cuando vuelve al lugar de su nacimiento, darse cierto tono, sin ofender á nadie, manifestando cuán importante papel ha hecho en el mundo?

Gente hay que no espera para esto á ir á su lugar. Nacido en uno muy pequeño de Andalucía tuve yo cierto amigo que, como llegase á ser personaje de gran suposicion y de muchas campanillas, cifraba su mayor deleite en mandar á su pueblo todos los años un ejemplar de la *Guía de forasteros*, con registro en las várias páginas en que estaba estampado su nombre. Un año fué la *Guía* con ocho registros, y el pasmo de los lugareños, participado por cartas á mi amigo, le dió un contento que casi rayaba en beatitud ó bienaventuranza.

No es menor el gusto que se tiene en contar lances y sucesos y en describir prodigios. De aquí sin duda el refran : *de luengas vías, luengas mentiras.* Baste, pues, decir, en elogio de D. Fadrique, que el refran no rezó con él nunca, porque era la veracidad en persona. Lo que no asegurarémos es que fuese siempre creido en cuanto refirió. Los lugareños son maliciosos y desconfiados; suelen tener un criterio allá á su manera; y á menudo las cosas más ciertas les parecen falsas ó inverosímiles, y las mentiras, por el contrario, muy conformes con la verdad. Recuerdo que un mayordomo andaluz de cierto inolvidable

y discreto duque, que estuvo de embajador en Nápoles, fué á su pueblo con licencia. Cuando volvió le embromábamos suponiendo que habria contado muchos embustes. Él nos confesó que sí, y áun añadió, jactándose de ello, que todo se lo habian creido, ménos una cosa.

—¿Qué cosa era ésa? le preguntamos.

—Que cerca de Nápoles, respondió, hay un monte que echa chispas por la punta.

De esta suerte pudo muy bien nuestro D. Fadrique, sin apartarse un ápice de la verdad, dejar de ser creido en algo, sin que sus paisanos se atreviesen á decirle, como decian al mayordomo del Duque cuando hablaba del Vesubio: «¡Esa es grilla!»

Al dia tercero despues de la llegada de D. Fadrique, su hermano D. José y su familia se volvieron á la ciudad; y entónces, con más reposo, pudo entregarse el Comendador á otro placer no ménos grato: el de visitar y recordar los sitios más queridos y frecuentados de su niñez, y aquellos en que le habia ocurrido algo memorable. Estuvo en el Retamal y en el Llanete, que está junto, donde le descalabraron dos veces; fué á la fuente de Genazahar y al Pilar de Abajo; subió al Laderon y á la Nava; y extendió sus excursiones hasta el cerro de Jilena y el monte de Horquera, poblado entónces de corpulentas y seculares encinas.

Tomó, por último, D. Fadrique verdadera posesion de su vivienda, arrellanándose en ella, por decirlo así, poniendo en órden los muebles que habia traido, colocando los libros y colgando los cuadros.

En estas faenas, dirigidas por él, casi siempre estaba presente el padre Jacinto; y al cabo don Fadrique quedó instalado, forjándose un retiro, rústico á par que elegante, y una soledad amenísima en el lugar donde habia nacido.

VII.

Encantado estaba D. Fadrique con su modo de vivir. Ya leyendo, ya de tertulia ó de paseo con el padre Jacinto, ya de expediciones campestres y venatorias con el mismo Padre y con el iluminado y ameno tio Gorico, el tiempo se deslizaba del modo más grato. Ningun deseo sentia D. Fadrique de ir á otro pueblo, abandonando á Villabermeja; pero D. José tenía cuarto preparado para recibirle en su casa de la ciudad, y sus instancias fueron tales, que no hubo más que ceder á ellas.

El Comendador fué á la ciudad á pasar todo el mes de Mayo. Llegó en la tarde del último dia de Abril, y como el viaje es un paseo, aquella noche estuvo de tertulia hasta cerca de las once, que en 1794 era ya mucho velar. Dos ó tres hidalgos; otras tantas señoras machuchas; dos jóvenes amiguitas de Lucía, sobrina de D. Fadrique; un respetable señor cura y un caballerito forastero y muy elegante componian la reunion de casa de D. José, que empezó ántes de que anocheciera.

Nadie llamó la atencion de D. Fadrique, que era harto distraido. Necesitaba que las personas le gustasen ó le disgustasen para fijarse en ellas, y con gran dificultad acertaba la gente á gustarle, y mucho ménos á disgustarle. Así es que, mostrándose muy urbano con todos, apénas reparó en ninguno.

Al toque de oraciones sirvieron el refresco.

Primero pasaron dos criadas repartiendo platos, servilletas y cucharillas de plata; luégo entraron otras dos criadas, que traian sendas bandejas llenas de tacillas de cristal con almíbares diferentes. Cada tertuliano fué tomando en su asiento una tacilla del almíbar que más le gustaba. Las criadas de las bandejas pasaron de nuevo recogiendo las tacillas vacías, y rogando á los señores que tomasen otra de otro almíbar, como en efecto la tomaron muchos.

La historia, prolija en este punto, cuenta que los almíbares eran de nueces verdes, de cabellos de ángel, de tomate y de hojas de azahar. Hubo tambien arrope de melocoton.

Las ninfas fregonas, muy compuestas y con muchas flores en el moño, sirvieron luégo copitas de rosoli, del que sólo bebieron los caballeros; y por último trajeron el chocolate con torta de bizcocho, polvorones, pan de aceite y hojaldres. Terminó todo con el agua, que en vasos de cristal y en búcaros olorosos repartieron asimismo las criadas.

Duró esto hasta que dieron las ánimas.

El refresco se tomó con toda ceremonia y con pocas palabras. Las sillas pegadas á la pared, y todos sentados sin echar una pierna sobre otra, ni inclinarse de ningun lado ni recostarse mucho.

Despues de tomado el refresco hubo alguna más libertad y expansion, y Lucía se atrevió á rogar al caballerito que recitase unos versos.

—Sí, sí,—dijeron en coro casi todos los tertulianos;—que recite.

—Recitaré algo de Melendez, dijo el jóven.

—No; de V.,—replicó Lucía.—Sepa V., tio, añadió, dirigiéndose al Comendador, que este señor es muy poeta y gran estudiante. Ya verá V. qué lindos versos compone.

—Usted es muy amable, señorita doña Lucía. La amistad que me tiene la engaña. Su señor tio

de V. va á salir chasqueado cuando me oiga.

—Yo confio tanto en el fino gusto de mi sobrina, dijo el Comendador, que dudo de que se equivoque, por ferviente que sea la amistad que usted le inspire. Casi estoy convencido de que los versos serán buenos.

—Vamos; recítelos V., D. Cárlos.

—No sé cuáles recitar que cansen ménos, y que á V., que me fia, y á mí, que soy el autor, nos dejen airosos.

—Recite V., contestó Lucía, los últimos que ha compuesto á Clori.

—Son largos.

—No importa.

Don Cárlos no se hizo más de rogar, y con entonacion mesurada y cierta timidez que le hubiera hecho simpático, aunque ya por sí no lo fuese, recitó lo que sigue:

El plácido arroyuelo
Rompe el lazo de hielo,
Y desatado en onda cristalina
Fecunda la pradera.
Flora presta sus galas á Chiprina;
Reluce Febo en la celeste esfera,
Y en la noche callada
La casta diosa á su pastor dormido,
Con trémulo fulgor, besa extasiada.
Del techo antiguo á suspender su nido
Ha vuelto ya la golondrina errante;
Dulces trinos difunde Filomena;

El mar se calma, el cielo se serena;
Sólo Céfiro amante,
Oreando la hierba en los alcores,
Y acariciando las tempranas flores,
Con música y aroma el aire agita.
En la rica estacion de los amores
Amor en todo corazon palpita;
Pero en el alma del zagal Mirtilo
Halla perpétuo asilo.
Allí ingenioso el dios labra un dechado
De gracia encantadora,
Donde con fiel esmero ha retratado
Á Clori bella, á la gentil pastora,
Por quien Mirtilo muere.
Clori, en tanto, amistosa y compasiva,
Quiere que el zagal viva,
Mas amarle no quiere;
Antes, dicen que piensa dar su mano
A un rabadan anciano.
Con celos el zagal su pena aumenta,
Y así en la selva oculto se lamenta:
—¡Tú no sabes de amor, encanto mio!
¡Ah! Tu ignorancia virginal te engaña.
Seré merecedor de tu desvío,
Mas no comprendo la ilusion extraña
Que á dar tanta beldad te precipita,
Inútil dón, tesoro inmaculado,
A la vejez marchita.
La amapola del prado
No despliega la pompa de sus hojas,
De púdico amor rojas,
Hasta que el sol derrama
En su velado seno estiva llama;
Ni la rosa se atreve
A abrir el cáliz entre escarcha y nieve.

No censurára yo que Galatea
Al cíclope adorase : la hermosura
Bien en la fuerza y el valor se emplea :
Bien con estrecho, cariñoso nudo ,
La hiedra ciñe firme tronco rudo.
Mas nunca á quien apénas
Sostener puede el peso de la vida
A llevar sus cadenas,
Si dulces, graves, el amor convida.
Huyen del mustio viejo las Camenas ;
Si la flauta de Pan su labio toca,
Allí perece el desmayado aliento,
Sin convertirse en melodioso viento,
Y la risa del sátiro provoca.
Con vacilante pié mal en el coro
De ninfas entra ; y el alegre giro
Y canto de las Ménades sonoro,
O con flébil suspiro,
O con dolientes ayes turba acaso ;
Que, en el misterio de la santa orgía,
Ni el hierofante el tirso le confia,
Ni él llega hasta la cumbre del Parnaso.
¡ Ay Clori ! ¿ Qué demencia te extravía ?
Ya que por tí se pierde
Mi tierno amor, mi juventud lozana,
De frescas rosas y de mirto verde
No ciñas ora una cabeza cana.
Trepa la vid al álamo frondoso,
Y á la punzante ortiga
Deja que adorne el murallon ruinoso.
¿ Qué riesgo, qué fatiga
No aceptará mi amor por agradarte ?
Por tí en el bosque venceré las fieras ;
Por tí el furor arrostraré de Marte ;
Y el rey de las praderas,

Cuya bronceada frente
Arma ostenta terrible, que figura
De nueva luna el disco refulgente,
De mi garrocha dura
Sentirá en la cerviz la picadura.
El rabadan, por la vejez postrado,
Tu solícito afan reclamaria,
¡ Oh Clori ! miéntras yo, por tu mandado,
Al abismo del mar descenderia,
Sus perlas para ver en tu garganta,
Y acosaria al lobo carnicero,
Su hirsuta piel con plomo ó con acero
Ganando para alfombra de tu planta.
Alucinada ninfa candorosa,
Desecha ese delirio que te lleva
A ser del viejo rabadan esposa.
Pues ¡ qué ! ¿ te he dado en balde tanta prueba
De amor ? Ya ves que por seguirte dejo
El templo de Minerva y los verjeles
Por do Bétis copioso se dilata.
De mis padres me alejo,
Y huyo tambien de mis amigos fieles
Para sufrir crueldades de una ingrata.
No estriba tu desden en mi pobreza,
Que no oculta tan bajo sentimiento
Tu noble corazon, y ni en riqueza
Me vence el rabadan, ni en nacimiento.
Sólo un funesto error, una locura,
¡Oh Clori ! ¡Oh rosa del pensil divino!
Te hará exhalar tu aroma y tu frescura
Entre las secas ramas del espino;
Te hará romper el broche delicado,
No para Abril, para Diciembre helado.
No así me hieras, si matarme quieres;
Mira que así te matas cuando hieres.

No bien terminaron los versos, fueron estrepitosamente aplaudidos por el benévolo auditorio; pero, si hemos de decir la verdad, ni D. José ni doña Antonia prestaron atencion durante la lectura; las señoras mayores se adormecieron con el sonsonete; el señor Cura halló la composicion sobrado materialista y mitológica y un poco pesada, y las amiguitas de Lucía más se entusiasmaron con la buena presencia del poeta que con el mérito literario de su obra.

Don Cárlos, en efecto, era un morenito muy salado de 22 á 23 años. Sus vivos y grandes ojos resplandecian con el fuego de la inspiracion. Su cabellera negra, ya sin polvos, lucía y daba reflejos azulados como las alas del cuervo. Los movimientos de su boca al hablar eran graciosos. Los dientes que dejaba ver, blancos é iguales; la nariz, recta, y la frente, despejada y serena.

Iba D. Cárlos vestido con suma elegancia, á la última moda de París. Era todo un petimetre. Parecia el príncipe de la juventud dorada, trasportado por arte mágica desde las orillas del Sena al riñon de Andalucía. El cuello de su camisa y el lienzo con que formaba lazo en torno de él estaban bastante bajos para descubrir la garganta y la cerviz robusta sobre que posaba airosamente la cabeza. La estatura, más bien alta que mediana, y el talle esbelto. El calzon ajustado de casi-

mir, la media de seda blanca y el zapato de hebilla de plata, daban lugar á que mostrase el galan la bien formada pierna y un pié pequeño, largo y levantado por el tarso.

Sin duda las niñas contemplaron más todas estas cosas, y se deleitaron más con la dulzura de la voz del señorito que con el que nos atreverémos á calificar de idilio, la mitad de cuyas palabras estaba en griego para ellas.

Don Fadrique habia reparado en todo. Como la mayor parte de los distraidos, era muy observador, y prestaba atencion intensa cuando se dignaba prestarla.

Los versos le parecieron regulares, no inferiores á los de Melendez, aunque, ni con mucho, tan buenos como los de Andres Chénier, que habia oido en París. Lo que es el chico le pareció muy guapo.

Advirtió tambien, con cierto gusto mezclado de zozobra, que Lucía, su sobrina, habia escuchado con ademan y gesto propios de quien entiende la poesía, y con cierta aficion, que no atinaba él á deslindar si era meramente literaria, ó reconocia otra causa más personal y más honda.

Por lo pronto, en consecuencia de tales observaciones, calificó á su sobrina, de quien hasta entónces apénas habia hecho caso, de bonita y de discreta. Se puede decir que la miró concien-

zudamente por primera vez, y vió que era rubia, blanca, con ojos azules, airosa de cuerpo y muy distinguida. De todos estos descubrimientos no pudo ménos de alegrarse, como buen tio que era; pero hizo, ó creyó haber hecho, otros descubrimientos, que le mortificaban algo. «Tal vez serán cavilaciones», decia para sí.

En punto de las diez se acabó la tertulia.

Sola ya la familia, doña Antonia convocó á los criados, y en compañía de todos, y en alta voz, se rezó el rosario.

Por último, no bastando el chocolate y el refresco, que pudiera pasar por merienda, para gente que comia entónces poco despues de mediodía, se sirvió la indispensable cena.

Durante este tiempo D. Fadrique buscó y encontró ocasion de tener un aparte con su sobrina, y le habló de este modo :

—Niña, veo que te gustan los versos más de lo que yo creia.

Ella, poniéndose muy colorada y más bonita desde la primera palabra que el tio pronunció, respondióle, algo cortada :

—¿Y por qué no han de gustarme? Aunque criada en un lugar, no soy tan ruda.

—Basta con mirarte, hija mia, para conocer que no lo eres. Pero el que te gusten los versos no se opone á que puedan gustarte los poetas.

—Ya lo creo que me gustan. Fray Luis de Leon y Garcilaso son mis predilectos entre los líricos españoles, dijo Lucía con suma naturalidad.

Casi se disipó la sospecha de D. Fadrique. Parecia inverosímil tanto disimulo en una muchacha de diez y ocho años, que rezaba el rosario todas las noches, iba á misa, y se confesaba con frecuencia.

Don Fadrique no tenía tiempo para rodeos y perífrasis, y se fué bruscamente al asunto que le mortificaba.

—Sobrina, con franqueza: ¿los versos que hemos oido los ha compuesto D. Cárlos para tí?

—¡Qué disparate! respondió Lucía, soltando una carcajada.

—¿Y por qué habia de ser disparate?

—Porque nada de aquello me conviene: porque yo no soy Clori.

—Bien pudieras serlo. El poeta no describe á Clori. Afirma vaga é indeterminadamente que Clori es bella, y tú eres bella.

—Gracias, tio; V. me favorece.

—No; te hago justicia.

—Sea como V. guste. Pero dígame V., ¿de dónde sacamos á mi viejo rabadan? porque yo no doy con él.

—Pues mira, yo creí haberle encontrado.

—¿Cómo, tio, si no estaba en la tertulia más que el señor Cura?

—Y yo, ¿no soy nadie?

—¿Qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir que tengo 50 años, que te llevo 32, y que no estoy loco para aspirar á que me quieran; pero los poetas fingen lo que se les antoja, y el barbilindo de D. Cárlos puede haber levantado esa máquina de suposiciones absurdas para escribir su idilio. En tal caso, no está muy conforme con la verdad todo aquello de que el viejo rabadan no puede ya con sus huesos, ni baila, ni corre, ni guerrea, ni es capaz de cazar lobos como el zagal. Con mi medio siglo encima, me apuesto á todo con el tal D. Carlitos. Todavía, si me pongo á bailar el bolero, estoy seguro de que he de bailarle mejor que cuando mi padre me hizo que le bailára á latigazos. Y en punto á pulmones y á resuello, no ya para encaramarme al Parnaso corriendo detras de las bacantes, no ya para tocar todas las flautas y clarinetes del mundo, sino para mover las aspas de un molino, entiendo que tengo de sobra.

—Pero, tio, si D. Cárlos no ha soñado en V. ni ha pensado en mí.

—Vamos, muchacha, no seas hipocritilla. A mí se me ha metido en la cabeza que ese chico te quiere, que ha sabido que yo venía á pasar aquí

un mes, que ha oido decir que yo era viejo, y, con estos datos, el insolente ha supuesto lo demas.

Don Fadrique decia todo esto con risa, para embromar á su sobrina; y, aunque dudoso de su recelo, algo picado de la desvergüenza del poeta, que por otra parte no habia dejado de caerle en gracia.

—Tio, dijo por último Lucía con la mayor gravedad que pudo. Usted no es el viejo rabadan. El viejo rabadan es de Villabermeja como V.: hace dos años que está establecido aquí, y merece, en efecto, las calificaciones que le prodiga el poeta, porque está muy asendereado y estropeado. El viejo rabadan se llama D. Casimiro. Usted debe de conocerle.

—¡Ya lo creo! ¡Y vaya si le conozco! dijo el Comendador recordando á su antiguo adversario y víctima de la niñez.

—Pero entónces, ¿quién es Clori? añadió en seguida.

—Clori es una linda señorita, muy amiga mia Su madre vive con gran recogimiento y no sale ni deja salir á su hija de noche. Por eso no ha estado Clori de tertulia; pero es mi vecina, y su madre consiente en que venga conmigo de paseo, en compañía de mi madre. Si mañana quiere V. ser nuestro acompañante, irémos á las huertas, á las diez, despues del almuerzo, por sendas en

que haya sombra. Clori vendrá, y V. conocerá á Clori.

—Iré con mucho gusto.

—¡Ah tio! Por amor de Dios, que no se le escape á V. lo de que D. Cárlos está enamorado de mi amiga y lo de que ella es Clori. Mire V. que es un secreto. Nadie más que yo lo sabe en la poblacion. Hay que tener mucho recato, porque los padres de ella no quieren más que á D. Casimiro y nada traslucen del amor de D. Cárlos. Yo se lo he confiado á V. para que no fuese V. á creer que yo era Clori y que sin razon de ningun género habiamos convertido á V. en viejo rabadan enclenque, á fin de dar motivo á los versos.

—Quedo satisfecho, muchacha, y no diré nada. Te aseguro ya que me interesa tu amiga Clori y que tengo curiosidad de verla.

De esta suerte, de improviso, vino D. Fadrique á tener, apénas llegado, un secreto con su sobrina, y á figurar en intrigas y lances de amor.

Pensando en ello, se retiró á su cuarto, como los demas se retiraron cada cual al suyo, y durmió hasta las ocho de la mañana, mejor que un mozo de veinte años.

VIII.

Doña Antonia amaneció con un tremendo jaquecazo, enfermedad á que era muy propensa. Tuvo, pues, que guardar cama y no pudo acompañar á paseo á su hija Lucía; pero, como el mal no era de cuidado, y ya Lucía tenía concertado el paseo con su amiga, se decidió que el Comendador las acompañase.

La amiga de Lucía vivia en la casa inmediata. Un muro separaba los patios de una casa y otra. A la hora convenida, en punto de las nueve y media, pronta ya Lucía para salir y con su tio al lado, gritó desde el patio, al pié del muro:

—Clara (así se llamaba Clori en la vida real), ¿estás ya lista?

No se hizo aguardar la contestacion.

Oyóse primero la voz de una criada que decia:

—Señorita, señorita, doña Lucía está llamando á su merced.

Un momento más tarde sonó en el patio contiguo una voz argentina y simpática que respondia:

—Allá voy: sal á la calle: ¿para qué he de entrar en tu casa?

Salieron D. Fadrique y doña Lucía, y hallaron ya á doña Clara en la puerta.

El Comendador, á pesar de sus distracciones, miró á doña Clara con extraordinaria curiosidad. Era una niña de poco más de diez y seis años. El color de su rostro, de un moreno limpio, teñido en las mejillas y en los labios del más fresco carmin. La tez parecia tan suave, delicada y trasparente, que al traves de ella se imaginaba ver circular la sangre por las venas azules. Los ojos, negros y grandes, estaban casi siempre dormidos y velados por los párpados y las largas y rizadas pestañas; si bien, cuando fijaban la mirada y se abrian por completo, brotaban de ellos dulce fuego y luz viva. Todo en doña Clara manifestaba salud y lozanía, y sin embargo, en torno de sus ojos, fingiéndolos mayores y acrecentando su brillantez, se notaba un cerco oscuro, como el morado lirio.

Era doña Clara más alta que su amiga Lucía, bastante alta tambien, y, aunque delgada, sus formas eran bellas y revelaban el precoz y completo desenvolvimiento de la mujer. El cabello de doña Clara era negrísimo, las manos y el pié pequeños, la cabeza bien plantada y airosa.

Ambas amigas iban vestidas de negro, con mantilla y basquiña, y algunas rosas en el peinado.

Lucía dijo á su amiga la indisposicion de su madre, y que su tio, el Comendador, recien llegado de Villabermeja, las acompañaria en el paseo. Salvos los cumplimientos y ceremonias de costumbre, no hubo en la conversacion nada memorable, hasta que los tres, que iban juntos, salieron de la ciudad y llegaron al campo.

La pequeña ciudad está por todas partes circundada de huertas. Muchas sendas las cortan en diversas direcciones. A un lado y otro de cada senda hay una cerca de granados, zarza-moras, mimbres y otras plantas. En muchas sendas hay un arroyo cristalino á cada lado: en otras, un solo arroyo. Todas ellas gozan, en primavera, verano y otoño, de abundante sombra, merced á los álamos, corpulentos y frondosos nogales, y demas árboles de todo género que en las huertas se crian.

La tierra es allí tan generosa y feraz, que no puede imaginarse el sinnúmero de flores y la masa de verdura que ciñen las márgenes de los arroyos, esparciendo grato y campestre aroma. Campanillas, mosquetas, violetas moradas y blancas, lirios y margaritas abren allí sus cálices y lucen su hermosura.

El sol radiante, que brilla en el cielo despejado y dora el aire diáfano, hace mas espléndida la escena. Increible multitud de pájaros la anima y

alegra con sus trinos y gorjeos. En Andalucía, huyendo de la tierra de secano, buscando el agua y la sombra, se refugian las aves en estos oásis de regadío, donde hay frescura y tupidas enramadas.

Tales eran los sitios por donde paseaba el Comendador con las dos bonitas muchachas. Apénas salieron de la poblacion, tomaron la senda que llaman *del medio.* Ellas cogian flores, se deleitaban oyendo cantar los colorines ó reian sin saber de qué. El Comendador meditaba, sentia gran bienestar, gozaba de todo, aunque más tranquilamente que ellas.

Al llegar á sitio más ancho, no ya á otra senda, sino á un camino, los tres, que, por ser la senda casi siempre estrecha, habian ido uno en pos de otro, se pusieron en la misma línea. Clara estaba en el centro. Lucía dijo entónces, dirigiéndose á su tio:

—Vamos, ya habrá satisfecho V. su curiosidad. Esta es Clori. ¿No es verdad que merece haber inspirado el idilio?

Doña Clara, que, si bien más moza que Lucía, era más reflexiva y grave, sintió que su amiga hubiese confiado á su tio aquel secreto, y no pudo reprimir las muestras de su disgusto, frunciendo el entrecejo, poniéndose más séria y tiñéndose al mismo tiempo de grana sus mejillas, con la vergüenza y el enojo.

Nada dijo doña Clara, á pesar de ello; pero Lucía advirtió su disgusto y prosiguió de esta suerte :

—No te ofendas, Clarita. No me motejes de parlanchina. Mi tio me puso anoche entre la espada y la pared, y tuve que confesárselo todo. Tuve que disculparme y que disculpar á D. Cárlos. A mi tio se le metió en la cabeza que él era el viejo rabadan y que yo era Clori. Ademas, mi tio es muy sigiloso y no dirá nada á nadie. ¿No es verdad, tio?

—Descuide V., señorita, respondió el Comendador, encarándose con doña Clara, que se puso más encarnada aún ; nadie sabrá por mí quién ha inspirado el idilio, que es, por cierto, precioso.

El Comendador advirtió que Clara se tranquilizaba, si bien no acertó, con la turbacion, á pronunciar palabra alguna.

Doña Lucía continuó :

—¡Vaya si es precioso el idilio! Créame usted, tio ; desde Vicente Espinel hasta nuestra edad, Ronda no ha producido más ingenioso poeta que nuestro amigo D. Cárlos de Atienza, ilustre mayorazgo de la mencionada ciudad, el cual vive en Sevilla con sus padres, trata de tomar en aquella Universidad la borla de doctor en ambos derechos, y ahora descuida bastante los estudios por seguir á Clori, que, desde Sevilla, se ha venido

aquí de asiento con su familia, á quien usted sin duda conoce.

—Sobrina, yo no sé si tengo ó no la honra de conocer á la familia de esta señorita, cuyo apellido no me has dicho. ¿Cómo un forastero recien llegado ha de adivinar la familia de quien sólo sabe que se llama Clori en poesía y Clara en prosa?

—¡Ay, es verdad! ¡Qué distraida soy! No habia yo dicho á V. cómo se llamaba mi amiga. Pues bien, tio: esta señorita se llama doña Clara de Solís y Roldan. Y ahora, ¿qué dice usted? ¿Conoce usted ó no conoce á su familia?

Al oir en boca de Lucía el nombre y apellidos de su amiga y la última inocente pregunta, el Comendador se estremeció, se turbó; el color rojo, que habia teñido ántes las mejillas delicadas de Clarita, se diria que habia pasado con más fuerza á encender el rostro varonil de D. Fadrique, curtido por el sol de la India y por los vientos de los remotos mares.

Lucía, sin advertir la turbacion de su tio, siguió diciendo:

—Pero ¿qué digo á su familia? A la misma Clara es posible que V. la conozca: sólo que ya no se acuerda. Cuando era ella chiquirritita, tal vez cuando ella nació, estaba V. en Lima. Clara es limeña.

Dominándose al cabo el Comendador, contestó á su sobrina:

—Mal puedo acordarme y mal puedo haber olvidado á esta señorita, á quien nunca he visto. A quien sí he conocido y tratado mucho es á su señor padre; y tambien, á pesar de la vida retirada y austera que siempre ha hecho, tuve el gusto de tratar y ser amigo de mi señora doña Blanca Roldan. ¿Cómo está su señora madre de usted, señorita?

—Sigue bien de salud, contestó doña Clara; pero, entregada como nunca á sus devociones, apénas se deja ver de nadie.

—¿Y el Sr. D. Valentin está bueno?

—Gracias á Dios, lo está, dijo Clara.

—Se ha retirado ya de la magistratura, añadió Lucía: ha heredado los cuantiosos bienes de su hermano mayor, que murió sin hijos, y vive aquí, donde tiene sus mejores fincas, de que Clarita es única heredera.

Como una nueva oleada de sangre subió entónces á la cara del Comendador, enrojeciéndola toda. Reportándose luégo, dijo de la manera más natural á su parlera sobrina:

—¿Con que, esta señorita, ademas de ser tan guapa, es muy rica?

—Para estos lugares lo es. ¿No es verdad, tio, que es muy extraño que la quieran casar con don

Casimiro? ¡Si viera V. qué viejo y qué feo está! Vamos, es ofender á Dios. Yo, si fuera el Papa, negaba la licencia que habrá que pedirle.

—Pues qué, exclamó D. Fadrique, ¿son ustedes parientes tan cercanos?

—Don Casimiro Solis es el pariente más cercano que tiene mi padre, contestó Clara.

—Sería su inmediato heredero si Clara no viviese, añadió Lucía, que no dejaba por contar nada de cuanto sabía, cuando se hallaba entre personas, como Clara y su tio, que le infundian tanta con fianza y cariño.

Don Fadrique no llevó adelante la conversacion. Quedó callado y como pensativo y melancólico.

En silencio continuaron, pues, paseando hasta que llegaron al *nacimiento*. En mitad de un bosque de encinas y olivos, que pone término á las huertas, se alza un monte escarpado, formado de riscos y peñascos enormes, que parecen como suspendidos en el aire, amenazando derrumbarse á cada momento.

Higueras bravías, jaras de várias especies, romero y tomillo, musgo, retama y otras mil hierbas, plantas y flores, nacen en las hendiduras de aquellas peñas ó cubren los sitios en que no está pelada la roca viva, y hallan alguna capa vegetal donde fijar y alimentar las raíces.

Los peñascos horadados abren paso á diversas grutas ó cuevas en no pocos sitios del cerro, á cuyo pié, más bajo aún que el nivel del camino, están como socavadas las piedras, formando una gruta mayor y de más grande entrada que las otras. En el fondo de esta gruta, que se ve todo sin penetrar allí, brota de una grieta, sin hipérbole alguna, un verdadero rio. Por eso se llama aquel sitio el nacimiento del rio, ó sencillamente *el nacimiento.*

El agua que mana de entre las peñas cae con grato estruendo en un estanque natural, cuyo suelo está sembrado de blanquísimas y redondas piedrezuelas. Por aquel estanque se extiende mansa el agua, creando y desvaneciendo de contínuo círculos fugaces; mas, á pesar de los círculos, son las ondas de tal trasparencia que al traves de ellas se ve el fondo, aunque está á más de vara y media de profundidad, y en él pueden contarse las guijas todas.

En la márgen del pequeño lago crecen juncos, juncia, berros y otras plantas acuáticas.

El estanque ó lago llena la gruta y se dilata buen espacio fuera de ella, reflejando el cielo en su cristal. A derecha y á izquierda hay dos acequias, por donde el agua corre, dividiéndose despues en infinitos arroyuelos, y yendo á regar las mil y quinientas huertas que hacen del término

de aquella pequeña ciudad un verde y florido paraíso.

Como todo por aquellas cercanías es terreno quebrado, el agua baja á las hondonadas con ímpetu brioso; á veces se precipita en cascadas, y á veces pone en movimiento aceñas, batanes y martinetes. No obstante, cerca del nacimiento el agua va por tierra llana, con sosegada corriente y apacible murmullo, sin que haya ruido mayor en aquella amena soledad que el que produce el nacimiento mismo; el golpe del agua que brota de la peña y cae dentro de la gruta.

A la orilla del estanque rústico hay varios sauces, y junto al tronco del más alto y frondoso, un poyo ó asiento de piedra. Allí estaba sentado el poeta rondeño D. Cárlos de Atienza cuando llegaron el Comendador, su sobrina y doña Clara.

Don Fadrique, como si anhelase apartar de sí tristes y enojosos pensamientos, impropios de su carácter y risueña filosofía, se pasó la mano por la frente, y creyendo que recobraba su serena y alegre condicion, dijo en voz alta:

—Hola, ilustre poeta, ¿qué nuevo idilio compone V. en estas soledades?

Don Cárlos se levantó del asiento, y yendo hácia los recien venidos, dijo:

—Buenos dias, Sr. D. Fadrique. Beso los piés de ustedes, señoritas.

El Comendador le allanó el camino para que se viniese con él y con las niñas y los acompañase un rato en el paseo. Habló á D. Cárlos de sus estudios, le ponderó lo mucho que le agradaba la poesía, le encomió el idilio y se le hizo repetir.

No podia haber dado mayor gusto á D. Cárlos, ni mayor satisfaccion de amor propio; porque, como todos los que escriben, han escrito ó escribirán versos en el mundo, era D. Cárlos aficionadísimo á recitarlos en presencia de un benévolo y discreto auditorio, y siempre se inclinaba á calificarle de discreto, con tal de que fuese benévolo.

Don Fadrique miró con disimulo, pero con mucha atencion, á Clarita miéntras que D. Cárlos recitó el idilio. Si áun le hubiera quedado la menor duda de que Clara era Clori, la duda se hubiera disipado. A Clarita, valiéndonos de una expresion en extremo vulgar, si bien muy pintoresca, un color se le iba y otro se le venía miéntras los versos duraron. Ya se ponia pálida, ya se cubrian de púrpura sus mejillas. Hasta cuando exclamó D. Cárlos recitando:

> « Pues ¡ qué ! ¿ te he dado en balde tanta prueba
> De amor ? »,

vió ó imaginó ver D. Fadrique que los párpados de doña Clara se contraian más de lo ordinario,

como para recoger y ocultar indiscretas lágrimas, que ansiaban por brotar de los hermosos ojos.

Despues de recitados los versos, D. Cárlos, ménos atrevido en prosa, apénas se acercó á Clara, y no le dijo palabra que todos no oyesen. Sólo con Lucía habló en voz baja y como en secreto.

Los cuatro se internaron, prosiguiendo el paseo y volviendo á la ciudad por otro camino, en medio de una frondosísima alameda. Allí Clara, ó adelantándose ó quedándose atras y dejando al Comendador con su sobrina, hubiera podido hablar á su placer con D. Cárlos; pero no parecia sino que le tenía miedo, que temblaba de oir su voz sin testigo, y que deseaba demostrar á los ojos del Comendador que no queria pertenecer á Don Cárlos, sino á D. Casimiro. Ello es que en los lugares más agrestes, Clara no se apartaba del lado de D. Fadrique, como si temiese que saliese una fiera á devorarla y buscase en él su amparo y defensa.

¿Quién sabe lo que pasaba en aquellos instantes en el alma del Comendador? Lo cierto es que casi no se atrevia á hablar á Clara; pero de repente, en una ocasion en que D. Cárlos y Lucía se adelantaron y se perdieron de vista entre los árboles, el Comendador detuvo á Clara, la contempló de un modo extraño y dulce, y tomando su semblante una expresion solemne y en cierto modo venerable, exclamó:

—¡Hija mia! Es V. muy buena, muy hermosa....., inocente de todo; Dios bendiga á V. y la haga tan feliz como merece.

Y diciendo esto, alzó las manos como para bendecir á la muchacha, tomó su cabeza entre ellas y le dió en la frente un beso.

Clara halló, sin duda, muy raro todo aquello, fuera del uso y del estilo comun; pero la cara de D. Fadrique estaba tan séria, y su expresion era tan simpática y noble, que, á pesar de las ideas con que personajes devotos habian manchado precozmente la conciencia de la niña, hablándole de pecados y faltas, Clara no pudo ver allí ningun atrevimiento liviano.

Más aún se afirmó en la idea de lo puro é impecable del extraño é inesperado beso, cuando le dijo el Comendador:

—Don Cárlos me parece un mozo excelente. ¿Le ama V. mucho?

Habia en el acento de D. Fadrique un suave imperio, al que Clara no supo resistir.

—Le he amado mucho, contestó, pero yo acertaré á no amarle. He sido muy culpada. Sin que lo sepa mi madre le he querido. En adelante no le querré. Seré buena hija. Obedeceré á mi madre. Ella sabe mejor que yo lo que me conviene.

Don Fadrique no se atrevió á replicar ni á hacer un discurso subversivo de la autoridad materna.

A poco volvieron á reunirse en un solo grupo los cuatro.

Antes de entrar de nuevo en la ciudad, D. Cárlos se despidió del Comendador y de las dos señoritas, y se fué por otros sitios.

Apénas Lucía y su tio dejaron á Clara á la puerta de su casa, el tio preguntó á la sobrina :

—¿Qué te ha dicho D. Cárlos?

—¿Qué ha de decir? Que está desesperado; que Clara le desdeña, que le rechaza, y que, por obedecer á su madre, se casará con D. Casimiro.

—Y D. Valentin, ¿qué hace?

—Nada. ¿Qué quiere V. que haga? Pues qué, ¿ignora V. que D. Valentin es un gurrumino? Una mirada de doña Blanca le confunde y aterra : una palabra de enojo de aquella terrible mujer hace que tiemble D. Valentin como un azogado.

—De suerte que doña Blanca es quien ha decidido el casamiento de Clara con D. Casimiro.

—Sí, tio : en esa casa doña Blanca es quien lo decide todo. Ella manda y los demas obedecen. No se atreven á respirar sin su licencia. No se puede negar que doña Blanca tiene mucho talento y es una santa. Sabe más de las cosas de Dios que todos los predicadores juntos. Reza muchísimo; lee y estudia libros piadosos ; lleva una vida ejemplar y penitente, y hace muchas limosnas á los pobres y á las iglesias; pero, á pesar de tantas vir-

tudes y excelentes prendas, nada tiene de amable. Antes al contrario, es terrible. A mí me pone miedo.

—No lo dudo, sobrina: ya era como tú la describes cuando yo la conocí.

—¡Ay, tio! ¿Y la veia V. con frecuencia?

—No con frecuencia, sobrina, pero al fin la traté algo.

—No extrañe V. que en una semana no vengan á casa, ni para cumplir. Doña Blanca vive con la mente tan léjos de todo, y se resiste tanto á que le cuenten cosas del mundo exterior, que distraigan su espíritu de la contemplacion íntima en que vive, que de seguro ni ella ni su pobre marido sabrán que V. ha llegado. Don Valentin no creo que sea hombre muy interior, espiritual y contemplativo; pero, como tiene tanto miedo á su mujer y quiere darle gusto siempre, vive tambien á lo místico, apartado del trato humano, y yo le juzgo capaz de azotarse con unas disciplinas, no tanto por amor de Dios, cuanto por amor y por miedo de doña Blanca.

Don Fadrique escuchaba y callaba. No tenía humor de despegar los labios. Lucía, que era aficionada á hablar, soltó la tarabilla y prosiguió diciendo:

—¡Pobre Clara! Figúrese V. lo divertida que estará. Yo no lo dudo; ella se irá al cielo; pero

¡qué! ¿no puede ir uno al cielo con ménos trabajo? No acierto á ponderar á V. los prodigios de astucia, los portentos de habilidad, aunque esté mal que yo me alabe, que he tenido que hacer para ganarme un poco la voluntad y la confianza de doña Blanca y lograr que su hija se trate conmigo y salga á veces en mi compañía. Si no fuera por mí, Clara estaria como enterrada en vida, entre cuatro paredes. No sé cómo ha podido entenderse con D. Cárlos. Gracias á que él es muy listo y capaz de todo. Clara ha estado con él, no diré que en relaciones, sino casi en relaciones. Ello es que Clara le amaba. Luégo ha tenido remordimientos de amar á un hombre á escondidas de su madre, y sobre todo cuando su madre la destina para otro. Así es que ahora rechaza al pobre D. Cárlos, y el infeliz zagal Mirtilo se muere de pena.

El Comendador oia con interes á su sobrina, y no ponia en la conversacion ni una exclamacion siquiera. Parecia que se habia quedado mudo ó que no sabía qué decir.

—Clara, prosiguió Lucía, ahora, que cree pecado amar á D. Cárlos, y que no halla posible oponerse á la voluntad de su madre, piensa á veces en ser monja; pero ni este deseo se atreve á confiar á su madre. Considera ella, en primer lugar, que no es buena su vocacion; que quiere tomar el velo por despecho y como desesperada; y por

otra parte, cree que decir á su madre que quiere ser monja es un acto de rebeldía, es oponerse á su voluntad de casarla con D. Casimiro. ¿Qué piensa usted de la situacion de mi desgraciada amiga?

Interrogado tan directamente el Comendador, tuvo al cabo que romper el silencio; pero respondió con laconismo:

—Mala es, en verdad, la situacion; pero ¿quién sabe? Todo tiene remedio ménos la muerte. Entre tanto (añadió D. Fadrique, hablando con lentitud y bajo, dejando caer las palabras una á una, como si le costasen grandes esfuerzos, y como si en vez de responder á su sobrina, hablase consigo mismo y á sí propio se respondiese); entre tanto, doña Blanca es discreta, es piadosa y es buena madre. Razones de mucho peso tiene..... sin duda..... para querer casar á su hija con D. Casimiro. En fin, muchacha, sigue siendo buena amiga de Clara, pero no caviles ni formes juicios acerca de la conducta de doña Blanca. Voy, ademas, á hacerte otra súplica.

—Mande V., tio.

—Es algo difícil lo que exijo de tí.

—¿Por qué?

—Porque te gusta hablar, y lo que exijo es que calles.

—¿Y qué he de callar? Ya verá V cómo me

callo. Yo no quiero que V. se disguste y forme mal concepto de mí.

—Pues bien; calla que me has puesto al corriente de los amores de D. Cárlos y doña Clara, y calla tambien cuanto sabes acerca de estos amores.

—¡Tio, por amor de Dios! No me crea V. tan amiga de contarlo todo. El pícaro idilio tiene la culpa. Sin el idilio, ni á V. le hubiera yo confiado nada.

Oido esto, sonrió el Comendador á su sobrina, y como ya estaban en la casa, se apartó de la muchacha, yéndose algo meditabundo y ensimismado, cual si procurase resolver un difícil problema.

IX.

Miéntras el Comendador y Lucía tenian el diálogo de que acabamos de dar cuenta, Clara habia entrado en el cuarto de su madre.

Doña Blanca estaba sentada en un sillon de brazos. Delante de ella habia un velador con libros y papeles. Don Valentin estaba allí, sentado en una silla, y no muy distante de su mujer.

El aspecto de doña Blanca era noble y distinguido. Vestida con sencillez y severidad, todavía se notaban en su traje cierta elegancia y cierto señorío. Tendria doña Blanca poco más de cuarenta años. Bastantes canas daban ya un color ceniciento á la primitiva negrura de sus cabellos. Su semblante, lleno de gravedad austera, era muy hermoso. Las facciones, todas de la más perfecta regularidad.

Era doña Blanca alta y delgada. Sus manos, blancas, parecian trasparentes. Sus ojos, negros como los de su hija, tenian un fuego singular é indefinible, como si todas las pasiones del cielo y de la tierra y todos los sentimientos de ángeles y diablos hubiesen concurrido á crearle.

Don Valentin, tímido y pacífico, enamorado de su mujer en los primeros años de matrimonio, y lleno despues de consideracion hácia ella, no se atrevia á chistar en su presencia, si ella no le mandaba que hablase.

Era D. Valentin un virtuoso caballero, pero débil y pusilánime. Habia sido, por amor y respeto á su honra, un magistrado íntegro. Nada habia podido apartarle del cumplimiento de su deber, y hasta habia mostrado admirable entereza fuera de casa, donde la entereza, por grande que deba ser, basta con que dure un instante; pero en la casa, con la doméstica tiranía de una mujer dotada de

voluntad de hierro, cuya presion es perpétua é incesante, D. Valentin no habia sabido resistir, y habia abdicado por completo. La hacienda, los negocios, la educacion de la hija, todo dependia y todo era dirigido y gobernado por doña Blanca.

El aspecto de D. Valentin era insignificante y neutral.

Ni alto ni bajo, ni pelinegro ni rubio, ni flaco ni gordo. Parecia, con todo, un señor, por decirlo así, muy correcto en sus modales, en su continente y en su habla. La devota sumision á su mujer añadia á dicha calidad de correcto una tintura de mansedumbre.

Don Valentin habia sido en su mocedad muy buen católico, pero sin fervor penitente y sin inclinaciones místicas y contemplativas. Ahora, por no desazonar á su mujer, se esforzaba por remedar á San Hilarion ó á San Pacomio.

Tenía D. Valentin cerca de sesenta años de edad, pero parecia mucho más viejo, porque no hay cosa que envejezca y arruine más el brío y la fortaleza de los hombres que esta servidumbre voluntaria y espantosa, á que por raro misterio de la voluntad se someten muchos, cediendo á la persistencia endemoniada de sus mujeres.

No bien entró Clara en el cuarto, doña Blanca le preguntó :

— ¿Dónde has estado, niña ?

—Mamá, en *el nacimiento.*

—No sé cómo tiene piés mi señora doña Antonia para dar paseos tan disparatados. Con ir y volver, eso es andar cerca de una legua.

—Doña Antonia no ha estado hoy con nosotras, dijo Clara, no atreviéndose á mentir, ni siquiera á disimular.

El rostro de doña Blanca tomó cierta expresion de sorpresa y de notable desagrado.

—Entónces ¿quién os ha acompañado en el paseo? preguntó doña Blanca.

—No se enoje V., mamá; hemos ido bien acompañadas.

—Sí, pero ¿por quién? ¿Por alguna fregona? ¿Por alguna tia cualquiera?

—Mire V., mamá, doña Antonia tenía la jaqueca y no pudo acompañarnos. En su lugar ha venido con nosotras el tio de Lucía.

—¿Y quién es ese tio?

—Un señor marino que estuvo en la India y en el Perú, que dice que conoce á V., que hace poco ha venido á vivir á Villabermeja, y que anoche llegó aquí á pasar una temporada.

—Ese es el Comendador Mendoza, dijo D. Valentin, con cierto júbilo de saber que habia llegado un antiguo amigo.

—Justamente, papá, así se llama: el Comendador Mendoza; un señor muy fino, si bien algo raro.

—Oye, Blanca, será menester que vayamos á ver al Comendador, que vive sin duda en casa de su hermano, exclamó D. Valentin.

—Cumplirémos con ese deber que la sociedad nos impone, dijo doña Blanca con reposo y dignidad serena; pero tú, Clara, no debes volver á salir de paseo ni tratarte con ese hombre malvado é impío. Si la santa fe de nuestros padres no estuviera tan perdida; si las perversas doctrinas del filosofismo frances no nos hubiesen inficionado, ese hombre, en vez de vestir el honroso uniforme de la marina, vestiria el sambenito; en vez de andar libre por ahí, piedra de escándalo, fermento de impiedad, levadura del infierno, corrompiendo lo que áun en el cuerpo social se conserva sano, estaria en los calabozos de la Inquisicion ó ya hubiera muerto en la hoguera.

Clara se aterró al oir en boca de su madre aquella diatriba. Se representó en su mente al Comendador como á un personaje endiablado; y, acordándose del tierno beso que de él habia recibido, se llenó toda de espanto y de vergüenza.

Don Valentin, con el recuerdo del Comendador, que le traia á la imaginacion mejores tiempos, cuando él estaba ménos viejo y ménos sumiso, se sentia, contra su costumbre, con ánimo de contradecir y no someterse del todo. Así es que dijo:

—¡Válgame Dios, mujer, qué falta de caridad es ésa! Eres injusta con nuestro antiguo amigo. No te negaré yo que era algo *esprit fort* en su mocedad, pero ya se habrá enmendado. Por lo demas, siempre fué el Comendador pundonoroso, hidalgo y bueno. ¿Qué tienes tú que decir contra su moralidad?

—Cállate, Valentin, que no dices más que sandeces. Y las llamo sandeces, por no calificarlas de blasfemias. ¿Qué moralidad, qué hidalguía, qué virtud puede haber donde faltan la religion y las creencias, que son su fundamento? Sin el santo temor de Dios toda virtud es mentira y toda accion moral es un artificio del diablo para engañar á los bobos que presumen de discretos y que no subordinan su juicio á los que saben más que ellos. Ya lo he dicho y lo repito: el Comendador Mendoza era un impío y un libertino, y seguirá siéndolo. Nosotros irémos á visitarle para no chocar, procurando no hallarle en casa y ver sólo á doña Antonia y á su bendito marido. En cuanto á Clarita, se buscará un pretexto cualquiera para que no salga más con Lucía, exponiéndose á ir en compañía de ese renegado, jacobino, volteriano y ateo. Primero confiaria yo á Clara al cuidado de la más vil y pecadora de las mujeres. Esta mujer, con el auxilio de la religion, puede regenerarse y llegar á ser

una santa; pero de quien niega á Dios ó le aborrece, del empedernido de toda la vida, ¿qué esperanza es lícito concebir?

Clarita y D. Valentin se compungieron y amilanaron con el sermon de doña Blanca, y nada supieron contestarle.

Quedó, pues, resuelto que Clarita, por culpa del Comendador y para que no se contaminase, no volveria á pasear con Lucía.

X.

Las resoluciones de doña Blanca Roldan eran irrevocables y efectivas. Ella sabía darles cumplimiento con calma persistente.

Una mañana, despues de oir misa con D. Valentin, estuvo doña Blanca á visitar á doña Antonia y á felicitarla por la venida de su cuñado; y fué con tal tino, que no se hallaba el Comendador en casa.

Ni ántes ni despues de esta visita se dejaron ver doña Blanca y D. Valentin de sus vecinos y amigos. Retirados siempre en el fondo del antiguo caseron en que vivian, y pretextando enfer-

medades, no recibian visitas, á pesar de lo difícil y odioso que es negarse á recibir, estando en casa, cuando se vive en un pueblo pequeño.

En balde intentó repetidas veces Lucía sacar á paseo á Clara. Siempre que envió recado, le contestaron que Clara estaba mal de salud ó muy ocupada y que le era imposible salir.

Lucía fué ella misma á ver á Clara, y sólo dos veces pudo verla, pero en presencia de su madre.

Estas pruebas de retraimiento y hasta de desvío estaban suavizadas por una extremada cortesía de parte de doña Blanca; aunque bien se dejaba conocer que si esta señora ponia de su parte cuantos medios le sugeria su urbanidad á fin de no dar motivo de agravio, preferiria agraviar, si por agraviado se daba álguien, á cejar un punto en su propósito.

Fuera del dia en que visitó á doña Antonia, no ponia doña Blanca los piés en la calle sino de madrugada, para ir á la iglesia, á misa y demas devociones. Don Valentin la acompañaba casi siempre, como un lego ó doctrino humilde, y Clara la acompañaba siempre, sin osar apénas levantar los ojos del suelo.

Lucía, cavilando sobre las causas de aquella poco ménos que completa ruptura de relaciones, llegó á temer que doña Blanca hubiese averiguado los amores de Clara con D. Cárlos de Atienza,

la presencia de éste en la ciudad, y la entrada y proteccion con que contaba en su casa.

Doña Clara no hablaba á solas ni escribia á su amiga; por los criados nada podia averiguarse, porque los de doña Blanca eran forasteros casi todos, y ó no tenian confianza en la casa, ó hacian una vida devota y apartada, imitando y complaciendo así á sus amos.

Sólo podia afirmarse que la única persona que entraba de visita en casa de D. Valentin era su cercano pariente D. Casimiro.

De este suerte se pasaron diez dias, que á don Cárlos, á Lucía y al Comendador parecieron diez siglos, cuando al anochecer, en una hermosa tarde, el Comendador estaba en el patio de la casa sólo con su sobrina. Ésta traia con su tio una conversacion muy animada, mostrándole las plantas y las flores que en arriates y en multitud de tiestos adornaban aquel patio, contiguo, como ya hemos dicho, al de la casa de D. Valentin. Salvando el muro divisorio, la voz de ambos interlocutores podia llegar al patio inmediato. La voz llegó, en efecto, porque en medio de la conversacion sintieron Lucía y el Comendador el ruido de un pequeño objeto pesado que caia á sus piés. Lucía se bajó con prontitud á recogerle, y no bien le tuvo en la mano, dijo á su tio, toda alborozada y en voz baja:

—Es una carta de Clarita. ¡Qué buena es! Me quiere de véras. Menester es conocerla como yo la conozco, para estimar lo que vale esta fineza de su amistad. ¡Burlar por mí la vigilancia de su madre! ¡Escribirme furtivamente! Calle usted..... tio..... si parece imposible. ¡Por mí, esa infeliz, que es una santa, ha faltado á su deber de obediencia filial! ¿Y cómo, dónde, á qué hora habrá podido escribirme? Vamos..... si le digo á usted que es un milagro de cariño. Y la picarita ¿con qué angustia habrá estado espiando la ocasion de echarme la carta, segura de que yo la recogeria? ¡Benditas sean sus manos!

Y diciendo esto habia desatado el papel de la china en que venía liado con un hilo, y se diria que queria comérsele á besos.

—Vén á leer esa carta, dijo el Comendador, donde haya luz y donde no vengan á interrumpirnos. En el despacho no hay nadie y ahora acaban de encender el velon. Vén, que es ya de noche y aquí no verás.

Lucía fué al despacho con su tio, y con acento conmovido, casi al oido del Comendador, leyó lo siguiente:

«Mi querida Lucía: De sobra conoces tú lo mucho que te quiero. Considera, pues, cuánto me afligirá verte tan poco y no poder hablarte. Mi madre lo exige, y una buena hija debe com-

placer á su madre. No creas que mi madre ha sospechado nada de mis desenvolturas con D. Cárlos de Atienza. Me echo á temblar al representarme que hubiera podido sospecharlo. Nadie sabe más que tú, el Comendador y yo, que don Cárlos me pretende; pero Dios sabe mi pecado, del que estoy arrepentida. Ha sido enorme perversidad en mí dar alas á ese galan con miradas dulces y profanas sonrisas..... casi involuntarias .... te lo juro. No por eso me pesan ménos en la conciencia. Algo he hecho yo, ó arrastrada por mi maldad nativa, ó seducida por el enemigo comun de nuestro linaje, para alborotar á ese mozo, hacerle abandonar su universidad y sus estudios, y moverle á venir aquí en persecucion mia. En medio de todo, harto tengo que agradecer á Jesus y á María Santísima, que se apiadan de mí, á pesar de lo indigna que soy, y disponen que no se solemnice mi falta con el escándalo. Favor sobrenatural del cielo es sin duda el que siga oculto el móvil que ha impulsado á D. Cárlos á venir aquí. La gente cree que vino y está aquí por tí. ¡Cuánto debo agradecerte que cargues con esta culpa! Si yo no hubiera sido atrevida, si yo no hubiera animado á D. Cárlos, si yo hubiera tenido la severidad y el recato convenientes, no me veria ahora en tan amargo trance. ¡Ay, mi querida Lucía! El corazon humano es un abismo de iniqui-

dad..... y de contradicciones. ¿Quieres creer que, si por un lado me desespero de haber dado ocasion para que D. Cárlos haya venido persiguiéndome, por otro lado me lisonjea, me encanta que haya venido, y advierto que si no hubiera venido sería yo más desgraciada! En medio de todo..... no lo dudes..... yo soy muy mala. Estoy avergonzada de mi hipocresía. Estoy engañando á mi madre, que es tan perspicaz. Mi madre me juzga demasiado buena..... y vela por mí, como el avaro por su tesoro, cuando el tesoro está ya perdido. No acierto á decírtelo para que no te enojes, y no obstante, quiero decírtelo. No cumpliria con un deber de conciencia si no te lo dijese. La causa de que mi madre me aparte de tí es tu tio. A mí me pareció un caballero muy fino y bueno; pero mi madre asegura ¡qué horror! que no cree en Dios. ¿Es posible ¡hija mia! que hiera el demonio con tan abominable ceguedad los ojos de algunas almas? ¿Se comprende que la copia, la imágen, la semejanza, renieguen del original divino, que les presta el único valor y noble sér que tienen? Si ello es cierto, si el Comendador está obcecado en sus impiedades, ármate de prudencia y pide al cielo que te salve. Procura tambien traer á tu tio al buen camino. Tú tienes extraordinario despejo y dón de expresarte con primor y entusiasmo. El Altísimo, ademas, se vale á

menudo de los débiles para sus grandes victorias. Acuérdate de David, mancebo, que era un pastorcillo sin fuerzas y venció y derribó al gigante en el valle del Terebinto. ¿Cuántas hermanas, hijas, madres y esposas no han logrado convencer á sus descarriados maridos, hermanos, hijos ó padres? A gloria parecida debes aspirar tú, y Dios te premiará y te dará brío para alcanzarla. En cuanto á mí, áun siendo tan niña, soy una miserable pecadora, y bastante tarea tengo con llorar mis locuras y apaciguar la tempestad de encontrados sentimientos que me destrozan el pecho. Dame la última y mayor prueba de amistad. Persuade á D. Cárlos de que no le amo. Dile que se vuelva á Sevilla y me deje. Convéncele de que soy fea, de que gusto de D. Casimiro, de que mi ingratitud hácia él merece su desprecio. Yo debiera haberle hablado en este sentido; pero soy tan débil y tan tonta, que no hubiese atinado á decírselo, y tal vez le hubiera inducido estúpidamente á que creyese todo lo contrario. Por amor de Dios, Lucia de mi alma, despide por mí á D. Cárlos. Yo no puedo, no debo ser suya. Que se vaya; que no disguste por mí á sus padres; que no pierda sus estudios; que no motive un escándalo cuando se sepa que vino por mí y que yo soy una malvada, provocativa, seductora, quién sabe..... Adios. Estoy apuradísima. No ten-

go á nadie á quien confiar mis cosas, con quien desahogar mis penas, á quien pedir consejo y remedio. Espero con ánsia la llegada del P. Jacinto, que es el oráculo de esta casa. Sé que lo que yo le diga caerá como en un pozo, y que sus consejos son sanos. Es el único hombre que tiene algun imperio sobre mi madre. ¿Cuándo vendrá de Villabermeja? Adios, repito, y ama y compadece á tu — CLARA.»

XI.

Esta carta inocente, tan propia de una niña de diez y seis años, discreta y educada con devocion y recogimiento, gustó mucho al Comendador; pero tambien le dió no poco que pensar. No entrarémos nosotros en el fondo de su alma á escudriñar sus pensamientos, y nos limitarémos á decir que tomó tres resoluciones, de resultas de aquella lectura.

Fué la primera buscar modo de ver y de hablar á la severísima doña Blanca; la segunda, sondear bien el ánimo de D. Cárlos para conocer hasta qué punto amaba de véras á la niña y merecia su amor;

y la tercera, tratar con el padre Jacinto y proporcionarse en él un aliado para la guerra que tal vez tendria que declarar á la madre de Clarita.

A fin de conseguir lo primero, en vez de escribir pidiendo una audiencia, que con cualquier pretexto y muy políticamente se le hubiera negado, discurrió D. Fadrique levantarse al dia siguiente de madrugada, aguardar en la calle á doña Blanca cuando ella saliese para acudir á la iglesia, é ir derecho é hablarle, sin miedo alguno.

Así lo hizo el Comendador. Doña Blanca, ántes de las seis, apareció en la calle con Clarita y don Valentin. Iban á misa á la iglesia Mayor. Apénas los vió salir D. Fadrique, se acercó muy determinado, y saludando cortésmente con sombrero en mano, dijo:

—Beso á V. los piés, mi señora doña Blanca. Dichosos los ojos que logran ver á V. y á su familia. Buenos dias, amigo D. Valentin. Clarita, buenos dias.

Don Valentin, al oirse llamar amigo tan blandamente y por una voz conocida y simpática, no se pudo contener; no reflexionó, se dejó llevar del primer ímpetu cariñoso y se fué hácia D. Fadrique con los brazos abiertos. Por dicha, no obstante, D. Valentin tenía la inveterada costumbre de no hacer la menor cosa sin mirar ántes á su mujer para notar la cara que ponia y si le retraia

de consumar ó le alentaba á que consumase su conato de accion. A pesar, pues, de lo entusiasmado que iba á abrazar á D. Fadrique, el instinto le indujo á que mecánicamente volviera la cara hácia doña Blanca ántes de llegarse á dar el abrazo. Indescriptible es lo que vió entónces en los fulminantes ojos de su mujer. Casi no se puede describir el efecto que le produjo aquella mirada. Creyó D. Valentin leer en ella el más profundo desden, como si le acusase de una humillacion estólida, de una bajeza infame; y creyó ver, al mismo tiempo, la ira y la prohibicion imperiosa de que llevase á cabo lo que se habia lanzado á ejecutar. El terror sobrecogió de tal suerte el ánimo de D. Valentin, que se paró, se quedó inmóvil de súbito, como si se hubiera convertido en piedra. Sólo con voz apagada y apénas perceptible exhaló, por último, como lánguido suspiro, un

—Buenos dias, Sr. D. Fadrique.

—Buenos dias, dijo tambien Clara, no con más aliento que su padre.

Doña Blanca miró de piés á cabeza al Comendador, y con reposo y suave acento, sin alterarse ni descomponerse en lo más mínimo, le habló de esta manera:

—Caballero: Dios, que es infinitamente misericordioso, tenga á V. en su santa guarda. No por amor suyo, de que V. carece, sino por el mundano

honor de que V. se jacta y por los respetos y consideraciones que todo hombre bien nacido debe á las damas, ruego á V. que no nos distraiga del camino que llevamos, ni perturbe nuestra vida retirada y devota.

Y dicho esto, hizo doña Blanca al Comendador una ceremoniosa y fria reverencia, y echó á andar con sosegada gravedad, siguiéndola D. Valentin y llevando delante á Clara.

Don Fadrique pagó la reverencia con otra, se quedó algo atolondrado, y dijo entre dientes :

—Está visto: es menester acudir á otros medios.

No bien la familia de Solis se hubo alejado treinta pasos del Comendador, vió éste que doña Blanca se volvia á hablar con su marido.

Es evidente que el Comendador no oyó lo que le decia ; pero el novelista todo lo sabe y todo lo oye. Doña Blanca, que trataba siempre de usted y con el mayor cumplimiento á su señor marido cuando le echaba un sermon ó reprimenda, le habló así miéntras Clara iba delante :

—Mil veces se lo tengo dicho á V., señor don Valentin. Ese hombre, que V. se empeñó en introducir en casa, allá en Lima, es un libertino, impío y grosero. Su trato, ya que no inficione, mancha ó puede manchar la acrisolada reputacion de cualquiera señora. Yo tuve necesidad poco ménos que de echarle de casa. Motivos hubo, en su

falta de miramientos y hasta de respeto, para que en otras edades bárbaras, olvidando la ley divina, álguien le hubiera dado una severa leccion, como solian darlas los caballeros. Esto no habia de ser: era imposible..... Nada que más repugne á mi conciencia; nada más contrario á mis principios; pero hay un justo medio..... Delito es matar á quien ha ofendido..... pero es vileza abrazarle. Señor don Valentin, V. no tiene sangre en las venas.

Todo esto lo fué soltando, despacio y bajo, casi en el oido de D. Valentin, su tremenda esposa doña Blanca.

Fueron tan duras y crueles las últimas frases, que D. Valentin estuvo á punto de alzar bandera de rebelion, armar en la calle la de Dios es Cristo y contestar á su mujer lo que merecia; pero el olor de mil flores regalaba el olfato; la gente pasaba con alegre aspecto; el dia estaba hermosísimo; la paz reinaba en el cielo; un fresco vientecillo primaveral oreaba y calmaba las sienes más ardorosas; la familia de Solis iba al incruento sacrificio de la misa; Clara marchaba delante tan linda y tan serena; ¿cómo turbar todo aquello con una disputa horrible? Don Valentin apretó los puños y se limitó á exclamar con acento un si es no es colérico:

—¡Señora!.....

Luégo añadió para sí, cuidando mucho de que no lo oyese doña Blanca:

—¡Maldita sea mi suerte!

Y no bien lanzada la exclamacion, se asustó don Valentin de la blasfema rebeldía contra la Providencia que su exclamacion implicaba, y se tuvo un instante por primo hermano del propio Luzbel.

Como se ve, el éxito del Comendador en este primer intento de reanudar relaciones amistosas con la familia de Solis no pudo ser más desgraciado.

XII.

No se arredró por eso nuestro héroe.

Aguardó un rato en medio de la calle á fin de que no pudiese decir ni pensar doña Blanca que él la seguia, y al cabo se fué á la iglesia Mayor, á donde sabía que la familia de Solis se habia encaminado.

Don Fadrique no iba allí, sin embargo, con el intento de acercarse á doña Blanca otra vez y de sufrir nueva repulsa, sino á fin de hallar á don Cárlos, quien, á su parecer, no podia ménos de

estar en la iglesia, ya que no habia otro medio de ver á Clara.

En efecto, D. Fadrique entró en la iglesia y se puso á buscar al poeta, á la sombra de los pilares y en los sitios donde ménos se nota la presencia de álguien. Pronto le halló, detras de un pilar y no léjos del altar mayor. Parecia D. Cárlos tan embebido en sus oraciones ó en sus pensamientos, que nada del mundo exterior, salvo Clara, podia distraerle ni llamarle la atencion.

Llegó, pues, D. Fadrique hasta ponerse á su lado. Entónces advirtió que Clara estaba no muy léjos, de rodillas, al lado de su madre; que don Cárlos la miraba, y que ella, si bien fijos casi siempre los ojos en su libro de rezos, los alzaba de vez en cuando rápidamente, y miraba con sobresalto y ternura hácia donde estaba el galan, declarando así que le veia, que se alegraba de verle, y que tenía miedo y cierto terror de profanar el templo y de pecar gravemente engañando á su madre y alentando á aquel hombre, de quien decia que no podia ser esposa.

No ha de extrañarse que todo esto se viera en las miradas de Clarita. Eran miradas trasparentes, en cuyo fondo fulguraba el alma como diamante purísimo que por maravilla ardiese con luz propia en el seno de un mar tranquilo.

El Comendador estuvo un rato observando aque-

lla escena muda, y se convenció de que ni doña Blanca ni D. Valentin recelaban nada de los amores de la niña. Calculó, no obstante, que su presencia allí podria atraer hácia él la mirada de doña Blanca, excitar de nuevo su ira, hacerle reparar en el gentil mancebo que estaba á su lado, y darle á sospechar lo que no habia sospechado todavía.

Entónces, si bien con pena de interrumpir aquellos arrobos y éxtasis contemplativos, tocó en el hombro á D. Cárlos y le dijo casi á la oreja :

—Perdóneme V. que le distraiga de sus devociones y que turbe la vision beatífica de que sin duda goza; pero me urge hablar con V. Hágame el favor de venir conmigo, que tengo que hablarle de cosas que le importan muchísimo.

Sin aguardar respuesta echó á andar D. Fadrique, y D. Cárlos, si bien con disgusto, no pudo ménos de seguir sus pasos.

Ya fuera de la iglesia, salió D. Fadrique al campo; D. Cárlos fué en pos de él; y cuando se hallaron en sitio solitario, donde nadie podia oirlos ni interrumpir la conversacion, D. Fadrique se explicó en estos términos :

—Vuelvo á pedir á V. perdon de mi atrevimiento en obligarle á abandonar la iglesia, y más aún en mezclarme en asuntos de V. sin título bastante para ello. Apénas conozco á V. Esta es la sétima ó la octava vez que le hablo. A Clarita la

he visto hoy por segunda vez en mi vida. Sin embargo, el bien de Clarita y el de V. me interesan mucho. Atribúyalo V. á un absurdo sentimentalismo; al afecto que profeso á mi sobrina Lucía, que llega á VV. de rechazo: á lo que V. quiera. Lo que le ruego es que me crea un hombre leal y franco, y no dude de mi buena voluntad y mejores propósitos. Quiero y puedo hacer mucho en favor de V. En cambio aspiro á que oiga V. mis consejos y á que los siga.

Don Cárlos oyó al Comendador atentamente y con muestras de respeto y deferencia. Luégo le contestó:

—Señor don Fadrique, por V. y por ser V. el tio de la señorita doña Lucía, tan bondadosa y excelente, estoy dispuesto á oir á V. y hasta á obedecerle en cuanto esté de mi parte, sin considerar el provecho que por mi obediencia V. me promete.

—No me he explicado bien, replicó D. Fadrique. Yo no prometo premios en pago de obediencia: lo que quiero significar es que de seguir usted ciertos consejos mios se ha de alcanzar naturalmente lo que de otra suerte se malogrará acaso, con gran pesar de todos.

—Aclare V. su pensamiento, dijo D. Cárlos.

—Quiero decir, prosiguió D. Fadrique, que este modo que tiene V. de enamorar á Clarita no va,

dias hace, por buen camino. Hasta ahora nadie sospecha en esta pequeña ciudad sus amores de usted, gracias á mi sobrina. Como ella estuvo, dos meses há, en Sevilla, donde V. la conoció, y usted ha venido luégo aquí, y V. va á su casa de tertulia todas las noches, y habla V. mucho con ella, y no pocas veces en secreto; y como mi sobrina es jóven y graciosa y linda, si el amor de tio no me engaña, todos creen que ha venido V. por ella, que V. la enamora, que V. es su novio. ¿Quién habia de imaginar que chica tan mona y en tan verdes años se limitaria á hacer el triste y poco airoso papel de confidenta? Por esto, pues, se desorientan los curiosos, y sus amores de V. siguen secretos; pero Lucía lo paga. Confiese V. que es mucha generosidad.

—Yo..... Señor don Fadrique. ...

—No se disculpe usted. No hablo de ello para que usted se disculpe, sino para narrar los sucesos como son en sí. En este lugar creen todos que V. ha venido, abandonando á sus padres, su casa y sus estudios, para pretender á Lucía; pero este engaño no puede durar. Imagine V. el alboroto, los chismes, las hablillas á que dará V. ocasion y motivo el dia en que se sepa, como no podrá ménos de saberse, que V. pretende á Clarita, á quien todos creen ya prometida esposa de D. Casimiro Solis.

—Eso no será nunca miéntras yo viva, exclamó D. Cárlos con grandes bríos.

—Tratemos de impedirlo, continuó con calma D. Fadrique. Yo le ayudaré á V. cuanto pueda, y repito que algo puedo; pero toda la energía de usted y toda la prudencia que yo emplee serán inútiles si desoye V. mis advertencias y consejos.

—Ya he dicho á V. que deseo seguirlos.

—Pues bien, amigo D. Cárlos, es menester que V. se persuada de que Clarita, de cuyo amor hácia V. estoy convencido, está criada con tan santo temor de Dios y con tan grande, y hasta si usted quiere exagerado é irracional, respeto á su madre, que por obedecerla, por no darle un disgusto, por no rebelarse, será capaz de casarse con D. Casimiro, aunque se muera de amor por usted al dia siguiente de casada, aunque su vestido de boda sea la mortaja con que la entierren.

—Pero si Clara dice á su madre que no ama á D. Casimiro.....

—Clara no se atreverá á decirlo.

—Si declara á su madre que me ama.....

—Antes morirá que confesar á su madre ese amor.

—Y si tanto miedo tiene á su madre, ¿no podrá huir conmigo?

—No creo que dé jamas tan mal paso. De todos modos, aunque tan mal paso fuese posible, no se

debia apelar á él sino apurados ántes otros medios más prudentes y juiciosos. Reitero, con todo, mi afirmacion. Creo capaz á Clarita de morir de dolor; pero no la creo capaz de prestarse al escándalo de un rapto.

—Entónces, ¿qué quiere V. que yo haga?

—Lo primero, volver á Sevilla con sus señores padres, y dejar á doña Clara tranquila con los suyos.

—Bien se conoce que V. no ama. A su edad de usted.....

—Dale..... con la tontería..... Caballerito poeta..... yo no soy ni viejo ni rabadan..... ni me parezco en nada al del idilio. Váyase V. á Sevilla hoy mismo. Salga V. de esta ciudad ántes de que doña Blanca se percate de que hay moros en la costa. Yo velaré aquí por los intereses de usted. Y si peligran, si es menester apelar á medios violentos, cuente V. tambien conmigo..... hasta para el rapto. A poco me aventuro prometiéndoselo á usted, porque doy por firme que no se dejará robar Clarita.

—¿Y por qué, para qué he de irme á Sevilla?

—¿Pues no se lo he dicho á V. ya? Porque aquí no hace V. sino perjudicarse, sin gusto y sin ventaja. Estoy seguro de que no logrará V. más que ver á Clara en la iglesia, con más angustia que deleite por parte de la pobre muchacha. Y

esto miéntras doña Blanca no descubra nada. El dia en que descubra doña Blanca su juego de V., será para Clarita un dia tremendo y V. no volverá á verla. Váyase V., pues, á Sevilla.

—¿Y qué ganaré con irme?

—Que yo trabaje con tranquilidad en favor de usted. Usted me estorba para mis planes. Si V. se queda, precipitará la boda de D. Casimiro y hará que se envie á escape por la licencia á Roma. Si usted se va, no afirmo yo que evitaré la boda de Clara con el viejo rabadan y conseguiré que sea para Mirtilo; pero, ó yo he de valer poco, ó he de lograr que se nos dé tiempo y..... quién sabe..... Nada prometo. Sólo ruego á V. que se vaya. Váyase V. hoy mismo.

El interes que el Comendador le mostraba, su empeño de que se fuese, la decision con que se entrometia en sus asuntos, todo chocaba á D. Cárlos y le tenía desconfiado y descontento.

El Comendador apuró todas las razones, empleó todos los tonos, pero singularmente el de la súplica; D. Cárlos le contestó várias veces de mal humor, y fué menester la prudente superioridad del Comendador para calmar y contener á D. Cárlos y evitar que llegase á ofender á quien le aconsejaba y casi le mandaba.

Por último, tanto rogó, prometió y dijo D. Fadrique, que D. Cárlos hubo de someterse y salir

aquel mismo dia para Sevilla, si bien ofreciendo sólo ausencia de poco más de un mes : hasta que llegasen las vacaciones de verano. En cambio exigió y obtuvo de D. Fadrique que le habia de escribir dándole noticias de Clara, y avisándole del menor peligro que hubiese, para volar en seguida donde estaba ella.

Don Cárlos, aunque no era tímido ni torpe, no habia obtenido jamas que Clara recibiese carta suya, y ménos aún que le escribiese. Pero ¿qué mucho, si ni siquiera de palabra Clara le habia dado á entender que le amaba? Clara le amaba, sin embargo. Bien sabía el galan que era falso, de puro modesto, aquello de que

> ..... Amistosa y compasiva,
> Quiere que el zagal viva,
> Mas amarle no quiere.

Clara le amaba, y á su despecho, contra su voluntad, habia declarado su amor; pero sólo con los ojos, por donde se le iba el alma en busca del bizarro y gracioso estudiante, sin que todos sus escrúpulos religiosos y filiales fuesen bastante poderosos para detenerla.

Don Fadrique pudo convencerse, en el largo coloquio que tuvo con D. Cárlos, de que su pasion por Clara era verdadera y profunda. Del amor de Clara por el poeta rondeño estaba más

convencido aún. Con este doble convencimiento, de que se alegraba, precipitó más la partida de D. Cárlos, y ántes de mediodia consiguió que saliese del pueblo con direccion á Sevilla.

Don Cárlos salió á caballo con un su criado; y D. Fadrique, á caballo tambien, se unió con él en el ejido, y le acompañó más de una legua, dándole esperanzas y hablándole de sus amores. Al llegar á una encrucijada, D. Fadrique se despidió cariñosamente del jóven, y tomó el camino de Villabermeja con el intento de conferenciar con el padre Jacinto.

La sencillez y la modestia de este santo varon no habian dejado ver á D. Fadrique la inmensa importancia que durante su larga ausencia habia adquirido.

Como predicador, gozaba el Padre de extraordinaria nombradía por toda aquella comarca. Era igualmente celebrado por los tres estilos que tenía de predicar. En el estilo llano ó de homilía encantaba á la gente rústica y ponia la religion y la moral á su alcance, amenizando tan graves lecciones con chistes y jocosidades, que un severo crítico condenaria, pero que eran muy del caso para que los zafios campesinos se aficionasen á oirle y se deleitasen oyéndole. En sermones de empeño, en dias de gran funcion, el padre Jacinto era otro hombre; echaba muchos latines,

ahuecaba la voz y esmaltaba su discurso de un jardin de flores, de un verdadero matorral de adornos exuberantes, que tambien gustaban á los discretos y finos de aquellos lugares. Y tenía, por último, el estilo patético de la Semana de Pasion y de la Semana Santa, durante las cuales los sermones, más que hablados, eran en Villabermeja, y siguen siendo aún, cantados, sin que gusten de otra manera. Sermon de Semana Santa, sin lo que llaman allí el *tonillo*, no gusta á nadie ni se tiene por sermon. Cuando en el dia va á Villabermeja un cura forastero, tiene que aprender el *tonillo*. En este *tonillo* fué el padre Jacinto un dechado de perfeccion, que nadie ha superado hasta ahora. Al oirle, aunque sea reminiscencia gentílica, dicen que se comprendia cómo Cayo Graco se hacía acompañar por un flautista cuando pronunciaba en el Foro sus más apasionadas arengas. El padre Jacinto predicaba tambien en el Foro, ó dígase en medio de la plaza pública, durante la Semana Santa. Allí se hacian todos los pasos á lo vivo, y el Padre los explicaba en el sermon conforme iban ocurriendo. Así, habia sermon que duraba tres horas, y siempre sin dejar el tonillo, lo cual no obstaba para que el Padre expresase los más varios afectos, como piedad, dolor y cólera. Cuando aparecia el pregonero en el balcon de las Casas Consistoriales y leia la

sentencia de muerte contra Jesucristo, ha quedado en la memoria de los bermejinos el furor con que el Padre se volvia contra él, gritando:

«Calla, falso, ruin, necio y miserable pregonero, y oirás la voz del ángel que dice:»

Y entónces salia un ángel muy vistoso por otro balcon de la plaza, y cantaba el inefable misterio de la Redencion, empezando:

«Esta es la sentencia que manda cumplir el Eterno Padre.....», y lo demas que tantas veces hemos oido los que somos de por allí.

Pero, volviendo al padre Jacinto, diré que su mérito como predicador era quizás lo de ménos. Su gran valer fué como director espiritual. Se pasaba horas y horas en el confesonario. Desde el convento bermejino tenía con frecuencia que ir al convento de la ciudad cercana, donde tenía no pocas hijas de confesion entre el señorío. Era ademas hombre de consejo y tino en los negocios mundanos, y acudian todos á consultarle cuando se hallaban en tribulacion, apuro ó dificultad. En suma, el padre Jacinto era un gran médico de almas, aunque duro y feroz á veces en los remedios. Gustaba de aplicarlos heroicos, como suelen hacer los demas médicos de los lugares, que tal vez recetan á un hombre el medicamento que convendria recetar á un caballo. A pesar de esto, tenía el Padre tal autoridad y discre-

cion; era tan ameno en su trato y tan resuelto valedor y defensor de las mujeres, que gozaba de inmensa popularidad entre ellas, y era fervorosamente reverenciado, así de las jornaleras humildes como de las encopetadas hidalgas.

Aunque tocaba en los setenta años, estaba firme y robusto aún, si bien habia perdido ciertos ímpetus juveniles, que le habian hecho famoso, llevándole en ocasiones á imitar al Divino Redentor, más que en la mansedumbre, en aquel arranque que tuvo cuando hizo azote de unos cordeles y echó á latigazos á los mercaderes del templo. El padre Jacinto habia sido un jayan y habia sacudido el polvo á algunos desalmados y pecadores contumaces, sobre todo cuando eran maridos que se emborrachaban, gastaban el dinero en vino y juego, y daban palizas á sus mujeres.

Contra esta clase de hombres habia sido duro de véras el padre Jacinto. Ya no tenía aquellos arrestos de la mocedad; pero su virtud y su fuerza moral, unida al recuerdo de la física, infundian gran respeto entre los rústicos.

Tales eran las cualidades principales y la brillante posicion del antiguo maestro del Comendador, con quien éste iba ahora á consultar y tratar negocios arduos, y de quien esperaba obtener poderoso auxilio.

XIII.

No bien llegó el Comendador á Villabermeja y dejó el caballo en su casa, se dirigió al convento, que distaba pocos pasos, y como era la hora de la siesta, halló en su celda al padre Jacinto, el cual no dormia, sino estaba leyendo, sentado á la mesa.

Mis lectores deben de formarse ya, por lo expuesto hasta aquí, cierta idea bastante aproximada de la condicion del mencionado fraile. Fáltame añadir, para que sea completo el retrato, que era alto y seco; que veia y oia bien; que tuteaba á todo el género humano, y que se preciaba de no tener pelillos en la lengua, esto es, de decir cuanto se le ocurria, con una franqueza que tocaba y hasta pasaba á menudo sus límites, entrando con banderas desplegadas por la jurisdiccion y término de la desvergüenza. Sólo con D. Fadrique se mostraba el Padre respetuoso y deferente, suponiendo que él tenía, sin poderlo remediar, un afecto por su antiguo discípulo, que le hacía sobrado débil.

—Muchacho, dijo á D. Fadrique, apénas le

vió entrar, ¿qué buen viento te trae por aquí de improviso?

—Maestro, contestó el Comendador, he venido expresamente para consultar á usted.

—¿Para consultarme á mí? ¿Y sobre qué? ¿Qué hay, que tú no sepas mejor que yo y mejor que nadie?

—Mi consulta es de suma importancia.

—Vamos..... ¿de qué se trata?

– Se trata..... se trata..... nada ménos que de un caso de conciencia.

Al oir *caso de conciencia*, el padre miró fijamente al Comendador con aire de incredulidad y de recelo, y exclamó al cabo:

—Mira, hijo mio, si es que te aburres en estos lugares y quieres chancearte y divertirte, toma una tabla y dos cuernos, y no te diviertas ni te chancees conmigo. Ya está duro el alcacer para zampoñas.

—¿Y de dónde infiere V. que me chanceo ó que me burlo? Hablo con formalidad. ¿Por qué no he de exponer yo á V. formalmente un caso de conciencia?

—Porque todo hombre de cierta educacion, criado en el seno de la sociedad cristiana, aunque haya perdido la fe en Nuestro Señor Jesucristo, tiene la conciencia tan clara como yo, y no hay caso que no resuelva por sí, sin necesidad de

consultarme. Si tuvieses fe, podrias acudir á mí en busca de los consuelos que da la religion. No acudiendo para esto, ¿qué podré yo decirte, que ignores? La moral tuya es idéntica á la mia, aunque en sus fundamentos discrepe. Y al fin, harto lo conoces tú, no hay caso de conciencia, meramente moral, cuya solucion no sea llana para todo entendimiento un poco cultivado. Sin duda que Dios, para ejercitar nuestra actividad mental y aguzar nuestro ingenio, ó para dar precio á nuestra fe, ha circundado de tinieblas los grandes problemas metafísicos; los ha envuelto en misterios, impenetrables á veces; pero en lo tocante á la moral, en lo que atañe al cumplimiento de nuestros deberes, no hay misterio alguno: todo está claro como el agua. El soberano Señor, en su infinita bondad y misericordia, no ha querido, á pesar de nuestras maldades, que nadie tenga que ser un Séneca para saber perfectamente cuál es su obligacion, ni mucho ménos que nadie tenga que ser un héroe estupendo para cumplirla. Ni para conocerla te falta entendimiento, ni para cumplir con ella debe faltarte voluntad. ¿Qué es lo que buscas, pues, en mí?

—Mucho pudiera argumentarse contra lo que usted dice; pero no quiero disputar, sino consultar. Quiero convenir en que la moral no es nin-

guna reconditez, y en que no es tan arduo cumplir con ella.

—Se entiende, interrumpió el Padre, para todos aquellos pueblos donde la luz del Evangelio ha penetrado. Tú imaginas que el natural discurso ha bastado á los hombres para formar la ley moral: yo creo que han necesitado de la revelacion; pero tú y yo convenimos en que, una vez presentada esa ley, la razon humana la acepta como evidente. Es gran bellaquería suponer esa ley oscura y vaga, y forjarse casos terribles, conflictos espantosos entre los sentimientos naturales y el sencillo cumplimiento de un deber. Esto equivaldria á suponer la necesidad de ser un pozo de ciencia y de sentirse capaz de sobrehumanos esfuerzos para ser persona decente. Ya tú comprendes que esto sería disculpar y dar casi la razon á los tunos. Al fin y al cabo, no todos los hombres son sabios ni tienen las fibras de hierro ni el corazon de diamante. Realzar así la moral es hacerla poco ménos que imposible, salvo para algunos seres privilegiados y de primera magnitud, más profundos que Crisipo y más constantes que Régulo.

—Mucho tiene que ver el caso que quiero presentar con todo lo que está V. diciendo. No es curiosidad ociosa, sino interes muy respetable, el que me induce á resolver una duda.

—Imposible..... tú no puedes dudar.

—Déjeme V. que acabe. Yo no dudo sobre el caso..... Tengo formado mi juicio..... que me parece de no menor certidumbre que este otro: dos y tres son cinco. Mi duda está en si V., por razones que se fundan en la inexhausta bondad divina, tiene la manga más ancha que yo, ó si por razones de la ley positiva, en que cree, la tiene más estrecha. ¿Me entiende V. ahora?

—Te entiendo muy bien; y desde luégo te declaro que no he de tener la manga ni más ancha ni más estrecha que tú. Lo mismo calificarémos ambos un pecado, una falta, un delito, y lo mismo marcarémos y determinarémos la obligacion que de él nazca. Las razones teológicas tienen que ver con la penitencia, con la expiacion, con el perdon, con la gloria ó el infierno, allá en el otro mundo, y en esto para nada tienes tú que meterte ahora. Veamos, pues, ese caso, ya que quieres consultarme.

—Desde luégo V. convendrá en que lo robado debe devolverse á su dueño.

—Indudable.

—Y cuando, por efecto de un engaño, algo que pertenece á uno viene á pertenecer á otro, ¿qué debemos hacer?

—Debemos poner fin al engaño para que lo que

posee álguien sin derecho pase á manos de su señor legítimo.

—¿Y si al poner fin al engaño resultan males evidentemente mayores?

—Aquí importa distinguir. Si tú tienes que hablar, no debes decir jamas mentira por inmensos que sean los males que de decir la verdad resulten. Condenada está la mentira oficiosa, como la perniciosa. No debes mentir ni por salvar la vida del prójimo, ni por salvar la honra de nadie, ni por el bien de la religion; pero yo me atrevo á sostener que debes callar la verdad cuando nadie la inquiere de tí y cuando de decirla resultan más males que bienes. Pensar algo en contra es delirio. Lo sostengo sin vacilacion. Voy á explanar mi doctrina en breves palabras. Tú cometes un pecado. Eres, por ejemplo, mentiroso. Los males que nazcan de tu pecado debes remediarlos hasta donde te sea posible y lícito, esto es, sin cometer pecado nuevo para remediar el antiguo. Dios, para hacernos patente la enormidad de nuestras culpas, consiente á veces en que nazcan de ellas males cuyos humanos remedios son peores. Tratar tú de evitarlos ó de remediarlos entónces, no es humildad, sino soberbia, orgullo satánico; es luchar contra Dios; es tomar el papel de la Providencia; es dar palo de ciego; es querer enderezar el tuerto que tú mis-

mo hiciste, torciendo y ladeando lo que está recto, y tirando á trastornar el órden natural de las cosas.

—Hablando con franqueza, dijo el Comendador, la doctrina de V. me parece muy cómoda. Veo que tiene V. la manga más ancha de lo que yo pensaba.

—Véte á paseo, Comendador, repuso el Padre, bastante enojado. En ninguna ocasion pasé yo por complaciente. Me diriges la acusacion más dura que á un confesor puede dirigirse. Un santo ha dicho: *Non est pietas, sed impietas, tolerare peccata*, y yo disto mucho de ser impío. Todo proviene, sin duda, de que tú confundes las cosas. Aquí no hablamos de penitencia, de expiacion, de castigo de la culpa. Sobre este punto no tengo que decirte yo lo que exigiria de un penitente para absolverle. Aquí hablamos sólo de la obligacion de satisfacer el agravio que nace del pecado ó del delito. Y á esto he respondido con sencillez. El pecador ó delincuente debe ir hasta donde le sea posible y lícito. Si ha de cometer nuevos pecados, si ha de hacer nuevas maldades y desatinos, mejor es que lo deje y no se meta á remediar el mal que ha hecho. Pues ¡qué! ¿estaria bien, por ejemplo, que tú hirieses á uno, y luégo, sin saber de cirugía, tratases de curarle y le acabases de matar? Dices tú que la tal doctri-

na es cómoda. ¿Dónde está la comodidad? Aunque yo te excuse de poner el remedio, no te libro de la penitencia, del remordimiento y del castigo. Antes al contrario, lo cómodo es lo otro: remediar el mal de mala manera, y creerse ya horro y darse ya por absuelto. Así un criado torpe te romperá un dia el vaso más precioso de los que has traido de la China, le pegará luégo chapuceramente con cola, y se quedará tan fresco como si no te hubiese causado el menor perjuicio. Lo que debe hacer el criado es andar siempre muy cuidadoso para no romper el vaso, y si le rompe, sentir mucho su falta, y, ya que no puede ni componer bien el vaso, ni comprarte otro nuevo é igual, sufrir con humildad la reprimenda que tú le eches.

—Me complazco en ver que estamos de acuerdo en lo general de la doctrina. En la aplicacion á casos particulares es en lo que veo que cabe mucha sutileza. Contra la opinion de V., el buen camino se presenta muy anublado y confuso. ¿Cómo determinar á veces hasta dónde es posible y lícito lo que quiero hacer para reparar el daño?

—Es muy sencillo. Si para repararle causas otro daño mayor, deja subsistir el primero, que es más pequeño; y esto aunque en el segundo daño que causes no haya pecado de tu parte. Habiendo nuevo pecado, nueva infraccion de la ley

moral en el remedio, aunque este segundo pecado sea menor que el primero que cometiste, no debes cometerle. Dios, si quiere, remediará el mal causado.

—¿De suerte que no hay más que cruzarse de brazos: dejar rodar la bola?

—No hay más que dejarla rodar, ya que deteniéndola puedes hacer que todo ruede. Las Sagradas Letras vienen en mi apoyo con no pocos textos. David dijo: *Abyssus abyssum invocat;* Salomon, *Est processio in malis;* el profeta Amós, *Si erit malum quod Dominus non fecerit?* con lo cual da á entender que Dios permite ú ordena el mal como pena del pecado y escarmiento de las criaturas; y el mismo Salomon, ántes citado, dice de modo más explícito que no podemos añadir ni quitar de lo que Dios hizo para ser temido: *Non possumus quidquam addere nec auferre quæ fecit Deus ut timeatur.*

—A pesar de los textos, á pesar de los latines, me repugna esa cobarde resignacion.

—¿Cómo cobarde? ¿Dónde viste tú que para con Dios haya cobardía? La resignacion á su voluntad no implica, por otra parte, el que te aquietes y te llenes de contentamiento de tí propio. Sigue llorando tu culpa; desuéllate el alma con el azote de la conciencia y el cuerpo con unas disciplinas crueles; haz de tu vida en el mundo

un durísimo purgatorio ; pero resígnate y no trates de remediar lo que sólo de Dios debe esperar remedio. Hasta el sentido comun está de acuerdo en esto, miradas las acciones humanas por el lado de la utilidad y conveniencia, las cuales, bien entendidas, concuerdan con la moralidad y con la justicia. ¡Qué atinado es el refran que reza : *No siento que mi hijo pierda, sino que quiera desquitarse!* Si malo es jugar, peor es aún volver á jugar; reincidir en el pecado para remediar el mal del pecado. Pero á todo esto, tú no hablas sino de generalidades, y el caso de conciencia no parece.

—Voy al caso, dijo el Comendador.

—Soy todo oidos, repuso el fraile.

—¿Qué debe hacer el que no es hijo de quien pasa por su padre segun la ley, y usurpa nombre, posicion y bienes que no son suyos? (1).

---

(1) Esta novela, que se ha publicado á pedacitos en el periódico *El Campo*, tiene plan trazado en Noviembre de 1876. El drama del Sr. Echegaray *O locura ó santidad* no habia sido representado aún. Yo no tenía de él la menor noticia, dado que ya estuviese escrito. Ha sido, pues, una coincidencia, para mí harto desagradable, la semejanza ó analogía del asunto de tan aplaudido drama con el asunto de mi pobre novela. Entiéndase que al hacer esta observacion no quiero defenderme de los que pudieran acusarme de imitar ó remedar, sino de aquellos que se inclinen á creer que yo, bajo la forma de un cuento, me entrometo en censurar, impugnar ó controvertir las ideas ó doctrinas que en el citado drama resplandecen.

—¡Hombre..... tú eres famoso! ¿Despues de tanto preámbulo te vienes con una preguntilla tan baladí? Prescindo ahora de la dificultad ó imposibilidad en que ese hijo postizo estaria de probar el delito de su madre. Yo no sé de leyes; pero la razon natural me dicta que contra la fe de bautismo, contra la serie de actos y documentos oficiales que te han hecho pasar hasta hoy por un hijo de un determinado y conocido Lopez de Mendoza, no pueden valer testimonios sino de un órden excepcional y casi imposible. Doy, con todo, de barato que posees tales testimonios. Creo, decido que no debes valerte de ellos. ¿Sabes los Mandamientos de la Ley de Dios? ¿Sabes que el órden en que están no es arbitrario? Pues bien: ¿qué dice el sétimo?

—No hurtar.

—¿Y el cuarto?

—Honrar padre y madre.

—Es, pues, evidente que para quitarte de encima el pecado contra el sétimo ibas á pecar contra el cuarto, deshonrando á tu madre y á tu padre, que padre sería siempre el que te tuvo por hijo, te crió, te alimentó y te educó, aunque no te engendrára.

—Tiene V. razon, padre Jacinto. Y, sin embargo, los bienes que no son mios ¿cómo sigo gozando de ellos?

—¿Y quién te dice que goces de ellos? Pues ¡qué! ¿es tan difícil dar sin expresar la causa por qué se da? Dalos, pues, á quien debes. Ya los tomarán..... En el tomar no hay engaño. Y si, por extraño caso, hallares á álguien en el tomar inverosímilmente escrupuloso, ingéniate para que tome. Léjos de oponerme, pido, aplaudo la reparacion, siempre que para llevarla á cabo no sea menester hacer mayor barbaridad que la que remedie.

—Está bien..... pero si no es el hijo, sino la madre culpada..... ¿qué debe hacer la madre culpada?

—Lo mismo que el hijo..... no deshonrar públicamente á su marido..... no amargarle la vida .... no desengañarle con desengaño espantoso..... no añadir á su pecado de fragilidad el de una desvergüenza cruel y sin entrañas.

—La madre, no obstante, no tiene medios de devolver bienes que por su culpa van á pasar ó han pasado á quien no corresponden.

—Y si no los tiene, ¿qué se le ha de hacer? Ya lo he dicho. Que se resigne. Que se someta á la voluntad de Dios. Todo eso lo debió prever ántes de pecar, y no pecar. Despues del pecado no le incumbe el remedio si implica pecado nuevo, sino la penitencia. ¿Has expuesto ya todo el caso?

—No, Padre: tiene otras complicaciones y puntos de vista.

—Dilos.

—¿Qué piensa V. que debe hacer el hombre pecador, cómplice de la mujer, en aquel delito cuya consecuencia es el hurto, la usurpacion de que hemos hablado?

—Lo mismo que he dicho del hijo y de la madre.

—¿Y si posee bienes para subsanar el daño causado á los herederos?

—Subsanar ese daño, pero con tal recato, discrecion y sigilo, que no se sepa nada. En el libro de los Proverbios está escrito: *Melius est nomen bonum quam divitiæ multæ.* Así es que por cuestion de intereses no se debe perjudicar á nadie en su buen nombre.

El historiador de estos sucesos escribe para narrar, y no para probar. No decide, por lo tanto, si el padre Jacinto estaba atinado ó no en lo que decia; si hablaba guiado por el sentido comun ó por la doctrina moral cristiana, ó por ambos criterios en consonancia completa; y no se inclina tampoco á creer que dicho padre tenía una moral burda y grosera, y el atrevimiento y la confianza de un rústico ignorante. Quédese esto para que lo resuelva el discreto lector. Baste apuntar aquí que el Comendador mostraba una satisfaccion grandísima de ver que su maestro, como él le llamaba, pensaba exactamente lo que él queria que pensase.

El padre Jacinto, desconfiado como buen lugareño, no advertia el interes vivísimo con que su antiguo discípulo le interrogaba, y temiendo siempre una burla, una especie de exámen hecho por el Comendador para pasar el rato, volvió á hablar un tanto picado, diciendo:

—Me parece que estoy archi-cándido. ¿Adónde vas á parar con tanta preguntilla? ¿Quieres examinarme? ¿Piensas retirarme la licencia de confesar si no me crees bien instruido?

—Nada de eso, maestro. Yo ignoro si está V. ó no de acuerdo con sus librotes de teología moral; pero está V. de acuerdo conmigo, lo cual me lisonjea, y lo está tambien con mis propósitos, lo cual me llena de esperanza. Yo buscaba en V. un aliado. Contaba siempre con su amistad, pero no sabía si podia contar tambien con su conciencia. Ahora comprendo que su conciencia no se me opone. Su amistad, por consiguiente, libre de todo obstáculo, vendrá en auxilio mio.

El padre Jacinto conoció al fin que se trataba de un caso práctico, real, y no imaginado, y se ofreció á auxiliar al Comendador en todo lo que fuese justo.

Aguardando, pues, una revelacion importante, quiso tomar aliento haciendo una pausa, y trató de solemnizar la revelacion yendo á una alhacena, que no estaba léjos, y sacando de ella una

limeta de vino y dos cañas, que puso sobre la mesa, llenándolas hasta el borde.

—Este vino no tiene aguardiente, ni botica, ni composicion de ninguna clase, dijo el Padre al Comendador. Es puro, limpio y sin mácula. Está como Dios le ha hecho. Bebe y confórtate con él, y cuéntame luégo lo que tengas que contar.

—Bebo al buen éxito de mis planes, contestó el Comendador, apurando el vino de su caña.

—Así sea, si Dios lo quiere, replicó el fraile, bebiendo tambien, y se dispuso á atender á don Fadrique con sus cinco sentidos.

XIV.

La celda no tenía mucho que llamase la atencion. Sobre la mesa ó bufete, que era de nogal, habia recado de escribir, el Breviario y otros libros. Dos sillones de brazos, frente el uno del otro, con la mesa de por medio, y donde se sentaban nuestros interlocutores, eran de nogal igualmente. A más de los dos sillones, habia cuatro sillas arrimadas á la pared. Los asientos todos eran de enea. Un *Ecce-Homo*, al óleo, á quien cuadra-

ba el refran de *á mal Cristo mucha sangre*, era la única pintura que adornaba los muros de la celda. No faltaban, en cambio, otros más naturales adornos. En la ventana, tomando el sol, se veian dos floridos rosales; dentro del cuarto, cuatro macetas de brusco; y colgadas en la pared cinco jaulas, dos con perdices cantoras, y tres con colorines, excelentes reclamos. Otro bonito colorin, diestro cimbel, asido á la varilla saliente que estaba fija á una tabla de pino, volaba á cada momento hasta donde lo consentia el hilo largo que le aprisionaba, y volvia con mucho donaire á posarse en la varilla.

Los jilgueros cantaban de vez en cuando y animaban la habitacion.

Arrimadas á un ángulo habia dos escopetas de caza.

Y, por último, en una alcobita que apénas se descubria, por hallarse la pequeña puerta casi tapada del todo por una cortina de bayeta verde, estaba la cama del buen religioso. La alhacena de donde éste sacó el vino, y que era bastante capaz, servia de bodega, ropero, despensa, caja ó tesoro y biblioteca á la vez.

Todo, aunque pobre, parecia muy aseado.

El padre Jacinto, con el codo sobre la mesa, la mano en la mejilla y los ojos clavados en D. Fadrique, aguardaba que hablase.

Don Fadrique, en voz baja, habló de este modo:

—Aunque yo no soy un penitente que vengo á confesarme, exijo el mismo sigilo que si estuviese en el confesonario.

El Padre, sin responder de palabra, hizo con la cabeza un signo de afirmacion.

Entónces prosiguió D. Fadrique:

—El hombre de que he hablado á V., el pecador causa del engaño y del hurto, soy yo mismo. La ligereza de mi carácter me habia hecho olvidar mi delito y no pensar en las fatales consecuencias que de él habian de dimanar. El acaso..... ¿qué digo el acaso?..... Dios providente, en quien creo, me ha vuelto á poner en presencia de mi cómplice y me ha hecho ver todos los males que por mi culpa se originaron y amenazan originarse aún. Dispuesto estoy á remediarlos y á evitarlos, de acuerdo con la doctrina de V., hasta donde me sea posible y lícito. Es un consuelo para mí el ver que está V. en concordancia conmigo. Yo no he de buscar remedio peor que la enfermedad; pero hay una persona que le busca, y es menester oponerse á toda costa á que le halle. Sería una abominacion sobre otra abominacion.

—¿Y quién es esa persona? dijo el Padre.

—Mi cómplice, contestó el Comendador.

—¿Y quién es tu cómplice?

—Usted la conoce. V. es su director espiritual.

Usted debe tener grande influjo sobre ella. Mi cómplice es..... Cuenta, maestro, que jamas he hecho á nadie esta revelacion. Al ménos nadie pudo jamas tildarme de escandaloso. Pocas relaciones han sido más ocultas. La buena fama de esta mujer aparece aún, despues de diez y siete años, más resplandeciente que el oro.

—Acaba : ¿quién es tu cómplice? Haz cuenta que echas tu secreto en un pozo. Yo sé callar.

—Mi cómplice es doña Blanca Roldan de Solis.

El padre Jacinto se llenó de asombro, abrió los ojos y la boca, y se santiguó muy de prisa media docena de veces, soltando estas piadosas interjecciones :

—¡Ave María Purísima! ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento! ¡Jesus, María y José!

—¿De qué se admira V. tan desaforadamente? dijo el Comendador, pensando que el Padre extrañaba que tan virtuosa y austera matrona hubiese nunca sucumbido á una mala tentacion.

—¿De qué me admiro?..... Muchacho..... ¿De qué me admiro?..... Pues ¿te parece poco? Bien dicen..... Vivir para ver..... El demonio es el mismo demonio. Miren..... y no lo digo por ofender á nadie..... ¡miren con qué ramillete de claveles te acarició y te sedujo nuestro enemigo comun!... Con un manojo de aulagas. Suave flor trasplantaste al jardin de tus amores..... ¡Un cardo ajon-

jero! Hermosa debe de haber sido doña Blanca..... todavía lo es; pero ¡hombre! ¡si es un erizo! Yo..... perdóneme su ausencia..... no la creia impecable, pero no la creia capaz de pecar por amor.

Don Fadrique respondió sólo con un suspiro, con una exclamacion inarticulada, que el Padre creyó descifrar como si dijese que diez y siete años ántes doña Blanca era muy otra, y que ademas, la misma dureza de su carácter y la briosa inflexibilidad de su genio hacian más vehemente en ella toda pasion, incluso la del amor, una vez que llegaba á sentirla.

Repuesto un poco de su pasmo, dijo el padre Jacinto:

—Y dime, hijo, ¿qué trata de hacer doña Blanca para remediar el mal? ¿Qué proyectos son los suyos, que tanto te asustan?

—¿Quién sería el inmediato heredero de su marido si ella no tuviese una hija? preguntó el Comendador.

—Don Casimiro Solis, fué la respuesta.

—Pues por eso quiere casar á su hija con don Casimiro.

—¡Pecador de mí! ¡Estúpido y necio! exclamó el Padre, todo lleno de violencia y dando en la mesa unos cuantos puñetazos. ¿Quieres creer que soy tan egoista, que el egoismo me habia ce-

gado? Yo no habia visto en el plan de doña Blanca ninguna mala traza. Me parecia natural que casase á Clarita con su tio. Yo no miraba sino á mi pícaro interes; á que nadie se llevase á Clarita léjos de estos lugares. Es menester que lo sepas..... Clarita me tiene embobado. Por ella, no más que por ella, aguanto á su madre. Lo que yo queria, como un bribon de siete suelas, es que se quedase por aquí..... para ir á verla y para que ella me agasajase, como me agasaja ahora, cuando voy á casa de su madre, sirviéndome, con sus blancas y preciosas manos, jícaras de chocolate y tacillas de almíbar. Se me antojó que Clarita era una muñeca para mi diversion. Yo no caí en nada..... no me hice cargo..... pensé sólo en que, ya casada, haria una excelente señora de su casa, y me recibiria al amor de la lumbre, y yo le llevaria flores, frutas y pajaritos de regalo. ¡Si vieses qué corza he hecho venir para ella de Sierra-Morena! Es un primor. La tengo abajo en el corral..... y se la iba á llevar mañana. Nada..... ¿has visto qué bárbaro?..... sin dar la menor importancia á lo del casamiento. Ahora lo comprendo todo..... ¡Qué monstruosidad! ¡Casar aquel dije con semejante estafermo! Ya se ve..... ella no lo repugna..... no lo entiende..... ¿quién diablo sabe?.... pero yo lo entiendo..... y me espeluzno..... me horrorizo.

—Razon tiene V. de horrorizarse..... Ella lo repugna..... lo entiende..... pero cree que no debe resistir á la autoridad materna.

—Eso será lo que tase un sastre. ¡Pues no faltaba más! Obedecerá á su madre; pero ántes obedecerá á Dios. *Diligendus est genitor, sed præponendus est Creator.* Es sentencia de San Agustin.

—Ademas, dijo el Comendador, Clarita ama á otro hombre.

—¿Cómo es eso? ¿Qué me cuentas? ¿Qué mentira, qué enredo te han hecho creer? Si amase á un galan, Clara me lo hubiera confesado.

—Ella misma ignora casi que le ama; pero me consta que le ama.

—Vamos, sí, ya doy en ello; ciertas miradas y sonrisas con un estudiantillo..... Me las ha confesado. Está arrepentida..... ¡Con un estudiantillo!.... ¿Pues se habia de ir Clarita á correr la tuna?

—Padre Jacinto, V. chochea.

—¡Desvergonzado! ¿Cómo te atreves á decir que chocheo?

—El estudiantillo no es de esos que van con el manteo roto y con la cuchara puesta en el sombrero de tres picos, pidiendo limosna, sino que es un caballero principal, un rico mayorazgo.

—¿De véras? Ya eso es harina de otro costal.

De eso no me habia dicho nada aquella cordera inocente. Oye..... ¿y es buen mozo?

—Como un pino de oro.

—¿Buen cristiano?

—Creo que sí.

—¿Honrado?

—A carta cabal.

—¿Y la quiere mucho?

—Con toda su alma.

—¿Y es discreto y valiente?

—Como un Gonzalo de Córdoba. Ademas es poeta elegantísimo, monta bien á caballo, posee otras mil habilidades, es muy leido y sabe de torear.

—Me alegro, me alegro y me realegro. Le casarémos con Clarita, aunque rabie doña Blanca.

—Sí, querido maestro, le casarémos..... pero es menester que seamos muy prudentes.

—*Prudentes sicut serpentes*..... Pierde cuidado. Harto sé yo quién es doña Blanca. Es omnímodo el imperio que ejerce sobre su hija. El respeto y el temor que le infunde exceden á todo encarecimiento. Y luégo, ¡qué brío, qué voluntad la de aquella señora! A terca nadie le gana.

—No soy yo ménos terco..... y no consentiré que Clara sea el precio del rescate de nadie; que sobre ella, que no tiene culpa, pesen nuestras culpas; que doña Blanca la venda para conseguir

su libertad. Sin embargo, importa mucho la cautela. Doña Blanca, llevada el extremo, pudiera hacer alguna locura.

Despues de esta larga conversacion, y perfectamente de acuerdo el Comendador y el padre Jacinto, el primero se volvió á la ciudad en aquel mismo dia para que su ausencia no se extrañase.

El padre Jacinto quedó en ir á la ciudad al dia siguiente de mañana.

Los pormenores y trámites del plan que habian de seguir se dejaron para que sobre el terreno se decidiesen.

Sólo se concertó el mayor sigilo y circunspeccion en todo y disimular en lo posible la íntima amistad que entre el fraile y el Comendador habia, á fin de no hacer sospechoso y aborrecible al fraile á los ojos de doña Blanca.

Se convino, por último, en que, á pesar de la gravedad de la situacion, no era ninguna salida de tono, ni tenía una inoportunidad cómica ó censurable, que el padre Jacinto llevase á Clarita la corza y se la regalára.

XV.

Al volver aquella noche á la ciudad, el Comendador tuvo que sufrir un interrogatorio en regla de su sobrina, que era la muchacha más curiosa y preguntona de toda la comarca. Tenía ademas un estilo de preguntar, afirmando ya lo mismo de que anhelaba cerciorarse, que hacía ineficaz la doctrina del padre Jacinto de callar la verdad sin decir la mentira. O habia que mentir ó habia que declarar : no quedaba término medio.

—Tio, dijo Lucía apénas le vió á solas, V. ha estado en Villabermeja.

—Sí..... he estado.

—¿A qué ha ido V. por allí? ¡Si le traerán á usted entusiasmado los divinos ojos de Nicolasa.

—No conozco á esa Nicolasa.

—¿Que no la conoce V.?.... ¡Bah!.... ¿Quién no conoce á Nicolasa? Es un prodigio de bonita. Muchos hidalgos y ricachos la han pretendido ya.

—Pues yo no me cuento en ese número. Te repito que no la conozco.

—Calle V., tio..... ¿Cómo quiere V. hacerme creer que no conoce á la hija de su amigo el tio Gorico?

—Pues digo por tercera vez que no la conozco.

—Entónces, ¿qué hay que ver en Villabermeja? ¿Ha estado V. para visitar á la chacha Ramoncica?

El Comendador tuvo que responder francamente:

—No la he visitado.

—Vamos, ya caigo. ¡Qué bueno es V.!

—¿Por qué soy bueno?..... ¿Porque no he visitado á la chacha Ramoncica, que me quiere tanto?

—No, tio. Es V. bueno..... En primer lugar porque no es V. malo.

—Lindo y discreto razonamiento.

—Quiero decir que es V. bueno, porque no es como otros caballeros, que por más que estén ya con un pié en el sepulcro, de lo que dista V. mucho, á Dios gracias, andan siempre galanteando y soliviantando á las hijas de los artesanos y jornaleros. Ahora no..... por el noviazgo; pero ántes..... bien visitaba D. Casimiro á Nicolasa.

—Pues yo no la he visitado.

—Pues ésa es la primera razon por la que digo que es V. bueno. Nicolasa es una muchacha honrada..... y no está bien que los caballeros traten de levantarla de cascos.....

—Apruebo tu rigidez. Y la segunda razon por la cual soy bueno, ¿quieres decírmela?

—La segunda razon es que no habiendo ido usted ni á ver á Nicolasa ni á ver la chacha Ramoncica, ¿á qué habia V. de haber ido tan á escape como no fuese á ver al padre Jacinto y á tratar de ganarle en favor de Mirtilo y de Clori? ¿Vaya que ha ido V. á eso?

—No puedo negártelo.

—Gracias, tio. No es V. capaz de encarecer bastante lo orgullosa que estoy.

—¿Y por qué?

—Toma..... porque, por muy afectuoso que sea usted con todos, al fin no se interesaria tanto por dos personas que le son casi extrañas, si no fuese por el cariño que tiene V. á su sobrinita, que desea proteger á esas dos personas.

—Así es la verdad, dijo el Comendador, dejando escapar una mentira oficiosa, á pesar de la teoría del padre Jacinto.

Lucía se puso colorada de orgullo y de satisfaccion, y siguió hablando:

—Apostaré á que ha ganado V. la voluntad del reverendo. ¿Está ya de nuestra parte?

—Sí, sobrina, está de nuestra parte; pero, por amor de Dios, calla, que importa el secreto. Ya que lo adivinas todo, procura ser sigilosa.

—No tendrá V. que censurarme. Seré sigilosa.

Usted, en cambio me tendrá al corriente de todo. ¿Es verdad que me lo dirá V. todo?

—Sí, dijo el Comendador teniendo que mentir por segunda vez. Luégo prosiguió:

—Lucía, tú has dicho una cosa que me interesa. ¿Qué clase de amoríos das á entender que hubo ó hay entre D. Casimiro y esa bella Nicolasa?

—Nada, tio..... ¿No lo he dicho ya? Fueron ántes del noviazgo con Clarita. Don Casimiro no iba con buen fin..... y Nicolasa le desdeñó siempre; pero de esto informará á V. mejor que yo el padre Jacinto. Yo lo único que añadiré es que el tal D. Casimiro me parece un hipocriton y un bribon redomado.

—No es malo saberlo, pensó el Comendador.

—¡Ah! diga V., tio. Ya sé que se fué á Sevilla D. Cárlos. Envió recado despidiéndose y excusándose de no haberlo hecho en persona por la priesa. Es evidente que V. le ha hablado al alma y le ha convencido para que se vaya, asegurándole que esto convenia al logro de nuestro propósito. ¿No es así, tio?

—Así es, sobrina, respondió el Comendador. Veo que nada se te oculta.

XVI.

Cuando ocurrian los sucesos que vamos refiriendo, no habia tantas carreteras como ahora. Desde Villabermeja á la ciudad puede hoy irse en coche. Entónces sólo se iba á pié ó á caballo. El camino no era camino, sino vereda, abierta por las pisadas de los transeuntes racionales é irracionales. Cuando habia grandes lluvias, la vereda se hacía intransitable; era lo que llaman en Andalucía un camino real de perdices.

Poseia el padre Jacinto una borrica modelo por lo grande, mansa y segura. En esta borrica iba y venía siempre, como un patriarca, desde Villabermeja á la ciudad y desde la ciudad á Villabermeja. Un robusto lego le acompañaba á pié. En el viaje que hizo á la ciudad, al dia siguiente de su largo coloquio con el Comendador, le acompañó, á más del lego, un rústico seglar ó profano, para que cuidase de la corza.

Seguido, pues, de su lego, de la corza y del rústico, y caballero en su gigantesca borrica, el padre Jacinto entró sano y salvo en la ciudad á las diez de la mañana. Como el convento de Santo

Domingo está casi á la entrada, no tuvo el padre que atravesar calles con aquel séquito. En el convento se apeó, y apénas se reposó un poco, se dirigió á casa de D. Valentin Solis, ó más bien á casa de doña Blanca. El cuitado de D. Valentin se habia anulado de tal suerte, que nadie en el lugar llamaba á su casa la casa de D. Valentin. Sus viñas, sus olivares, sus huertas y sus cortijos eran conocidos por de doña Blanca, y no por suyos. Aquella anulacion marital no habia llegado, con todo, hasta el extremo de la de algunos maridos de Madrid, á quienes apénas los conoce nadie sino por sus mujeres, cuya notoriedad y cuya gloria se reflejan en ellos y los hacen conspicuos.

Pero dejemos á un lado ejemplos y comparaciones, que pueden tomar ciertos visos y vislumbres de murmuracion, y sigamos al padre Jacinto, y penetremos con él en casa de doña Blanca, donde tan difícil era entrar para el vulgo de los mortales.

Merced á la autoridad del reverendo, y siguiéndole invisibles, todas las puertas se nos franquean.

Ya estamos en el salon de doña Blanca. Clara borda á su lado. Don Valentin, á respetable distancia y sentado junto á una mesa, hace paciencias con una baraja. Don Casimiro habla con la señora de la casa y con su hija.

Los lectores conocen ya á D. Casimiro, como si dijéramos de fama, de nombre y hasta de apodo, pues no ignoran que para D. Cárlos, Lucía, Clara y el Comendador, era *el viejo rabadan.* Veamos ahora si logramos hacer su corporal retrato.

Era alto, flaco de brazos y piernas y muy desarrollado de abdómen; de color trigueño, poca barba, que se afeitaba una vez á la semana, y los ojos verde-claros y un poquito bizcos. Tenía ya bastantes arrugas en la cara, y el vivo carmin de sus narices no armonizaba bien con la palidez de los carrillos. En su propia persona se notaba poco esmero y aseo; pero en el traje sí se descubrian el cuidado y la pulcritud que en la persona faltaban, lo cual denotaba desde luégo que D. Casimiro más se cuidaba la ropa por ser ordenado, económico y aficionado á que las prendas durasen, que por amor á la limpieza. Iba vestido muy de hidalgo principal, si bien á la moda de hacía quince ó veinte años. Su casaca, su chupa, sus calzones y medias de seda no tenían una mancha, y si tenian alguna rotura, ésta se hallaba diestra y primorosamente zurcida. Gastaba peluca con polvos y coleta, y lucia muchos dijes en las cadenas de sendos relojes que llevaba en ambos bolsillos de la chupa. Su caja de tabaco, que él mostraba de contínuo, pues no cesaba de tomar rapé, era un primor artístico, por los esmaltes y las piedras

preciosas que le servian de adorno. Al hablar usaba D. Casimiro de cierta solemnidad y pausa muy entonada; pero su voz era ronca y desapacible, asegurándose provenir esto en parte de que no le desagradaba el aguardiente, y más aún de que, en su casa y despojado de las galas de novio ó de pretendiente amoroso, fumaba mucho tabaco negro.

La expresion de su semblante, sus modales y gestos no eran antipáticos; eran insignificantes; salvo que no podia ménos de reconocerse por ellos en D. Casimiro á una persona de clase, aunque criada en un lugar.

Se advertia, por último, en todo su aspecto, que D. Casimiro debia de padecer no pocos achaques. Su mala salud le hacía parecer más viejo.

Dado á conocer así somera, y no favorablemente, por desgracia, podemos ya lisonjearnos de conocer á cuantas personas ocupaban la sala cuando entró en ella el padre Jacinto.

Doña Blanca, Clarita, D. Valentin y D. Casimiro se levantaron para recibirle, y todos le besaron humildemente la mano. El Padre estuvo sonriente y amabilísimo con ellos, y á Clarita le dió, como si no fuese ya una mujer, como si fuese una niña de ocho años, y con la respetabilidad que setenta bien cumplidos le prestaban, dos palmaditas suaves en la fresca mejilla, diciéndole:

—¡Bendito sea Dios, muchacha, que te ha hecho tan buena y tan hermosa!

—Su merced me favorece y me honra, contestó Clarita.

Doña Blanca se lamentó del mucho tiempo que el Padre habia estado sin venir de Villabermeja, y todos le hicieron coro. Se trató de que el Padre tomase algo hasta la hora de comer, y el Padre no quiso tomar nada, salvo asiento cómodo. Desde su asiento habló de mil cosas con animada y alegre conversacion, resuelto á aguardar allí á que don Casimiro se fuése y á que D. Valentin y doña Clara despejasen, para hablar á solas con doña Blanca.

Doña Blanca adivinó la intencion del fraile, entró en curiosidad, y pronto halló modo de despedir á D. Casimiro y de echar de la sala á don Valentin y á Clarita.

Verificado ya el despejo, dijo doña Blanca:

—Supongo y espero que, despues de tan larga ausencia, honrará V. nuestra mesa comiendo hoy con nosotros.

El padre Jacinto aceptó el convite y doña Blanca prosiguió:

—He creido advertir que estaba V. impaciente por hablarme á solas. Esto ha picado mi curiosidad. Todo lo que V. me dice ó puede decirme me inspira el mayor interes. Hable V., Padre.

—No eres lerda, hija mia, contestó éste. Nada se te escapa. En efecto, deseaba hablarte á solas. Y lo deseaba tanto, que dejo para despues de tu comida, que acepto gustoso, dejo para sobremesa, la aparicion de un objeto que traigo de presente á nuestra Clarita, y que le va á encantar. Figúrate que es una lindísima corza, tan mansa y doméstica, que come en la mano y sigue como un perro. Pero vamos al caso: vamos á lo que tengo que decirte. Por Dios, que no te incomodes. Tú tienes el genio muy vivo: eres una pólvora.

—Es verdad; yo soy muy desgraciada, y los desgraciados no es fácil que estén de buen humor. Usted, sin embargo, no tiene derecho á quejarse del mio. ¿Cuándo estuve yo, desde que nos tratamos, desabrida y áspera con usted?

—Eso es muy verdad. Convendrás, con todo, en que yo no he dado motivo. Yo no soy como otros frailes, que se meten á dar consejos que no les piden, y quieren gobernar lo temporal y lo eterno, y dirigirlo todo en cada casa donde entran. ¿No es así?

—Así es. Más bien tengo yo que lamentarme de que V. me aconseja poco.

—Pues hoy no te quejarás por ese lado. Tal vez te quejes de que te aconsejo mucho y de que me meto en camison de once varas.

—Eso nunca.

—Allá verémos. De todos modos tengo disculpa. Tú sabes que Clarita es mi encanto. Me tiene hecho un bobo. ¿Quién ignora mi predileccion hácia las mujeres? Menester ha sido de toda mi severidad para que allá cuando mozo no me quitáran el pellejo los maldicientes. Hoy, hija mia (alguna ventaja ha de traer el ser viejo), con treinta y cinco años en cada pata, puedo, sin temor de censura, quereros á mi modo y trataros con la íntima familiaridad que me deleita. Te confieso que para querer á los hombres tengo que acordarme á menudo de que son prójimos y quererlos por amor de Dios. A las mujeres, por el contrario, las quiero, no ya sin esfuerzo, sino por inclinacion decidida. Sois dulces, benignas, compasivas y muchísimo más religiosas que los hombres. Si no hubiera sido por vosotras, lo doy por cierto, hubiérase perdido hasta la huella de la primitiva cultura y revelacion del paraíso, y los hombres jamas hubieran salido del estado salvaje. Si yo fuera un sabio, habia de componer un libro demostrando que todo este sér de la Europa del dia, que todos estos adelantamientos sociales, de que el mundo se jacta, se deben, en lo humano, principalmente á las mujeres. Calcula, pues, cuán alto y lisonjero es el concepto que tengo de vosotras. Pues bien; en los últimos años

de mi vida, tu hija Clara ha venido á sublimar mucho más aún este concepto de mi mente. En mi mente tenía yo como un tipo soñado de perfeccion, al cual ninguna de las mujeres que he conocido se acercaba ni en diez leguas. Clarita ha ido más allá. ¡Qué inocencia la suya, tan rara por su enlace con la discrecion y el despejo! ¡Qué fe religiosa tan sana y atinada! ¡Qué amor á su madre y qué sumision á sus mandatos! Clara es una santita en este mundo, y al verla hay que alabar á Dios, que la ha criado á fin de dejarnos rastrear y columbrar por ella lo que serán en el cielo los angelitos y las bienaventuradas vírgenes.

—Mucho lisonjean mi orgullo de madre, interpuso doña Blanca, esos encomios de Clarita que oigo en boca de V.; pero mi amor á la justicia me induce á creerlos exagerados. Yo me los explico de cierto modo, que voy á tener la sinceridad de declarar á usted. En el puro amor que en general profesa V. á las mujeres hay algo del antiguo caballero andante, algo del hechizo que tiene para todo sér fuerte dar proteccion á los débiles y desvalidos. En el concepto superior á la realidad que de las mujeres V. forma, hay gran bondad é instintiva poesía. Todos estos nobles sentimientos de V. se han empleado, durante una larga y santa vida, en lugareñas, jorna-

leras unas, é hidalgas ó ricachas otras, pero toscas las más, en comparacion con Clara, criada en grandes ciudades, con otro barniz, con otra más elevada cultura, con mayor delicadeza y refinamiento. Ventajas tales, meramente exteriores y debidas á la casualidad, han sorprendido y alucinado á V., y le han hecho pensar que lo que está en la superficie está en el fondo; que modales más distinguidos, mayor tino y mesura en el hablar, y ciertas atenciones y miramientos que nacen de más esmerada educacion, y que llegan á tenerse maquinalmente, gracias á la costumbre, son virtudes y excelencias que brotan del centro mismo de un alma que se eleva sobre las otras.

—No, hija mia; nada de eso basta á explicar mi predileccion por Clarita.

—¿Cómo que no basta? Sea V. franco. ¿No quiere V. y estima casi tanto á Lucía?

—Las comparaciones son odiosas, y las del cariño más. Supongamos, á pesar de todo, que estimo y quiero á Lucía casi tanto. Esto probaria sólo que Lucía vale casi tanto como Clara.

—Y que ambas están educadas con más esmero.

—Bueno..... ¿Y qué?..... Concedo que así sea. ¿Quién te ha negado el poder de la educacion? Lo que niego es que la educacion valga hasta ese

punto sobre un espíritu estéril é ingrato; y lo que niego tambien es que su influjo no pase de la superficie y no penetre en el fondo, y no mejore el sér de las personas. Es, pues, evidente que Clara debe mucho á Dios, y luégo á tí, que la has educado bien; pero esto que debe á tí no es superficial y externo; los modales, las palabras, las atenciones y los miramientos no son signos vanos. Cuando no hay en ellos afectacion, es porque brotan del alma misma, mejor criada por Dios ó por los hombres que otras almas sus hermanas. Cierto que yo no he visto ni conocido más gente en mi vida que la de esta ciudad y la de Villabermeja; pero adivino y veo claramente que ha de haber duquesas y hasta princesas cuyo barniz no me engañaria ni me alucinaria. Yo conoceria al momento que era falso y de relumbron, y que en el fondo eran aquellas damas más vulgares que tu cocinera. Conste, por consiguiente, que no me alucino al encomiar á Clarita.

—¿Y no provendrá la alucinacion, dijo doña Blanca, de la cándida y espontánea propension de Clarita á hacerse agradable?

—Sin duda que provendrá; pero esa misma propension, siendo espontánea y cándida, prueba la bondad de alma de quien la tiene.

—¿Usted no sabe, Padre, que eso se califica

con un vocablo novísimo en castellano, y que suena mal y como censura?

—¿Qué vocablo es ése?

—Coquetería.

—Pues bien; si la coquetería es sin malicia, si el afan de agradar y el esfuerzo hecho para conseguirlo no traspasan ciertos límites, y si el fin que se propone una mujer agradando no va más allá del puro deleite de infundir cordial afecto y gratitud, digo que apruebo la coquetería.

Doña Blanca y el padre Jacinto se tenian mutuamente miedo. Ella temia la desvergüenza del fraile, y el fraile el genio violentísimo de ella. De este miedo mutuo nacia el que se tratasen por lo comun con extremada finura y con el comedimiento más exquisito y circunspecto, á fin de no terminar cualquier coloquio en pelea ó disputa.

Llevada de esta consideracion, doña Blanca no impugnó la defensa de la coquetería; dió por satisfecha su modestia de madre, y acabó por aceptar como justos y merecidos los encomios de su hija Clara.

Luégo añadió:

—En suma, mi hija es un prodigio. En las alabanzas de V. no toma parte sino la justicia. Me alegro. ¿Qué mayor contento para una madre? Imagino, con todo, que tan lisonjero panegírico bien se podria haber pronunciado en

presencia de testigos. Lo que sigilosamente tenía usted que decirme no ha salido aún de sus labios.

El padre Jacinto se paró á reflexionar entónces, al verse tan directamente interrogado, y casi se arrepintió de haber venido á tratar del asunto de la boda de Clarita, dejándose llevar de un celo impaciente, sin ponerse ántes de acuerdo con el Comendador, segun habian concertado; pero el padre Jacinto no era hombre que cejaba una vez dado el primer paso, y despues de un instante de vacilacion, que no dejó percibir á ojos tan linces como los de su interlocutora, dijo de esta manera:

—Allá voy, hija; ten calma, que todo se andará. Mi encomio de Clarita estaba muy en su lugar, porque de Clarita voy á hablarte. Me consta, como su director espiritual que soy, que te obedecerá en todo; pero dime, ¿no consideras tú que para algunas cosas, de la mayor importancia, convendria consultar su voluntad?

—¿Y quién ha informado á V. de que yo no la consulto cuando conviene?

—¿Has preguntado, pues, á Clara si quiere casarse tan niña?

—Sí, Padre, y ha dicho que sí.

—¿Le has preguntado si aceptará por marido á D. Casimiro?

—Sí, Padre, y tambien ha dicho que sí.

—¿ Y no serán parte el temor y el respeto que inspiras á tu hija en esas respuestas?

—Creo que no merezco sólo inspirar á mi hija respeto y temor, sino tambien cariño y confianza. Prevaliéndose, pues, mi hija del cariño y de la confianza que debo inspirarle, hubiera podido contestar que no queria casarse con D. Casimiro. Nadie la ha violentado para que diga que quiere. Querrá, cuando lo dice.

—Es cierto : querrá, cuando lo dice. No obstante, para que una decision de la voluntad sea válida, importa que la voluntad esté previamente ilustrada por el entendimiento acerca de aquello sobre lo cual decide. ¿Crees tú que Clarita sabe lo que quiere y por qué lo quiere?

—Acaba V. de hacer el encomio más extremado de mi hija, y ahora me induce á pensar que la tiene por tonta, por incapaz de sacramento. ¿Cómo quiere V. que una mujer de diez y seis años ignore los deberes que el santo matrimonio trae consigo?

—No los ignora..... pero no me vengas con sofismas..... una niña de diez y seis años no sabe toda la trascendencia del sí que va á dar en los altares.

—Por eso tiene á su madre, para iluminarla, aconsejarla y dirigirla.

—¿Y tú la has iluminado, aconsejado y dirigido segun tu conciencia?

—La menor duda sobre eso, la mera pregunta que me hace V. es una ofensa terrible y gratuita. ¿Cómo presumir, sospechar, ni por un instante, que habia yo de aconsejar á mi hija en contra de lo que mi conciencia me dictase? ¿Tan mala me cree V.?

—Perdona; me expliqué con torpeza. Yo no creo, ni puedo creer que hayas aconsejado á tu hija contra tu conciencia; pero sí puedo creer que en tu entendimiento cabe error, y que, llevada tú de algun error, induces á tu hija á dar un paso deplorable.

—Extraño muchísimo los razonamientos de usted en el dia de hoy. ¡Qué diferentes de lo que eran ántes! ¿Qué cambio ha habido en usted? Seré yo víctima de un error, y en virtud de ese error daré malos consejos y tomaré funestas resoluciones; pero usted lo sabía tiempo há, y nada habia dicho en contra cuando no habia aún compromiso alguno contraido. ¿Cómo ha venido de pronto á hacerse patente á los ojos de V. ese error, que ántes no percibia? ¿Qué luz del cielo le ha ilustrado á V. el alma? ¿Qué santo ó qué ángel bendito ha bajado á la tierra á descubrir á V. lo bueno y á distinguirlo de lo malo?

Doña Blanca, segun se ve, iba ya perdiendo su aplomo y su dificultosa dulzura. El padre Jacinto empezaba tambien á amostazarse, pero hizo

un esfuerzo heroico, y en vez de seguir adelante y de excitar la tempestad, procuró calmarla por cuantos medios se le ocurrieron.

—Tienes razon que te sobra, contestó con mucha humildad. Yo debí disuadirte á tiempo de que concertáras esa boda. Del error que noto en tí, confieso que he participado. Por lo ménos, ha sido en mí un descuido atroz, una ligereza imperdonable, el no hablarte ántes como te estoy hablando hoy. Pero si yo erré, con reconocerlo ya y con apartarme del error, te induzco á que me imites, aunque te dé armas en contra mia. Lo que afirmas probará mi inconsecuencia, mas no prueba nada contra mi consejo.

—¿Cómo que no prueba nada? Quita á su consejo de V. toda la autoridad que de otra suerte hubiera tenido. Consejo dado tan de repente..... hasta pudiera sospecharse..... que no se funda en pensamiento propio del consejero.

Doña Blanca, al pronunciar esta última frase, lanzó al Padre una penetrante y escrutadora mirada. El Padre, que no era tímido, se cortó un poco y bajó los ojos. Serenándose al instante, repuso :

—No se trata aquí de más autoridad que de la autoridad de la razon. Para darte el consejo, válganme la amistad y el cariño que tengo á tu persona y á los de tu familia : para que le aceptes

ó le deseches, no pretendo que valga sino el ingenio, que pido á Dios me conceda, para llevar el convencimiento á tu alma.

—Está bien. ¿Quiere V. decirme qué razones hay para que Clara no se case con D. Casimiro? Usted es el confesor de Clara. ¿Ama Clara á otro hombre?

—Por lo mismo que soy su confesor, si Clara amase á otro hombre, y ella me lo hubiera confiado, no te lo diria sin que ella me diese su vénia, que yo sabria pedir y exigir en caso necesario. Por dicha, para nada tiene que entrar aquí la cuestion de si Clara ama ó no á otro hombre.

—No me venga V. con rodeos y sutilezas. Yo he educado á mi hija con tal rigidez y con tal recogimiento, que no tengo la menor duda de que no ha tenido amoríos. Clara no ha mirado jamas con malicia á hombre alguno.

—Así será. Pero ¿no podrá mirarle el dia de mañana? ¿No podrá amar, si no ama aún?

—Amará á su marido. ¿Por qué no ha de amarle?

—Vamos, señora, dijo el padre Jacinto, ya con la paciencia perdida: no amará á su marido, porque su marido es feo, viejo, enfermizo y fastidioso.

—Quiero suponer, contestó doña Blanca con el reposado entono que tomaba cuando más tremen-

da se ponia; quiero suponer que las caritativas calificaciones de V. cuadran perfectamente al sujeto, á la persona de mi familia, á quien V. honra con ellas. Su exquisito gusto de V. en las artes del dibujo halla feo á D. Casimiro; sus conocimientos de V. en la medicina le han hecho comprender que está el pobre mal de salud; y la amenidad y discrecion, que en V. campean, es natural que le induzcan á fastidiarse de todo sér humano que no sea tan ameno y tan ingenioso como V., cosa, por desgracia, rarísima; pero V. no me negará que mi hija, ménos instruida en las proporciones y bellezas de la figura del hombre, puede no hallar feo á D. Casimiro, como no le halla; ménos docta en ciencias médicas, puede creerle más sano; y ménos chistosa que V., puede muy bien hallar en D. Casimiro algun chiste y no aburrirse de su conversacion. Y por otra parte, aunque mi hija viese en D. Casimiro los defectos que V. señala, ¿por qué no habia de amarle? Pues qué, ¿una mujer de honor, una buena cristiana, ha de amar sólo la hermosura física y el desenfado en el hablar? ¿Será menester buscarle para marido, no á un caballero de su clase, honrado, temeroso de Dios, virtuoso y lleno de atenciones y buenos deseos de hacerla dichosa, sino á algun saltimbanquis robusto, á algun truhan divertido, que provoque en ella con sus

chocarrerías una risa indecorosa y un regocijo poco honesto?

—Mira, doña Blanca, dijo el fraile, que jamas abandonaba el tuteo, aunque se incomodára; no creas que se necesite ser un Apéles ó un Fídias para conocer que es feo D. Casimiro. Su fealdad es tan patente y somera, que no hay que ahondar mucho para descubrirla. Y en cuanto á su ruin salud y escasa amenidad te aseguro lo mismo. Sin haber cursado medicina, sin ser un Hipócrates, ve cualquiera que D. Casimiro está por demas estropeado. Y sin haber estudiado el *Exámen de ingenios* de Huarte, se descubre en seguida que el de D. Casimiro es romo y huero. Yo no pretendo que busques para Clarita á Pitágoras y á Milon de Crotona en una pieza; pero ¿qué diablura te lleva á darle por marido á Tersites?

El padre Jacinto se abstenia de echar latines cuando hablaba á las mujeres; pero no podia ménos de citar en romance, siempre que se dirigia á damas de distincion, hechos, personajes y sentencias de la antigüedad clásica y de las Sagradas Escrituras. Por lo demas, era tan claro el sentido de lo que decia, que doña Blanca, aunque no hubiera sabido más ó ménos confusamente la condicion de los personajes citados, no hubiera tenido la menor duda sobre lo que el fraile queria significar. Así es que le respondió:

—Reverendo Padre, esos son insultos, y no consejos; pero jamas me enojaré con usted. Lo único que afirmo es que todos los defectos que pone V. á mi futuro yerno han de estar ménos al descubierto de lo que V. supone ahora, cuando ántes de ahora no los ha conocido usted. Y si los conocia, ¿por qué ántes no me los dijo? Repito que álguien ha venido á ilustrar su claro entendimiento de usted. Alguien le induce á dar este paso. No hay que disimular. Sea V. leal y franco conmigo. Usted ha hablado con álguien acerca de la proyectada boda de Clarita. Sus consejos de V. no son consejos, sino un mensaje solapado.

El padre Jacinto era fresco de véras; pero con doña Blanca no habia frescura que valiese. El pobre fraile estaba sofocado, rojo hasta las orejas. Por él hubiera podido inventarse aquella frase con que se denota que á álguien le han dado una buena descompostura: *tenía encarnadas las orejas como fraile en visita.*

Hasta su lengua, que por lo comun estaba tan suelta, se le habia trabado un poco y no atinaba á contestar.

Doña Blanca, notando aquel silencio, le excitaba á que se explicase y añadia:

—No me cabe duda. Está V. convicto y casi confeso. Usted desaprueba hoy lo que ayer aprobaba, porque un enemigo mio le ha llenado la

cabeza de ideas absurdas. Atrévase V. á negar la verdad.

Interpelado, acusado con tan desmedida audacia y con tan ruda serenidad, el padre Jacinto sacó fuerzas de flaqueza, puso á un lado la causa de su inusitada timidez, que era sólo el recelo de perjudicar los intereses de Clara y de su amigo y antiguo discípulo; y ya libre de estorbos, contestó tan enérgica y sábiamente, que su contestacion, la réplica á que dió lugar y todo el resto del diálogo tomaron un carácter distinto y solemne, por donde merecen capítulo aparte, el cual será de los más importantes de esta historia.

XVII.

El padre Jacinto, sin alterarse, imitando el entonado reposo de su ilustre amiga, contestó lo que sigue :

—Ya he confesado con ingenuidad que debí aconsejarte ántes. No lo hice, no porque aprobase tu plan, sino porque, llevado de ligereza vergonzosa y de indiferencia villana y grosera, no advertí todo el horror de la boda que tienes concer-

tada. ¿Debo el advertirlo ahora á mi propio espíritu, ó bien al de otra persona que me ha ilustrado? Punto es éste que podrá interesarte sabe Dios por qué, y que podrá afectar mi reputacion de hombre entendido; pero en nada altera el valor de mis consejos. No quiero ni puedo justificar mi inconsecuencia. Puedo y debo, con todo, mitigar un poco la rudeza de tu acusacion, y lo haré al exponer las razones en que fundo mis consejos de ahora. Sentiré expresarme con impropiedad, aunque espero de tu buena fe que no me armes disputa sobre las palabras, si entiendes la idea y la sana intencion con que la expreso. Tal vez está educada Clara con rigidez que raya en extremos peligrosos. Temiendo tú que un dia pueda caer, le has exagerado los tropiezos. Temiendo tú que la nave pueda zozobrar é irse á pique, has ponderado los escollos y bajíos que hay en el mar del mundo, el ímpetu y violencia de los vientos que combaten la nave y hasta su fragilidad y desgobierno. Esto tiene tambien sus peligros. Esto infunde una desconfianza en las propias fuerzas que raya en cobardía. Esto nos hace formar un concepto de la vida y del mundo mucho peor de lo que debe ser. ¿Cómo ha de negar un creyente que de resultas de nuestros pecados el mundo es un valle de lágrimas; que el demonio tiende su red de contínuo para perdernos; que nuestra flaca condi-

cion es propensa al mal y que es necesario el favor del cielo para no caer en las tentaciones? Todo esto es innegable, pero conviene no exagerarlo. Una vez muy exagerado, ó hay que huir al desierto y hacer la vida ascética de los ermitaños, y entónces todo va bien, porque la belleza y la bondad que no se ven en la tierra, se esperan, se presienten y casi se ven ya en el cielo, en éxtasis y arrobos, ó hay que dar, faltando el amor divino, faltando la caridad fervorosa, en un desesperado desprecio de uno mismo y en tal desden y ódio á todo lo creado y á nuestros semejantes, que hacen á quien así vive odioso y enojoso á sí y á los demas seres. Hija, no sé si me explico, pero tú eres perspicaz y me irás entendiendo. Otro grave peligro nace tambien de tú método de educar. La conciencia se halla con él más apercibida y precavida para la lucha; pero al mancharlo todo, se mancha; al inficionarlo todo, se inficiona; al presentir en todo un delito, una impureza, provoca y hasta evoca las impurezas y los delitos. Clarita tiene un entendimienta muy sano, un natural excelente; pero, no lo dudes, á fuerza de dar tormento á su alma para que confiese faltas en que no ha incurrido, pudiera un dia torcer y dislocar los más bellos sentimientos y convertirlos en sentimientos pecaminosos; pudiera concebir del escrúpulo de su

conciencia, inquisidora del pecado, el pecado mismo que ántes no existia. No tengo que asegurarte que yo por mil motivos no he procurado relajar la rigidez de los principios que has inculcado á Clarita, si bien mi modo de ser me lleva, por el contrario, á la indulgencia; á ver en todo el lado bueno, y á tardar muchísimo en ver el lado malo, y á no descubrirle sino despues de larga meditacion. Así es que al principio, contrayéndonos al asunto de la boda, no vi sino el lado bueno. Vi que D. Casimiro es un caballero de tu clase, honrado, religioso, prendado de Clarita y deseando hacerla feliz. Vi que casándose con ella, seguiria ella aquí y no se la llevarian léjos de su madre y de nosotros, que la queremos tanto. Vi que con su mucha hacienda y la de su marido haria un bien inmenso en estos lugares, empleándose en obras de caridad. Y vi en la misma austeridad con que está educada la garantía de que para Clarita no podia ser el matrimonio el medio de satifacer y áun de santificar, merced á un lazo sagrado é indisoluble, una pasion violenta, profana y algo impía, ya que consagra al hombre cierta adoracion y culto que á solo Dios se debe, y una ilusion caduca, efímera, que se disipa tanto más pronto cuanto más vivo y ardiente es el resplandor con que la fantasía la finge y colora. Todo esto vi, y por haberlo visto

trato de cohonestar, ya que no disculpe, el no haberme opuesto ántes á la boda. Imaginaba yo, ademas, que Clarita no la repugnaba. Clarita nada me ha dicho despues, pero mis ojos se han abierto, y ahora comprendo que la repugna con repugnancia invencible, allá en el fondo de su alma. Ahora comprendo que Clarita no ve sólo en el matrimonio un voto de devocion y sacrificio. Clarita quiere amar y que el matrimonio sancione y purifique su amor. El matrimonio, por lo tanto, no puede ser para ella el mero cumplimiento de un deber social, un acto de abnegacion, un padecimiento á que hay que resignarse, una penitencia, una prueba, un castigo. El profundo respeto que te tiene, la ciega obediencia con que se somete á tu voluntad, la creencia de que casi todo es pecado, no consentirán que ella confiese nunca ni á sí misma lo que te digo; pero yo no dudo ya que lo siente. Ahora bien; ¿es merecedora Clarita de esa penitencia? ¿Es digna de ese castigo? ¿Qué derecho tienes para imponérsele? Y si es prueba, ¿quién te da permiso para poner á prueba su bondad? ¿Por qué, si lo grave y áspero de un deber, como es el del matrimonio, puede mezclarse y combinarse con lícitos contentos que aligeren la cruz y con satisfacciones y gustos que suavicen la aspereza del camino, quieres tú sólo para tu hija la aspereza del cami-

no y la pesadumbre de la cruz, y no tambien la permitida dulzura?

Doña Blanca escuchó impasible, y al parecer muy sosegada, todo el sermon del buen fraile. Al ver que no seguia, dijo, despues de un instante de silencio:

—Aun conviniendo en que casarse con un hombre de bien, lleno de afecto y de juicio, fuese una penitencia, fuese una cruz, Clarita la debiera llevar y resignarse. La mujer no ha venido al mundo para su deleite y para satisfaccion de su voluntad y de su apetito, sino para servir á Dios en esta vida temporal, á fin de gozarle en la eterna. Y V. convendrá conmigo, si en estos dias no ha tratado con gentes que han perturbado su razon y le han apartado del camino recto, que el modo mejor de servir á Dios es, en una hija, el obedecer á sus padres. Usted mismo reconoce que el santo sacramento del matrimonio no fué instituido para santificar devaneos. Cierto que es mejor casarse que quemarse; pero áun es mejor casarse sin quemarse, á fin de ser la fiel compañera de un varon justo y fundar ó perpetuar con él una familia cristiana, ejemplar y piadosa. Este concepto puro, cristiano y honestísimo del matrimonio no es fácil de realizar; mas para eso he educado yo tan severamente á Clarita; para que con la gracia de Dios tenga la glo-

ria de realizarle en vez de buscar en el casamiento un medio de hacer lícito y tolerable el logro de mal regidos deseos y de impuras pasiones. Más pudiera decir en mi abono acerca de este asunto, pero no se trata aquí de una discusion académica. Yo carezco de estudios y de facilidad de palabra para discutir con V. sobre la cuestion general de si el matrimonio ha de ser un estado tan difícil y estrecho como otro cualquiera que se toma para servir á Dios, y no un expediente mundanal para disimular liviandades. Aquí debemos concretarnos al caso singular de Clarita, y para ello vuelvo á lo dicho: necesito, exijo que sea V. leal y sincero. ¿Quién envia á V. á que me hable? ¿Quién le aconseja para que me aconseje? ¿Quién le ha abierto los ojos, que tenía V. tan cerrados, y le ha hecho ver que Clarita, si no ama, amará? Vamos, respóndame V. ¿Por qué disimularlo ó callarlo? Hay un hombre que ha hablado á V. de todo eso.

—No lo negaré, ya que te empeñas en que lo declare.

—Ese hombre es el Comendador Mendoza.

—Es el Comendador Mendoza, repitió el fraile.

Tal declaracion, aunque harto prevista, dejó silenciosos y como en honda meditacion á ambos interlocutores durante un largo minuto, que les pareció un siglo.

Doña Blanca, aunque sin precipitar sus palabras, mostrando ya, en lo trémulo de la voz y en el brillo de los ojos, viva y dolorosa emocion mal reprimida, habló luégo así :

—Todo lo sabe V. y me alegro. Quizás hice mal en no decírselo yo misma la vez primera que me arrodillé ante V. en el tribunal de la penitencia. Sírvame de excusa que ya mi mayor delito habia sido várias veces confesado, y la consideracion de que cada vez que le confieso de nuevo hago sabedora á una persona más del deshonor de quien me ha dado su nombre. Todo lo sabe usted sin que yo se lo haya dicho. Bendito sea Dios, que me humilla como merezco, sin que yo, tan culpada, cometa la nueva culpa de infamar á mi pobre marido. Pues bien : sabiéndolo V. todo, ¿cómo se atreve á aconsejarme lo que me aconseja? ¿Cómo quiere apartarme del camino que llevo, único posible para una reparacion, aunque incompleta? Si contra su parecer de V., si contra la ley del decoro, manchásemos la conciencia de Clara, descubriéndole su orígen, ¿qué piensa usted que haria ella? ¿No la despreciaria V. si no buscase la reparacion? Y para ello, sin hacer pública la infamia de su madre y de aquel á quien debe venerar como á padre, ¿qué otro recurso tiene Clara sino entrar en un convento ó dar la mano á D. Casimiro? ¿Por qué, dirá V., ha de

pagar Clara la falta que no cometió? Harto la pago yo, Padre. Los remordimientos, la vergüenza, me asesinan. Pero Clara tambien debe pagarla. Si esto parece á V. inícuo, vuélvase usted impío y blasfemo contra la Providencia, y no contra mí. La Providencia, en sus designios inescrutables, con ocasion de mi culpa, ha puesto á mi hija en la alternativa ó de sacrificarse ó de ser falsaria y poseedora indigna de riquezas que no le pertenecen.

—No he de ser yo, por cierto, interrumpió el fraile, quien disimule ó atenúe lo difícil de la situacion y la verdad que hay en lo que dices. Convengo contigo. Sé la nobleza de alma de Clara. Si ella supiera quién es..... pero no, mejor es que no lo sepa.

—¿Qué piensa V. que haria si lo supiese?

—Sin vacilar..... Clara se retiraria á un convento. Tu plan de casarla con D. Casimiro le pareceria absurdo, malo, no ya siendo feo y viejo D. Casimiro, sino aunque fuese precioso y estuviese ella prendada de él. Con ese casamiento ni se remedia el mal nacido del embuste ó la falsía, ni se despoja tu hija de bienes que no son suyos.

—Es, sin embargo, la única reparacion posible, aunque incompleta, ignorando Clara el motivo que hay para la reparacion. Convengo en que entrando Clara en un claustro el mal se remedia-

ria mejor, ménos incompletamente. Pero ¿cómo la hija de un ateo ha de tener vocacion para esposa de Jesucristo?

Al pronunciar estas últimas palabras, el rostro de doña Blanca tomó una expresion sublime de dolor; sus mejillas se tiñeron de carmin ominoso como el de una fiebre aguda; dos gruesas lágrimas brotaron de repente de sus ojos.

El padre Jacinto vió á doña Blanca transfigurada; reconoció en ella un corazon de mujer que ántes no habia sospechado siquiera bajo la aspereza de su mal genio; y le tuvo lástima y la miró con ojos compasivos. Ella prosiguió:

—He meditado en largas noches de insomnio sobre la resolucion de este problema, y no veo nada mejor que el casamiento de Clara con D. Casimiro. No piense V. que me falte valor para otra cosa. No me falta valor; me sobra piedad. Mil veces, ansiosa de que me matase, he estado á punto de revelar mi pecado al hombre á quien ofendí cometiéndole. Yo misma hubiera puesto gustosa el puñal en su mano; pero, le conozco, ¡infeliz! hubiera llorado como un niño; yo le hubiera muerto de pena, en vez de recibir el merecido castigo; él, con mansedumbre evangélica, me hubiera perdonado; y mi duro pecho y mi diabólico orgullo, léjos de agradecer el perdon, hubieran despreciado más aún al hombre que me

le otorgaba. Manso, pacífico, benigno, Valentin hubiera apurado un cáliz de hiel y veneno al oir mi revelacion; no hubiera sido mi juez inexorable, sino hubiera acabado de ser mi víctima; y yo, réproba, llena de satánica soberbia, hubiera ahogado el manantial de la compasion y de la ternura con desden, hasta con asco, de una resignacion santa, que el demonio mismo me hubiera pintado como enervada flaqueza. Mi deber era, pues, callar; hacer lo ménos amarga posible la vida de este débil y dulce compañero que el cielo me ha dado, disimular, ocultar, hasta donde cabe..... mi falta de amor..... mi injusta, impía, irracional, involuntaria, falta de estimacion. Así se explican el engaño y la persistencia en el engaño; pero la vileza del hurto no cabe en mí. Mi alma no la sufre. ¿Pretende quizás ese ateo malvado que me envilezca yo con el hurto? ¿Qué razon, qué derecho, qué sentimiento paternal invoca, quien tan olvidado tuvo durante años el fruto de su amor. ... y de la cólera divina? Usted dice bien: lo mejor sería que Clara se sepultase en un claustro, se consagrase á Dios. Yo he hecho lo posible por disgustarla del mundo, pintándosele horroroso; pero en ella han podido, más que mis palabras, la confianza juvenil, el brío maldito de la sangre, el deleite y la exuberancia de la vida. ¿Qué arbitrio me queda, sino casarla

con D. Casimiro? ¿Por qué la compadece usted? Pues qué, ¿no sale ganando? La hija del pecado no debiera tener bienes, ni honra, ni nombre siquiera, y todo esto conservará y de todo podrá gozar sin remordimientos, sin sonrojo.

En la última parte de su discurso doña Blanca estuvo hermosa, sublime como una pantera irritada y mortalmente herida. Se habia puesto de pié. Al fraile se le figuraba que habia crecido y que tocaba con la cabeza en el techo. Hablaba bajo, pero cada una de sus palabras tenía punta acerada como una saeta.

El padre Jacinto conoció que habia confiado por demas en su serenidad y en su elocuencia. Se hizo un lío y no supo decir nada. Se encontró tan apurado, que la vuelta de Clarita al salon le quitó un peso de encima y le dió tregua para poder replicar en momentos más propicios y despues de meditarlo.

Doña Blanca, no bien entró su hija, supo dominarse y recobrar su calma habitual.

Un poco más tarde vino el benigno D. Valentin, y todos fueron á comer como si tal cosa.

El padre Jacinto echó la bendicion al empezar la comida, y rezó al sentarse y al levantarse.

Ya de sobremesa, tuvo efecto la grata sorpresa de la corza. Clarita la halló encantadora. La corza se dejó besar por Clarita en un lucero blanco que

tenía en la frente, y se comió cuatro bizcochos que ella misma le dió con su mano.

Don Valentin se maravilló, simpatizó y hasta se enterneció con la mansedumbre de aquel lindo animalejo.

Cuando, terminado todo, salió el padre Jacinto de casa de doña Blanca, se apresuró á ir á ver al Comendador, quien le aguardaba impaciente, no habiéndole visto al llegar de Villabermeja, porque el fraile habia adelantado más de una hora su venida á la ciudad. Excusándose de esto y de su precipitacion en dar pasos sin consultar al Comendador, el padre Jacinto le relató cuanto habia pasado.

Don Fadrique Lopez de Mendoza no era de los que condenan todo lo que se hace cuando no se les consulta. Halló bien lo hecho por su maestro, y lo aplaudió. Hasta la turbacion y mutismo final del fraile le parecieron convenientes, porque no habian traido compromiso; porque no se habia soltado prenda. Ya hemos dicho que el Comendador era optimista por filosofía y alegre por naturaleza.

XVIII.

Despues de haberse enterado de la conversacion entre el fraile y doña Blanca, el Comendador se abstuvo de tomar una resolucion precipitada. Se contentó con rogar á su maestro que no se volviese á Villabermeja, que siguiese frecuentando la casa de doña Blanca y que tratase de desvanecer todo recelo en dicha señora, prometiéndole no hablar con Clarita de la proyectada boda ni decirle nada en contra de los deseos de su madre.

El Comendador queria meditar, y meditó largamente, sobre el asunto. Sus meditaciones (ya hemos dicho que el Comendador era descreido) no podian ser muy piadosas. Era tambien el Comendador alegre, frio y sereno, y nada podian tener de apasionadas sus meditaciones. Su espíritu analítico le presentaba, sin embargo, todas las dificultades del caso.

No cabia la menor duda. La criatura lindísima y simpática que á él debia el sér estaba condenada, ó á vivir como usurpadora indigna de lo que no le pertenecia, ó á casarse con D. Casimiro, ó

á ser monja. Uno de estos tres extremos era inevitable, á no causar un escándalo espantoso ó á no realizar un difícil rescate.

Doña Blanca tenía razon, salvo que para tenerla no era menester mostrarse tan hosca y tan poco amena con todo el género humano, empezando por su infeliz marido.

Para D. Fadrique habia un ideal económico más fundamental que el político. Este ideal era que toda riqueza, todos los bienes de fortuna llegasen á ser un dia, cuando la sociedad tocase ya en la perfeccion deseada, signo infalible de laboriosidad, de talento y de honradez en quien los habia adquirido; que el ser rico fuese como innegable título de nobleza, ganado por uno mismo ó por el progenitor que le ha dejado los bienes.

Bien sabía D. Fadrique que este término estaba aún remotísimo; pero sabía ademas que el mejor modo de acercarse á él era el de hacer todo negocio suponiéndole ya llegado; esto es, como si no hubiese riqueza mal adquirida en la tierra. Lo contrario sería conspirar á que prevaleciese el villano refran de que *quien roba á un ladron tiene cien años de perdon*, y contribuir á que la vida, la historia, el desenvolvimiento civilizador de la sociedad sean una trama inacabable de bellaquerías.

Fundado en estos principios, desechaba de sí D. Fadrique el pensamiento de que en cada lu-

gar del mundo habria de seguro un enjambre de madres en el caso de doña Blanca y una multitud de hijas ó de hijos en el caso de Clarita, para los cuales el problema moral, de tan difícil solucion, que atormentaba á doña Blanca era como si no fuese, dejándolos disfrutar de la hacienda que la suerte y la ley les otorgaban, sin el menor escrúpulo y con la mayor frescura. Desechaba tambien la idea, algo cómica, pero más que posible, de que el mismo D. Casimiro, por circunstancias análogas, podria tener ménos derecho que Clarita á la herencia, aunque toda fuese vinculada; de que D. Valentin, su padre ó su abuelo, podrian tambien no haber tenido derecho, y de que sólo Dios sabe, aunque tal vez el diablo no lo ignore, por qué arcaduces subterráneos y por qué intrincados caminos ha venido á cada cual lo que por herencia disfruta. En estos casos la fe debe salvar; pero en el caso de doña Blanca no habia fe que valiese contra la evidencia que ella tenía. Cerrar los ojos, vendárselos y remedar fe era una infamia. Don Fadrique, condenando en su corazon y en su inteligencia serena los furores de doña Blanca, la aplaudia y ensalzaba de que pensase con rectitud y con nobleza. Vaya á quien vaya, merézcale ó no, tenga derecho ó no le tenga aquel á quien un bien se destina, son cosas que importan poco ante la superior consideracion de que ese bien me cons-

ta que no es mio y de que sólo le gozo por engaño, por delito y por mentira.

Como D. Fadrique era persona de múcho seso y sentido comun, aunque se hallaba en época de reformas, sistemas y ensueños de toda clase, no pensó en condenar la herencia. Sin el grandísimo deleite de dejar ricos á nuestros hijos, se perderia el mayor estímulo para el trabajo, para el buen órden, para la aplicacion y para aguzar y ejercitar el ingenio. Don Fadrique reconocia, no obstante, que si estaba léjos aún el dia en que sea casi imposible adquirir mal lo que uno mismo adquiere, estaba aún mucho más léjos el dia en que sea casi imposible heredar mal lo que se hereda. El modo de no empujar hácia más hondo porvenir la aurora de ese dia, era dar buen ejemplo en contra. La razon de doña Blanca salia siempre triunfante de cada laberinto de reflexiones en que D. Fadrique se abismaba.

Habia un mal moral que pedia remedio. Hasta aquí iba D. Fadrique de acuerdo con la idea de doña Blanca. ¿Era el remedio peor que el mal? El remedio era duro; pero D. Fadrique comprendia que no era peor que la enfermedad, y que era menester aplicarle no habiendo otro.

El remedio podia aplicarse de dos maneras. O casando á Clarita con D. Casimiro, y esto era fácil, ó haciéndola tomar el velo. Esto segundo, á

pesar de lo mundano, impío y anti-religioso que era D. Fadrique, le parecia mil veces mejor. Comprendia, no obstante, que para que Clarita entrase en un convento sin saber ella por qué, era necesario que álguien le infundiese la vocacion. Tal trabajo no podia tomarle su madre. Sólo el padre Jacinto podria persuadir á Clarita á que se retirase al claustro.

Para un hombre lleno del espíritu del siglo XVIII, alimentado con la lectura de los enciclopedistas, creyente en Dios, pero hablando siempre de la naturaleza, no hay que exponer aquí cuán horrible apareceria el sacrificio de la hermosura, de la vida, del brío juvenil, sintiendo ya sin duda fervorosamente el amor y reclamándole, en aras de un sentimiento misterioso, de un objeto, á su ver, impalpable y hasta incomprensible. Al Comendador se le antojaba esto una nefanda monstruosidad, pero la preferia á ver, á imaginar á Clara entre los secos brazos de D. Casimiro; y en su orgullo de hidalgo, y en su afan de no verse él mismo mentiroso y fullero, y de no pensar ménos noblemente que una mujer fanática y desatinada, lo preferia todo á que Clarita se alzase en su dia con los bienes de D. Valentin.

El punto final de las meditaciones de D. Fadique era siempre el mismo, por cuantas sendas

y rodeos tratase de llegar á él. No queria á Clara poseedora de lo que le constaba que no era suyo; no la queria mujer de D. Casimiro; no la queria monja tampoco, y no queria dar escándalo ni amargar la vida de D. Valentin con afrentoso desengaño. Era, pues, indispensable que él fuese el libertador, el rescatador de Clarita.

A pesar de tener preocupado el ánimo con estas cosas, el Comendador ejercia tanto dominio sobre sí, que nada dejaba notar.

Paseaba con Lucía por las huertas ó charlaba con ella y procuraba esquivar sus preguntas inquisitoriales.

Así trascurrieron ocho dias. Durante ellos se informó el Comendador, con el mayor secreto y diligencia, del valor exacto de todos los bienes de D. Valentin. Pasaban de cuatro millones de reales.

Bastante se apesadumbró, no debemos ocultarlo, de que D. Valentin hubiese llegado á ser tan rico. El Comendador tenía poquísimo más capital, sumando el valor de algunas finquillas que habia comprado cerca de Villabermeja, y lo que tenía en várias casas de banca en la Gran Bretaña y en Madrid. Su decision, á pesar de la pesadumbre, fué firme, con todo.

El Comendador sabía y estimaba cuánto vale el dinero. La vanidad de haberle adquirido dies-

tra y honradamente le daba para él mayor hechizo. Pero ¿en qué mejor podia emplearse el caudal, la ganancia y el ahorro de toda una vida activa, el fruto del brío, del trabajo y del ingenio, que en salvar á un sér tan querido y que tan digno era de serlo?

Suponiéndose ya el Comendador despojado de cuatro millones, se miraba reducido á la triste condicion de un hidalgo labriego, que ó tendria que salir otra vez á buscar fortuna, ó tendria que acomodarse á vivir mal y humildemente en Villabermeja. Esto no le arredró.

Eliminadas, pues, várias soluciones, el problema quedó claro y sencillo. La única dificultad que habia que vencer era la de pasar á poder de D. Casimiro, de modo tan natural, que apartase toda sospecha, una suma de cuatro millones, y hacer valer y constar, como era justo, este sacrificio cerca de doña Blanca, para que la terrible señora reconociese á su hija por libre de toda obligacion y por apta para recibir, en su dia, los bienes todos de D. Valentin, como devolucion, y no como herencia.

XIX.

La familia de Solis continuaba incomunicada con sus vecinos.

Sólo entraban en aquella casa D. Casimiro y el fraile. Éste, á pesar de sus consejos, habia sabido ingeniarse, volver á la gracia y recobrar la confianza de aquella adusta señora. No es tan llano desechar á un director espiritual, á quien se tiene por santo ó poco ménos, aunque este director nos contrarie, y sobre todo haga cosas opuestas á nuestro modo de pensar. La mayor falta del padre Jacinto, lo que apénas acertaba á explicarse doña Blanca, era que aquel virtuoso varon, aquel hijo de Santo Domingo de Guzman, fuese tan íntimo amigo de un hombre á quien debia más bien llevar á la hoguera, si los tiempos no estuviesen tan pervertidos y la cristiandad tan relajada.

Doña Blanca no se calló sobre este punto, y várias veces manifestó al fraile su extrañeza, pero el fraile le contestaba :

—Hija mia, piensa lo que se te antoje. Yo no quiero calentarme la cabeza explicándotelo. Bas-

tete saber que yo tengo á D. Fadrique por muy amigo, aunque incrédulo, como él me tiene por muy amigo, aunque fraile. Cavilando en ello me asusto, y prefiero no cavilar. No quiero dar por seguro que haya en las almas humanas algo que, á pesar de la radical oposicion de creencias, sea lazo de union amistosa y constante y fundamento de alta estimacion mútua.

—Vaya si hace V. bien en no cavilar, contestaba doña Blanca. No cavile V., no venga á caer en herejía al cabo de sus años, fantaseando algo más esencial, más sublime que la creencia religiosa.

—No caeré en herejía, replicaba el fraile, que ya hemos dicho que era muy desvergonzado; no caeré en herejía cuando tú no caiste. Nunca mi amistad será más inexplicable que lo fué tu amor.

Con esto doña Blanca exhalaba un suspiro, que tenía su poco de bufido, y se amansaba y se callaba.

Por lo demas, el padre Jacinto era leal y no abusó de su derecho de hablar en secreto con Clarita para excitarla en contra de la boda con D. Casimiro.

Sólo una noticia se atrevió á dar á Clarita por instigacion de D. Fadrique: que D. Cárlos, amonestado por el Comendador, se habia vuelto á Sevilla con sus padres.

De esta suerte Clarita hubo de tranquilizarse y no sobresaltarse de no ver á D. Cárlos por la mañana en la iglesia. A quien vió várias veces casi en el mismo lugar en que D. Cárlos se colocaba fué al Comendador, cuya maldad su madre le habia ponderado, y que ella se inclinaba irresistiblemente á creer bueno.

El Comendador, como en desagravio de haber tenido olvidada tantos años aquella prenda de su amor, no se contentaba con disponerse á hacer por ella un gran sacrificio, sino que ansiaba verla y admirarla, aunque fuese á distancia.

Así iban lentamente los sucesos, cuando una mañana, en que doña Antonia habia tenido una de sus jaquecas y no se hallaba con gana de salir, Lucía fué á paseo sola con el Comendador. Ambos llegaron á la fuente ó nacimiento del rio que ya conocemos. Sentados á la sombra del sauce, oyendo el murmullo del agua, hablaron de las estrellas, de las flores, de mil diversas materias, hácia donde el tio procuraba llevar la atencion de su sobrina para distraerla de su curiosidad sobre los asuntos de Clara.

Lucía, no llegando á distraerse lo bastante, dijo por último :

—Tio, V. va á hacer de mí una sábia. A veces me habla V. del sol y de lo grande que es y de cómo atrae á los planetas y cometas; y á veces

me describe los abismos del cielo, y me señala las más hermosas estrellas, y me declara sus nombres y la inmensa distancia á que están de nosotros, y el tiempo que tardan los rayos alados de su luz en herir nuestras pupilas. Todo esto me deleita y pasma, haciéndome concebir más adecuado concepto del infinito poder de Dios. Tambien me ha explicado V. misterios extraños de las flores, y esto me ha interesado más, infundiéndome en el alma superior idea de la bondad y sabiduría del Altísimo. Pero desechando el disimulo, recelo que V. no me instruye tanto sino para no responder á mis preguntas sobre sus proyectos de usted acerca de Clarita. Tal sospecha, lo confieso, me quita las ganas de oir las lecciones de V., que de otro modo me entusiasmarian; tal sospecha disminuye el valor de dichas lecciones, que se me figuran interesadas y maliciosas: más que medio de enseñarme, me parecen medio de embaucarme.

—La malicia la pones tú, sobrina, respondió el Comendador. Yo procedo con la mayor sencillez. Cuanto hay que saber de Clarita lo sabes mejor que yo. ¿Qué puedo añadir á lo que tú sabes?

—Oiga V., tio: aunque niña, no soy tan fácil de engañar. Aquí hay varios puntos oscuros, inexplicables, y yo no sosiego hasta que todo me lo explico.

—Pues ya estás aviada, hija mia, si no te sosiegas hasta que halles la explicacion de todo. Condenada estás á desasosiego perpétuo.

—No confundamos las especies. Yo me aquieto sin explicacion sobre muchos puntos en que usted, por desgracia, no se aquieta. No hablo de eso. Hablo de materias más llanas y más al alcance de mi inteligencia. En éstas requiero explicacion, y sin explicacion no hay reposo. ¿Qué diablo de palabra enrevesada fué aquella de que se valió usted el otro dia para significar una suposicion que se forja uno para explicar las cosas, y que se da por cierta, cuando las explica?

—Esa palabra es *hipótesis*.

—Pues bien; yo no hago más que forjar hipótesis á ver si me explico ciertas cosas. ¿Quiere usted que le exponga alguna de mis hipótesis?

—Exponla.

El Comendador respondió aparentando serena indiferencia al dar aquel permiso; pero se puso colorado, y tuvo miedo de que Lucía, por arte mágica ó poco ménos, hubiese adivinado el lazo que unia á Clara con él.

Lucía, prevaliéndose del permiso y animada con lo poco de turbacion que en su tio advirtió, expuso así una de sus hipótesis:

—Pues, señor, yo me cegué al principio por exceso de vanidad. Pensé que el cariño de tio que

usted me tiene le llevaba, para complacerme, á mirar con interes á Clori y á Mirtilo, y á procurar el buen fin de sus amores. Ya he variado de opinion. Ya la hipótesis es otra. El interes de V. es demasiado para ser de reflejo. Noto tambien que es muy desigual : ménos que mediano por Mirtilo; inmenso por Clori. ¡Ay tio, tio! ¿Si querrá usted jugar una mala pasada al pobre zagal? Todo se sabe. Pues qué, ¿cree V. que no ha llegado á mi noticia que se ha hecho V. devoto (¡ojalá fuese de buena ley la devocion!) y que toditas las mañanas de madrugada va V. á la iglesia Mayor á misa primera?

—Sobrina, no disparates, interrumpió el Comendador.

—Yo no disparato. Hallo extraña, para explicada sólo por una simpatía cualquiera, esa devocion de V., y recelo que la santita que se la infunde ha cautivado á V. con más dulces cadenas que las de la piedad.

—Te repito que no disparates, volvió á decir el Comendador poniéndose muy serio. Confieso que es difícil de explicar el extraordinario cariño que Clarita me infunde. Aseguro, no obstante, por mi honor, que nada tiene de lo que tú imaginas. Si me quieres tú un poco, y si me respetas, te suplico, y si crees que puedo mandarte, te mando que apartes de tí ese pensamiento. Yo quiero á

Clarita, aunque entre ella y yo no median los vínculos de la sangre, del mismo modo que te quiero á tí, que eres mi sobrina: con amor casi paternal; con el amor que es propio de los viejos.

—¡Pero si V. no es viejo, tio!

—Pues aunque no lo sea. No amo á Clarita de otro modo. Y si esto sigue pareciéndote raro, no caviles ni busques más hipótesis para explicártelo satisfactoriamente.

—Está bien, tio. Suspenderé mis tareas de forjar hipótesis.

—Eso es lo más prudente.

—Ya que no valen las hipótesis, ¿vale hacer preguntas?

—Hazlas.

—¿Persiste usted en favorecer los amores de Mirtilo?

—Persisto y persistiré miéntras Clara crea yo que le ama.

—¿Espera V. triunfar de la tenacidad de doña Blanca é impedir la boda con D. Casimiro?

—Lo espero, aunque es difícil.

—¿Me atreveré á preguntar de qué medios va usted á valerse para vencer esa dificultad?

—Atrévete: pero yo me atreveré tambien á decirte que esos medios no tienes tú para qué saberlos. Confia en mí.

—Aunque V., tio, está tan misterioso conmi-

go, que todo se lo calla, voy á portarme con generosidad: voy á revelar á V. mis secretos. Sé que D. Cárlos de Atienza le escribe á V. Tambien á mí me ha escrito. Pero V. no ha hecho lo que yo. Usted no ha puesto al pobre desterrado en comunicacion con Clara; yo sí. Yo he escrito á Clara tres cartas nada ménos, y á fuerza de súplicas he logrado que el padre Jacinto se las entregue. En mis cartas copio á Clara algunos parrafitos de los que me ha escrito D. Cárlos.

—Ese secreto le sabía en parte. El padre Jacinto me habia dicho que habia entregado tus cartas.

—Pues, ¿vaya que no sabe V. otra cosa?

—¿Qué?

—Que Clara me ha contestado. La contestacion vino ayer por el aire, como la carta primera que juntos leimos.

—¿Tienes ahí la nueva carta?

—Sí, tio.

—¿Quieres leerla?

—No lo merece V., pero yo soy tan buena, que la leeré.

Lucía sacó un papel de su seno.

Antes de leer, dijo:

—En verdad, tio, esto me pone muy cuidadosa y sobresaltada. Clara, en los dias que lleva de soledad, ha cambiado mucho. ¡Hay en su carta

tan singular exaltacion, tan profunda tristeza, tan amargos pensamientos!.....

—Lee, lee, dijo el Comendador con viva emocion. Lucía leyó como sigue:

«Amada Lucía: Mil gracias por todo cuanto estás haciendo por mí. Sería yo desleal si te ocultase nada de lo que siento. Ni al padre Jacinto me he confiado hasta ahora; pero á tí todo te lo confio. En mí se pasa algo de extraño, que no acierto á entender. Quiero aún á D. Cárlos. Y, no obstante, conozco que no debo darle esperanzas, que no debo casarme con él nunca; que me toca obedecer á mi madre, la cual anhela mi boda con don Casimiro. Pero lo singular es que ha entrado en mi alma, en estos dias, un sentimiento tan hondo de humildad, que hasta de D. Casimiro me hallo indigna. A solas conmigo he penetrado en el fondo de mi conciencia y me he perdido allí en abismos tenebrosos. Cuando mi madre, que es buena y me ama, encuentra en mí no sé qué levadura, no sé qué gérmen de perversion, no sé qué mancha más negra del pecado original que en las demas criaturas, razon tendrá mi madre. Sí, Lucía; quizás en este pecho mio, en apariencia tranquilo, bajo la inocencia y superficial sencillez de mis pocos años, van adquiriendo ya sér y vida vehementes y malas pasiones, como nido de víboras bajo apiñadas rosas. Lo conozco; mi madre tiem-

bla por mí; recela de mi porvenir y tiene razon. Yo me examino, me estudio y me asusto. Descubro en mí la propension, difícil de resistir, á todo lo malo. Veo mi maldad nativa y mi inclinacion al pecado por instinto. ¿Cómo comprender de otra suerte que yo, educada con tanto recogimiento y en tan santa ignorancia de las cosas del mundo, haya tenido la diabólica malicia de ponerme en relaciones con D. Cárlos, de hacerle creer que le amaba, mirándole sólo (figúrate con qué perversidad le miraria), y de atraerle hasta aquí, obligándole á que me siguiera, y todo con tan infernal disimulo, que mi madre nada sabe? Todavía, si es posible, hay en mí algo peor. Lo noto, lo percibo y no sé, ni quiero, ni me atrevo á examinarlo. Lo que sí te declararé es que para mí el mundo ha de ser más peligroso que para otras mujeres, por naturaleza mejores. Lo que no hay en mí por naturaleza debo pedirlo por gracia al cielo. En él cifro mi esperanza. Procede, pues, que yo me aparte del mundo y busque el favor del cielo. Ya sabes tú cuánto he repugnado hasta aquí entrar en religion. No me juzgaba merecedora de ser esposa de Cristo. En esto no he variado, sino para juzgarme áun ménos merecedora. En lo que sí he variado es en reconocer que por mala que sea una persona, jamas debe desesperar de la bondad de Dios. Su divina Majestad, si hago una vida santa,

si me arrepiento, si me mortifico durante el noviciado, me dará fuerzas y merecimientos despues para tomar el velo, sin que sea insolente audacia tomarle. Nada he dicho aún á nadie de esta reciente resolucion; pero estoy decidida. Hablaré de esto al padre Jacinto para que él hable á mi madre, la convenza de que me conviene y quiero ser monja, y en vista de mi resolucion desengañe á D. Casimiro. Desengaña tú, desde luégo, al infeliz D. Cárlos. No te niego que le he querido, que le quiero aún; pero no se lo digas. Dile que quiero á otro, que en mi corazon hay un inmenso vacío, donde reinan pavorosas tinieblas. No basta don Cárlos á llenar ni á iluminar este vacío, y si Dios no le llena y le ilumina, me moriré de miedo, y lo ménos doloroso que ocurrirá será que le llene mi perturbada imaginacion con espectros horribles, que surgen de mi atribulada conciencia. Adios.»

XX.

La lectura de escrito tan melancólico aguó el contento del paseo del Comendador y de su sobrina. Apénas se hablaron ya hasta volver á casa.

Aquella crísis repentina del alma de Clara puso á D. Fadrique taciturno.

Las ideas que acudian á su mente no eran para reveladas á su sobrina.

Pensaba el Comendador que el perpétuo roce del espíritu de doña Blanca con el de su hija; que la presion que ejercia en aquella jóven de diez y seis años el severo y atrabiliario carácter de su madre, y que los terrores de que habia cargado su conciencia, tenian á la pobre Clara en un estado de ánimo no muy distante del delirio. La carta á Lucía era la señal alarmante que Clara daba de aquel estado.

El Comendador, empero, aunque lleno de zozobra, decidió no intervenir aún en nada. La resolucion de la crísis podia ser favorable si él no intervenia. Su intervencion podia hacerla más peligrosa.

La sinceridad de Clara era evidente. De súbito, sin que el padre Jacinto, ni nadie, se lo inspirase, habia cambiado de propósito y se hallaba resuelta á ser monja. Harto se comprende que para las creencias del Comendador esta resolucion era funesta; pero en virtud de esta resolucion era casi seguro que D. Casimiro sería despedido. Iba á eliminarse un obstáculo; iba á descartarse un adversario.

Don Fadrique determinó, pues, aguardar con calma, sin dejar de estar á la mira.

Al mismo padre Jacinto no le insinuó ningun aviso que pudiera servirle de regla de conducta. Se fió, por completo, de su buen natural, y le dejó seguir libremente sus propias inspiraciones.

La prudencia del Comendador se vió coronada del éxito al cabo de pocos dias.

Doña Blanca, persuadida de que la súbita vocacion de su hija era sincera y profunda, tuvo con D. Casimiro una conversacion muy afectuosa y grave, y le dió sus pasaportes.

El padre Jacinto ponderó el fervor de Clara y animó á doña Blanca para que á la mayor brevedad la dejase entrar de novicia en un convento de carmelitas descalzas que en la ciudad habia.

Don Valentin se avino á todo sin chistar.

Clarita hubiera, pues, entrado en seguida en el convento, como lo deseaba y lo pedia; pero la crísis de su alma habia influido poderosamente sobre su hermoso cuerpo. Sus ojeras eran más oscuras y extensas que de ordinario; habia adelgazado mucho; la palidez de su rostro hubiera inspirado miedo, si su rostro no hubiera sido tan hermoso; su distraccion y su embebecimiento parecian á veces más propios de un sér del otro mundo que de una criatura de éste; y en su andar vacilante y en el brillo momentáneo de sus ojos, seguido siempre del prolongado adormecimiento de tan divinas luces, habia como un mal

agüero, como un anuncio fatídico, que no pudo ménos de perturbar la férrea conciencia de doña Blanca, de doblegar bastante su inflexibilidad, y de aterrarla por último.

Las causas del cambio de Clara eran vagas y confusas; pero doña Blanca reconocia que de su modo de educar á Clara, de su involuntario y tenaz prurito de mortificarla y asustarla con los peligros del mundo y con su propia condicion de pecadora, y de aquel duro yugo que desde la infancia habia hecho pesar sobre la conciencia de su infeliz hija, provenia en gran parte la situacion en que se hallaba. El motivo, ó mejor dicho, la ocasion de exacerbarse el mal y de aparecer de repente con tan medrosos síntomas era para todos un misterio. Esto no obstaba para que doña Blanca empezase á temer que pudiera caer sobre ella el crímen de infanticidio por esquivar el delito de hurto.

Doña Blanca procedió, pues, con inusitada blandura y exquisita prudencia, pero sin desmentir su carácter y sin faltar á su más importante propósito.

No contenta con estar persuadida de la firme resolucion que tenía Clara de tomar el velo, hízola prometer que profesaria. Y esto de suerte que la promesa no pareció arrancada por instigacion de doña Blanca, sino á su despecho. Así se

aseguraba doña Blanca de que su hija, renunciando al mundo, renunciaria á los bienes de don Valentin y no podria trasmitirlos á nadie.

Pero doña Blanca no queria matar á su hija. Atormentábase préviamente con el remordimiento de que fuera al claustro desesperada y herida de muerte. Deseaba verla profesar, pero alegre, lozana, llena de vida; no apareciendo como una víctima, sino con el deleite, el gozo y la satisfaccion de una esposa que vuela á los brazos de su gallardo y feliz prometido.

A fin de lograr que las cosas fueran así, doña Blanca puso á un lado su constante severidad: empezó á tratar á Clara hasta con mimo; y, anhelante de que recobrase la alegría y la salud, rompió el entredicho; abrió las puertas de su casa para Lucía, y consintió en que Clara volviese á salir con ella de paseo, áun á pesar del Comendador.

Doña Blanca, no obstante, ántes de dar este permiso, preparó á su hija contra D. Fadrique, pintándosele como un monstruo de impiedad y de infamia, y recomendándole mucho que hablase con él lo ménos posible.

Doña Blanca, entre tanto, se propuso seguir encastillada en su caseron, sin ver á nadie más que al padre Jacinto, y á Lucía, si acaso.

XXI.

El destino de D. Casimiro es el más extraño y caprichoso entre los de cuantos personajes figuran en esta historia. En el tejido de su vida habia puesto él un órden envidiable, y gastado poquísimo. Así es que, por más que D. Casimiro distase mucho de ser un águila en nada, habia atinado á darse tan buena traza, con economía y juicio, que era un señor acaudalado para lo que entónces se usaba en Villabermeja. Esto se lo debia á sí mismo, y de ello podia estar con razon y estaba orgulloso. Lo que debió á la casualidad, á un conjunto de hechos para él inexplicables, fué el momentáneo encumbramiento á novio de su linda y rica sobrina la señorita doña Clara.

Con cincuenta y seis años de edad, no pocos padecimientos y la facha que ya hemos descrito, D. Casimiro mismo, á pesar de su amor propio, que no era flojo, habia hallado, allá en el centro de su conciencia, un si es no es inverosímil que le quisiesen casar con aquel pimpollo. El amor propio, no obstante, es ingeniosísimo, estando casi siempre su ingenio en razon inversa del in-

genio de las personas; por donde D. Casimiro imaginó pronto que en su alma habia de haber tan escondidos tesoros de bondad y de belleza, y que en sus modales y porte habian de trascender tal distincion hidalga y tal elegancia ingénita, que, descubierto todo por los ojos zahoríes de doña Blanca, bastó y sobró para que ella ansiase tener á D. Casimiro por yerno. Don Casimiro, pues, desde que empezó á ser novio de Clara, se puso más orondo y satisfecho que ántes.

Terrible fué el desengaño cuando doña Blanca le despidió. El enojo interior de D. Casimiro no fué ménos terrible; pero él era encogido y muy torpe para expresarse; doña Blanca hablaba bien y con autoridad é imperio, y el Sr. D. Casimiro se tragó su enojo, y recibió los pasaportes, hecho manso cordero.

Como sucede á todas las personas débiles y soberbias á la par, la ira de D. Casimiro se fué aglomerando despues y poco á poco en el corazon, cuando se detuvo á considerar el chasco que se le daba y el desaire grandísimo que se le hacía.

Cierto que el rival por quien Clara le dejaba era Dios mismo; pero D. Casimiro no se aplacaba con esto.

—¿Si querrá ser monja, decia, para no casarse conmigo? Valiera más haberlo pensado con tiem-

po y no ponerme en ridículo ahora. Sin duda que para mí es ménos cruel que me deje por tan santo motivo que no que me deje para casarse con otro mortal. Yo no hubiera consentido esto último. Nos hubieran oido los sordos. Yo hubiera tenido un lance con mi rival. Pero ¿ contra Dios qué he de hacer?

Don Casimiro se consolaba algo con la imposibilidad de tener un lance con Dios, y hasta con la obligacion piadosa en que se veia de resignarse.

Su encono contra doña Blanca y contra Clarita no se mitigaba, á pesar de todo. No habia quedado perro ni gato , en diez leguas á la redonda, á quien D. Casimiro no hubiera dado parte de su ventura. Ahora, su caida y su desventura debian de ser é iban siendo no ménos sonadas, y, por desgracia, harto más aplaudidas.

La vanidad del hidalgo bermejino recibia desaforados golpes. Pero ¿ cómo vengarse?

— La venganza es el placer de los dioses, exclamaba á sus solas el dicho hidalgo ; pero decididamente yo no soy un dios. ¿ Qué me conviene hacer? Es refran frailuno, y muy discreto, que *la injuria que no ha de ser bien vengada ha de ser bien disimulada.* Disimulemos, pues. Tambien hay otro refran que reza : *Cachaza y mala intencion.* Sigamos lo que prescriben dichos re-

franes. Lo primero que me importa es dejar ver que no me afligen los desdenes de Clarita. Si ella no me quiere, otra que vale tanto como ella, más que ella, estoy seguro de que me querrá. Voy á volver á pretender á Nicolasa. No es rica, pero es mejor moza que Clarita.

Sin desistir, por consiguiente, de vengarse si se presentaba ocasion cómoda para ello, D. Casimiro resolvió enamorar estrepitosamente á Nicolasa, esperando que así daria picon á la futura carmelita, ó probaria al ménos que tenía por amiga una mujer de mucho mérito.

Nicolasa, en efecto, lo era. Hija del tio Gorico y de su primera mujer, alcanzaba fama en casi toda la provincia por su singular hermosura, discrecion y rumbo. Caballeros, ricos hacendados y hasta usías ó señores de título, ménos comunes entónces que ahora, habian suspirado en balde por Nicolasa, la cual, con modesta dignidad, habia respondido siempre en prosa aquello que dice en verso cierta dama de una antigua comedia nada ménos que al Rey:

> Para vuestra dama, mucho;
> Para vuestra esposa, poco.

Nicolasa excitaba y provocaba con sus risas, con sus ojeadas lánguidas y con su libertad y

desenvoltura. Los hombres se prendaban de ella, la perseguian y se llenaban de esperanzas; pero, no bien querian propasarse para que se lograsen, Nicolasa se revestia de gravedad y entono, propios de la mejor heroína de Calderon, hablaba de la inestimable joya de su castidad y limpísima honra, y ponia á raya todo atrevimiento, todo desman y todo propósito amoroso algo positivo que no llevasen por delante al padre cura.

Nicolasa habia heredado de su madre ciertas prendas que valen más que los bienes de fortuna, porque los conservan, si los hay, y suelen proporcionarlos, si no los hay. Tenía dón de mando y dón de gentes, extraordinaria energía de voluntad y perseverancia en sus planes. Se habia propuesto ó ser una señorona principal ó quedarse para vestir imágenes, y, sirviéndole esto de pauta, ajustaba á ella todos los actos de su vida.

Aunque el tio Gorico habia contraido segundas nupcias, y Nicolasa tuvo madrastra en vez de madre casi desde la infancia, léjos de contribuir esto á que se criase con ménos mimo, habia ocasionado lo contrario. La madre de Nicolasa habia sido tremenda, dominante, feroz; una doña Blanca á lo rústico; miéntras que Juana, la segunda mujer del tio Gorico, era la propia dulzura, sometida siempre á su marido, quien á su vez no hacía más que lo que á Nicolasa se le ocurria.

Nicolasa lo podia y mandaba todo en casa de su padre, ménos impedir que el tio Gorico dejase de beber bebida blanca.

Los preliminares amorosos de Nicolasa, que estaba entre los veinte y los treinta años de su edad, habian sido ya innumerables. Todos sus amores habian muerto al nacer. A los pretendientes encopetados los habia Nicolasa despedido, apelando al cura. A los pretendientes de su clase los habia desdeñado cuando ya llegaban á lo serio y hablaban del cura ellos mismos.

Nicolasa, no obstante, como todas las mujeres frias, pensadoras y traviesas, habia sabido retener en sus redes, en este crepúsculo de amor, que califican de platónico, á varios suspiradores perpétuos, de los que llaman en Italia *patitos*. Uno, sobre todo, pudiera servir de ejemplo portentoso por su pertinacia, resignacion y fervor en las incesantes adoraciones. Tal era el hijo del maestro herrador, Tomasuelo.

Desde los diez y siete hasta los veinte y cinco años que ya tenía, estaba como en cautiverio agri-dulce. Jamas Nicolasa le dijo que le amaba de amor, y jamas le quitó la esperanza de que tal vez un dia podria amarle. En cambio, le declaraba de contínuo que le amaba más de amistad que á ningun otro sér humano; y cuando le declaraba esto, se le veia al chico hasta la última muela,

sentia una beatitud soberana, y daba por bien empleados sus, para otras cosas, inútiles y perennes suspiros.

Y no se crea que Tomasuelo era canijo, ruin y tonto. Tomasuelo era listo, despejado y fuerte; el mozo más guapo del lugar; pero Nicolasa le habia hechizado. Con un rayo de luz de sus ojos podia darle una dósis de aparente bienaventuranza que le durase una semana. Con una palabra sola podia hacerle llorar como si fuese un niño de cuatro años.

Las cadenas en que Tomasuelo gemia y gozaba á la vez de verse cautivo, estaban suavizadas para el mozo, y en cierto modo justificadas para el público, con notable habilidad y profundo instinto. Tomasuelo podia entrar cuando se le antojaba en casa del tio Gorico, ver á Nicolasa, requebrarla, mirarla con amor, acompañarla cuando salia; en suma, servirla y cuidarla, sin que nadie fuese osado á censurar lo más mínimo. Aunque entre Nicolasa y el hijo del herrador no habia el más remoto grado de parentesco, Nicolasa habia preconizado á Tomasuelo por su hermano. Dios naturalmente no le habia dado objeto en quien poner amor fraternal; pero ella, que sentia con viveza y hondura este amor, se proporcionó á Tomasuelo para consagrársele. Con frases sencillas y con ánimo imperturbable, Ni-

colasa explicaba de esta manera sus extrañas relaciones con Tomasuelo; y, como Tomasuelo hacía gala de su adoracion espiritual y se lamentaba resignado de no ser querido de otra suerte, todos en el lugar, léjos de censurar, se maravillaban de aquel purísimo y angélico lazo que estrechaba así dos almas.

Cuanto pretendiente se acercaba á Nicolasa era respetado por Tomasuelo, quien no le ponia el menor estorbo, durante los preliminares ó coqueteos; pero si más tarde se extralimitaba y dejaba ver que venía con mal fin, ya podia temer el enojo y las pesadas manos de aquel hermano adoptivo, celoso de la honra de su familia. Asimismo Tomasuelo se ponia zahareño y poco agradable en su trato con todo aquel rival que por cualquiera causa era despedido definitivamente y seguia importunando.

Don Casimiro habia estado, ántes del noviazgo con Clara, en un largo período de coqueteo con Nicolasa, la cual, con exquisita circunspeccion, habia sabido ir templando y moderando la máquina de los afectos, á fin de no precipitar al hidalgo en declaraciones y demostraciones tales, que no tuviesen ya más salida que la de ponerle en la disyuntiva de prometer boda ó de abandonar la empresa. Gracias á esta conducta, que pasa de hábil y raya en primorosa, D. Casimiro no habia sido

despedido; sus amores con Nicolasa habian sido como aurora, como amanecer poético de un dia, que no llegó por haberse interpuesto el compromiso con Clarita. Roto ya este compromiso, don Casimiro pudo volver, prévio el perdon de su inconsecuencia, pedido con humildad y concedido magnánimamente, al mismo punto en que lo habia dejado: al amanecer; á la aurora.

Las cosas estaban dispuestas con tal arte, que, en lugar de escamarse un pretendiente con Tomasuelo, lo primero que tenía que hacer era como impetrar el beneplácito de aquel espiritual hermano, tan celoso, vigilante é interesado en el bien de su hermanita. Don Casimiro obtuvo la confianza y vénia de Tomasuelo, y lo consideró buena señal.

Abandonada la ciudad, y vuelto D. Casimiro á sus reales de Villabermeja, se puso á galantear á Nicolasa con la imprudencia y el ímpetu del despechado. Ella era harto discreta para no conocer que entónces ó nunca: que la fortuna le presentaba el copete y que importaba asirle. Don Casimiro buscaba en Nicolasa refugio y compensacion contra el desden de Clarita. Don Casimiro estaba en su poder.

Nicolasa provocó la declaracion séria y definitiva. Hecha ésta, planteó los dos términos del fatal dilema: ó promesa formal de casamiento, ó despedida y nuevas calabazas ruidosas. Don

Casimiro no pudo resistir y prometió casarse.

Espantoso dia de prueba fué aquel en que supo este triunfo el platónico Tomasuelo. Hasta entónces no habia tenido rival que fuese más dichoso que él. Ya le tenía. La amargura de los celos le acibaró el corazon: las lágrimas brotaron en abundancia de sus ojos.

Cuando vió á solas á Nicolasa, con los ojos encarnados de llorar y con voz trémula le dijo:

—¿Con que, cedes al amor de D. Casimiro? ¿Con que, vas á casarte? ¿Con que, me matas?

—Calla, tontito mio, contestó ella. ¿A qué vienen esas quejas? ¿Te he engañado yo jamas?

—No; no me has engañado.

—¿Querias que dejase pasar tan buena proporcion de ser señora principal y millonaria? ¿Tan mal me quieres, egoista?

—No porque te quiero mal, sino porque te quiero á manta, lo siento y lo lloro.

Y Tomasuelo lloraba en efecto.

—Anda, no llores, majadero. ¡Si vieses qué feo te pones! ¿Quién ha visto llorar á un hombron como un castillo?

—Pero ¡si no puedo remediarlo!

—Sí puedes: haz un esfuerzo, ten valor y sosiégate. Ten en cuenta que, de aquí adelante, no sólo hallarás en mí á una hermana, sino á una madrina y á una protectora muy pudiente.

—¿Y á mí qué se me da todo eso? Nada. Lo que yo codiciaba era tu cariño.

—¿Y no le tienes como ántes, ingrato? Pues qué, ¿los buenos hermanitos dejan de amarse aunque se case uno de ellos?

—No seas tramoyona, no me aturrulles. Ya sabes tú que la ley que yo te tengo no puede sufrir.....

—Vamos, vamos: déjate de niñerías. ¿Quién crees tú que ocupa y llena el lugar más bonito, principal y escondido de mi corazon? Tú. Mi alma es tuya. Te la dí toda con el amor que en ella se cria; con afecto de hermana. ¿Qué sombra puede hacerte que sea yo la mujer legítima de don Casimiro? ¿Por eso hemos de dejar de querernos como hasta aquí, más que hasta aquí? Nos querrémos cuanto tú quieras y cuanto sea posible quererse, sin ofender á Dios. ¿Supongo que tú no querrás ofender á Dios? Contesta.

—No, mujer: ¿cómo he de querer yo ofender á Dios? Pues qué, ¿no soy buen cristiano?

—Lo eres. Es una de las partes que más aprecio en tí. Por eso confio en que pienses que voy á ser esposa de otro y no desees nada. Sólo el deseo es ya pecado. Acuérdate de los Mandamientos.

—Oye, ¿y está en mi poder no desear?

—Sí. Cállate; no digas nada á nadie, ni á tí

mismo, cuando desees, y el silencio matará el deseo.

—Me matará á mí ántes.

Tomasuelo lloró más fuerte que nunca. Las lágrimas caian á modo de lluvia, acompañadas por tempestad de sollozos.

—¡Por vida de los hombres endebles! exclamó Nicolasa. ¿Qué locura es ésta? Cálmate por Dios y ten pecho ancho.

Nicolasa, con suma blandura, enjugó las lágrimas del mozo con el propio pañuelo de ella; luégo le dió tres ó cuatro palmaditas en el grueso y robusto cogote; luégo le hizo unas cuantas muecas como remedando la desconsolada cara que ponia; y, por último, le pegó un afectuoso y archi-familiar tiron de las narices.

Tomasuelo no supo resistir á tanto favor y regalo. Como rayos de sol entre nubes, la alegría y la satisfaccion aparecieron en sus ojos á traves de las lágrimas. La boca de Tomasuelo se abrió, enseñando la blanca, completa y sana dentadura. No pudo sonreir, porque se quedó boqui-abierto y como traspuesto.

Nicolasa entónces repitió los cogotazos; añadió, al tiron de las narices, unos cuantos tirones de las orejas, y Tomasuelo pensó que se le llevaban al paraíso y que era el más feliz de los mortales.

En esta situacion de ánimo convino en que Ni-

colasa debia casarse con D. Casimiro; en que él debia seguir siendo su hermano, sin pensar, ó sin decir al ménos que pensaba en otra cosa; y concibió con claridad, más que por el discurso y las razones, por los blandos cogotazos y por los tirones de orejas, toda la suavidad, hechizo, consistencia y deleite del amor espiritual que á Nicolasa le ligaba.

Así venció Nicolasa los obstáculos todos y aseguró su proyectada boda con D. Casimiro.

La fama difundió al punto la noticia por toda Villabermeja: salvó luégo su término y la llevó á la ciudad, y á los oidos del Comendador, de su familia y de los señores de Solis.

El Comendador habia sido visitado por D. Casimiro y le habia pagado la visita. No se habian hallado en casa y no se habian visto. La frialdad de sus relaciones no hacía necesario más frecuente trato.

No bien supo el Comendador el resuelto proyecto de boda entre D. Casimiro y Nicolasa, fué á Villabermeja, visitó á la chacha Ramoncica y tuvo una larga conferencia con ella, de cuyo objeto se enterará más tarde el curioso lector. Despues de esto se volvió á la ciudad D. Fadrique.

XXII.

Clara habia vuelto á salir de paseo con Lucía y acompañada del Comendador y de doña Antonia, pero Clara estaba cambiada.

Su palidez y su debilidad eran para inspirar serios temores. Su distraccion contínua asustaba tambien al Comendador. Cuando éste le dirigia la palabra, Clara se estremecia como si la sacasen de un sueño, como si cortasen el vuelo remontado de su espíritu y le hiciesen caer de pronto del cielo á la tierra, á modo de pajarillo herido por el plomo allá en lo sumo del aire.

A pesar de la benignidad y dulce condicion de Clara, D. Fadrique advertia con pena que aquella linda criatura esquivaba su conversacion ; casi no le respondia sino con monosílabos, y hasta procuraba que él no le hablase.

Con Lucía era Clara más expansiva, y Lucía seguia siéndolo siempre con el Comendador. Por medio, pues, de Lucía penetraba aún el Comendador en el espíritu de aquel sér querido y comunicaba algo con él.

Las nuevas que Lucía le daba eran en sustan-

cia siempre las mismas, si bien más inquietantes cada vez.

—No lo comprendo, tio, decia Lucía; pero á veces me doy á cavilar que á Clara le han dado un bebedizo. ¡Tiene unos terrores tan inmotivados! ¡Siente unos remordimientos tan fuera de razon!..... No sé qué sea ello. Doña Blanca le ha puesto tan feroces escrúpulos en el alma, le ha hecho recelar tanto de su apasionada natural condicion..... que la infeliz se cree un monstruo, y es un ángel. Tal vez imagina que la persiguen las furias del infierno, los enemigos del alma, una legion entera de diablos, y entónces no se considera en salvo sino acogiéndose al pié del altar. Es menester que avisemos á D. Cárlos que venga pronto, á ver si liberta á Clara de este género de locura.

El Comendador y Lucía escribieron con la misma fecha á D. Carlos de Atienza, participándole la novedad de la despedida de D. Casimiro, de la resolucion de Clara de retirarse á un convento y del estado poco satisfactorio de su salud. Don Cárlos partió desatentado de Sevilla, y estuvo en la ciudad á poco.

Con el mismo recato y disimulo de siempre don Cárlos volvió á ver á Clara en los paseos que ésta daba con Lucía; pero la delicada salud de Clara le llenó de desconsuelo. Y más aún, si cabe, le

atormentó y afligió el ver á Clara esquiva, tímida como nunca, apartándose de él y no queriendo apénas hablarle, aunque mirándole á veces con involuntarias amorosas miradas, que se conocia que ella dejaba escapar á su despecho, y con las cuales, más que amor, reclamaba piedad, conmiseracion y hasta perdon por su inconsecuencia de dejarle, de haber alentado sus esperanzas, y de matarlas ahora entrando en el claustro.

La desesperacion de D. Cárlos de Atienza llegó á su colmo. Con no poca amargura echaba la culpa de todo al Comendador.

—Para esto, decia, me obligó V. á que me ausentase. En esto han parado las promesas de arreglarlo todo en ménos de un mes: en que Clara se me esté muriendo, y en que ademas haya dejado de amarme y quiera ser monja; en que acabe por tomar el velo..... y luégo la mortaja. Pero yo me moriré tambien. Yo no quiero sobrevivir. Me mataré, si no me muero.

El Comendador no sabía qué responder á tales quejas. Procuraba consolar á D. Cárlos, que le juzgaba indiferente y extraño; que ignoraba que él tenía mayor necesidad de consuelo.

Iba D. Fadrique á buscarle en el padre Jacinto. Iba asimismo á buscar en él alguna luz sobre aquel misterio; pero ¡caso extraño! el padre Jacinto, todo franqueza y jovialidad ántes, se habia

vuelto muy grave, muy misterioso y muy callado.

Don Fadrique entrevia, no obstante, que el padre Jacinto aprobaba la resolucion de Clara de ser monja. Esto le ponia fuera de sí, y á veces estaba á punto de romper con el padre Jacinto y de mirarle como á amigo desleal ó como á fanático sin entrañas.

Con todo, en medio de sus tribulaciones el Comendador se reportaba y no perdia la calma. Habia tomado sus medidas. Su conducta estaba prescrita y determinada con firmeza, y aguardaba sereno el resultado.

Este no tardó mucho en venir.

Era muy de mañana cuando trajo un criado desde Villabermeja una carta para D. Fadrique. Don Fadrique la leyó rápidamente, estando en la cama aún. Se levantó á escape, se vistió y se fué al convento de Santo Domingo en busca de su maestro.

El Padre acababa de levantarse y recibió á don Fadrique en su celda. Sentados ambos, como en la otra celda de Villabermeja, hablaron de este modo.

XXIII.

—Padre Jacinto, dijo el Comendador con aire de jubiloso triunfo; Clara es libre ya. No es menester que se case con D. Casimiro ni que sea monja.

—¿Cómo es eso, hijo mio?

—He dado por ella una suma igual á todo el caudal de D. Valentin.

—¿A quién?

—A D. Casimiro.

—¿Y con qué razon? ¿Con qué pretexto ha podido aceptarla?

—La ha aceptado con una razon que promete callar; por un motivo secreto.

—¡Válgame Dios, hijo mio! ¡Qué delirio! ¡Qué sacrificio inútil! Y dime..... ese motivo secreto..... ¡Confiar así á D. Casimiro la honra de una familia ilustre!.....

—Yo no le he confiado nada.

—¿Pues de qué medio te has valido?

—De una mentira; pero mentira indispensable y con la cual nadie pierde.

—¿Puedo saber esa mentira?

—Todo lo va V. á saber.

El Padre prestó la mayor atencion. Don Fadrique prosiguió diciendo :

—De sobra sabe V. que Paca, la primera mujer del tio Gorico, fué una mala pécora.

—Es evidente. Dios la haya perdonado.

—La buena reputacion de Paca no tiene nada que perder.

—Absolutamente nada.

—Pues bien. Hay la feliz coincidencia de que Nicolasa nació pocos meses despues de mi ida de Villabermeja, cuando estuve allí de vuelta de la Habana.

—¿Y qué?

—He hecho creer primero á la chacha Ramoncica, con el mayor sigilo, que Nicolasa es hija mia. Le he dicho que un deber imperioso de conciencia me obligaba á dotarla, ahora, que ella se va á casar. La chacha entiende poco de números. Se ha espantado, no obstante, de la enorme cantidad que yo queria dar por dote; pero la he echado de espléndido y me he supuesto más rico de lo que soy. A las observaciones que la chacha me ha hecho, he respondido que mi resolucion era irrevocable. He persuadido, por último, á la chacha de que no conviene que Nicolasa sepa los lazos que á ella me unen y que es más delicado y honesto que lo sepa sólo el sujeto que va á

ser su marido. He logrado, pues, que la chacha se encargue de persuadir á D. Casimiro á que tome lo que libre, aunque misteriosamente, quiero dar y doy á su futura. No creo que la chacha haya tenido que hacer grandes gastos de elocuencia para convencer á D. Casimiro de que debe aceptar. Don Casimiro me ha escrito esta carta, donde me dice que acepta, me colma de elogios por mi generosidad, y me promete callar el motivo de la donacion que le hago, y la misma donacion, hasta donde sea posible.

El padre Jacinto leyó la carta que le entregó D. Fadrique. Luégo sacó éste del bolsillo un paquete de papeles. Le puso sobre la mesa y dijo:

—Aquí están los papeles todos que se requieren para formalizar la donacion, la cual deseo que se lleve á feliz término por medio de usted. Este es el poder más ámplio, otorgado ante un escribano de esta ciudad, para que V. disponga, venda, enajene y haga lo que convenga con todo cuanto me pertenece. Estas son las cartas á los banqueros que tienen fondos mios, poniéndolos todos á la órden de usted. Esta, por último, es la lista, inventario, cuenta ó como quiera llamarse, de lo que en poder de dichos banqueros tengo hasta ahora; y esta otra es la cuenta de lo que valen los bienes de D. Valentin, justipreciados por peritos. Escasamente llegará lo mio á cubrir el im-

porte de lo que disfruta dicho señor, pero usted sabe que poseo algunas finquillas, y, si fuere menester, supliré la falta. Querido maestro, usted va á ser ejecutor fiel y pronto de mi decidida voluntad, de la cual pretendo que dé V. noticia y testimonio á doña Blanca, exigiéndole en cambio de mi parte la libertad de mi hija. Y digo exigiéndole la libertad de mi hija, porque si no le da libertad, si no procura quitarle de la cabeza tanto insano delirio, si no determina curarla de la mortal enfermedad de alma y de cuerpo, que su orgullo, su fanatismo y sus remordimientos, mil veces más odiosos que el pecado, han hecho nacer, yo me he de vengar, dando el más insolente escándalo que se ha dado jamas en el mundo. Espero que aceptará V. gustoso mi encargo.

—Le acepto, respondió el Padre; mas no sin condiciones. Yo no he de ser el instrumento de tu ruina, si tu ruina es inútil.

—¿Y por qué inútil?

—Porque Clara, á mi ver, no desistirá ya de tomar el velo.

—¿Cómo que no desistirá? Sobre Clara pesa el yugo férreo de su madre. Quitémosle ese yugo, y Clara volverá á vivir, y volverá á amar á su gallardo estudiante, y se casará con él, y será dichosa.

—Lo dudo.

—Yo no lo dudo. Lo que no me explico es cómo se ha vuelto V. tan tétrico.

—Me parece que es ya tarde, dijo el padre Jacinto, suspirando.

—Voto al mismo Satanás, replicó D. Fadrique; no es tarde aún, si la dicha es buena. Vaya usted hoy mismo á ver á doña Blanca. Infórmela de todo. Convénzala de que es libre Clara; de que los bienes que de D. Valentin ha de heredar están ya pagados. Sepa doña Blanca que yo rescato misteriosamente á nuestra hija. Sepa tambien que si no admite el rescate, romperé todo freno; lo diré todo; seré capaz de una villanía; la deshonraré en público; leeré á D. Valentin cartas que áun de ella conservo; haré doscientas mil barbaridades.

—Vamos, hombre, modérate. En seguida iré á hablar con doña Blanca. Ella es madrugadora. Estará ya de punta y me recibirá. Aguárdame en tu casa, y allá acudiré á referirte mi entrevista.

—En casa aguardaré á V. Apresúrese, Padre, porque estoy devorado por la impaciencia.

Dicho esto, el fraile y D. Fadrique se levantaron y salieron juntos de la celda á la calle, por la cual caminaron en silencio, hasta que el uno entró en casa de su hermano y el otro en casa de doña Blanca Roldan.

Dando paseos por su estancia, despidiendo de-

sabridamente á la curiosa Lucía, que asomó la rubia cabeza á la puerta, y preguntó, como de costumbre, qué habia de nuevo, y lleno todo de agitacion, esperó don Fadrique más de hora y media.

El fraile llegó al cabo; pero, ántes de que abriese los labios, columbró D. Fadrique, en lo melancólico que venía, que era portador de malas nuevas.

No bien entrado el fraile, cerró la puerta con llave el Comendador, para que nadie viniese á interrumpirlos, y en voz baja dijo, miéntras él y su maestro tomaban asiento:

—Cuente V. lo que ha pasado. No me oculte nada.

—Hablaré en resúmen, porque ha sido larga la discusion. Doña Blanca ha celebrado tu generosidad. Dice que no atina á comprender cómo un impío es capaz de accion tan noble. Supone que es obra del orgullo; pero al fin la celebra. Mas no por eso te excita á que consumes el sacrificio. Afirma que será inútil, y te ruega que no le hagas. Doña Blanca considera que su hija tiene hoy una verdadera vocacion; que Dios la llama á ser su esposa; que Dios la quiere apartar de los peligros del mundo; que Dios quiere salvarla; y que ella no puede, sin gravísima culpa, retraer ahora á su hija de tan santos propósitos.

—¡Hipocresía! ¡Refinamiento de maldad! interrumpió D. Fadrique. ¿Y V. no la ha amenazado con mi venganza? ¿No le ha dicho V. que estoy determinado á todo; que le arrancaré la máscara; que se acordará de mí; que la burla que de mí hace no quedará sin afrentoso castigo?

—Se lo he dicho todo; pero doña Blanca ha contestado que, si bien te cree un hombre sin religion, todavía te tiene por caballero, y que no teme de tí esas villanas é infames acciones con que en tu rabia la amenazas. Añade, no obstante, que, áun cuando se engañase, áun cuando tú te olvidases de la honra y te vengases así, lo sufriria todo ántes de disuadir á su hija contra lo que la conciencia le dicta.

—Esa mujer está loca, padre Jacinto. Esa mujer está loca, y creo que su locura es contagiosa; que á Clara y á V. los tiene ya enloquecidos, y que falta poco para que yo tambien lo esté. Pero, lo juro por mi honor, por Dios, por lo más sagrado; mi locura será de muy diversa índole. Soñará con mi locura. Pues qué, ¿imagina que soy yo un segundo D. Valentin? ¿Piensa que me someteré á sus monstruosos caprichos? ¿Entiende que soy necio y que voy á creer lo que á ella se le antoje hacerme creer? Clara tiene trastornada la cabeza, y por eso quiere ser monja de repente. ¿Qué vocacion ha de tener, cuando me consta que estaba,

que está aún, enamorada de ese muchacho rondeño, con quien podria ser felicísima? Aquí hay algun misterio abominable. Algo se ha hecho para infundir el delirio en Clara y perturbar su natural despejo. Yo ni puedo, ni quiero, ni debo consentir extravagancias tan criminales. ¿No comprende esa mujer de Satanás que la educacion que ha dado á su hija, que esos terrores que le ha infundido son como un veneno? ¿Quiere saciar el ódio que me tiene, asesinando á su hija, porque tambien es mi hija?

—Comendador, ten sangre fria; mira que te engañas. Mira que Clara no siente hoy la vocacion religiosa por causa de su madre.

—Me importa poco que sea hoy ó ayer cuando su madre le ha dado la ponzoña. El corazon me dice que las rarezas, que los extravíos de Clara provienen del tormento espiritual que le está dando su madre desde que la niña tiene uso de razon. Esto es menester que acabe. Si Clara, cuando esté en completa tranquilidad y serenidad de espíritu, sanos su cuerpo y su alma, persiste en ser monja, que lo sea; yo no me opondré. Mi sacrificio habrá sido inútil. No exhalaré una queja. Que disfrute de todos mis bienes D. Casimiro. Pero miéntras Clara esté enferma, casi fuera de sí, con una especie de fiebre contínua, no he de sufrir que se tome ese estado febril por éxtasis místico, y esos

ataques nerviosos por llamamientos del cielo. Es mi hija, voto á quince mil demonios, y no quiero que me la maten. Ahora mismo voy á ver á doña Blanca. Romperé la consigna para entrar. Romperé la cabeza á quien quiera oponerse á mi entrada. Si no la veo y la hablo, estallo como una bomba. No me detenga V., padre Jacinto. Déjeme V. salir.

El Comendador habia abierto la puerta, se habia puesto el sombrero, y forcejeaba por salir con el padre Jacinto, que procuraba detenerle.

—Quien está desatinado eres tú, decia el Padre. ¿A dónde vas? ¿No calculas el escándalo de lo que te propones hacer?

—Déjeme V., Padre. Yo no calculo nada.

—Esto es una perdicion. Dios te ha dejado de su mano. Oye cuatro palabras con reposo y haz luégo lo que quieras. Carezco de fuerzas para detenerte.

El padre Jacinto cedió en su resistencia y el Comendador se paró á escucharle.

—Quieres ver á doña Blanca, y la verás, pero con ménos peligro de lances y de escándalo. Pasado mañana va D. Valentin á la casería con el aperador, á vender unas tinajas de vino. Entónces podrás ver y hablar á doña Blanca. Para evitar mayores males, te llevaré yo mismo. Yo entretendré á Clara á fin de que hables á solas con doña

Blanca y le digas cuanto tienes que decirle. Ya ves á lo que me allano. Ya ves á lo que me comprometo. Vas á sorprender desagradablemente á doña Blanca con tu inesperada visita. Vuestra conversacion va á tener algo de un duelo á muerte; mas prefiero intervenir en él, ser cómplice en el delito de vuestro espantoso diálogo, á que sucedan cosas peores. Por las ánimas benditas, Comendador, aguarda hasta pasado mañana. Vendrás conmigo. Verás á doña Blanca. Por la amistad que me tienes; por la pasion y muerte de Cristo te suplico que te calmes para entónces, y trates de que sea lo ménos cruel posible la entrevista que te voy á procurar.

El Comendador cedió á todo, y agradeció al padre Jacinto los consejos que le daba y la proteccion que le ofrecia.

XXIV.

Con febril impaciencia aguardó D. Fadrique el plazo que el Padre le habia pedido.

No hay plazo que no se cumpla, y dicho plazo se cumplió al cabo. Cumpliéronse tambien los pronósticos del Padre. Don Valentin salió aquel dia

muy de mañana con el aperador para ir á la casería, de donde no pensaba volver hasta la noche.

El Comendador, que lo espiaba todo, se preparó para la entrevista prometida. El padre Jacinto no se hizo aguardar mucho tiempo y vino á buscarle.

Reconociendo que lo ménos peligroso, lo ménos ocasionado á males, era que se viesen ambos cómplices, por si lograban entenderse y convenir en algo acerca de la hermosa Clarita, no quiso el Padre hablar con doña Blanca y proponerle una conferencia con el Comendador. Tenía por seguro que se negaria, y que, ya sobre aviso, le haria más difícil, casi imposible, el hacer entrar al Comendador hasta donde ella estuviese. Así, pues, se resolvió por la sorpresa. Sabía las costumbres de la casa; sabía las horas de todo, y todo lo dispuso con sencillez y habilidad.

Antes de las diez de la mañana, una hora despues del almuerzo, Clara se retiraba á su cuarto y doña Blanca se quedaba sola en la sala donde estaba de diario.

El Padre se puso en marcha en punto de las diez llevando al Comendador en pos de sí. Entraron en el zaguan, y el Padre dió dos aldabonazos.

La voz de una criada gritó desde arriba :

—¿Quién es?

—Ave María purísima. Gente de paz: contestó el Padre.

La moza, que reconoció la voz, tiró del cordel desde un balcon del piso principal que daba al patio. Con este cordel se abria la puerta sin bajar la escalera.

La puerta se abrió, y entraron el Comendador y el fraile, sin que los viese nadie, ni la misma criada que les habia abierto, pues entre el patio, adonde daba el balcon en qué se hallaba la criada, y la puerta de la calle, habia otro zaguan, del cual arrancaba la escalera principal ó de los señores.

No bien entró el padre Jacinto con su compañero, cerró de nuevo la puerta y dijo en alta voz:

—Dios te guarde, muchacha.

—Dios guarde á su merced, contestó ella.

Entónces el Comendador y su guía subieron rápidamente la escalera. Ya en la antesala, donde tampoco habia un alma, dijo el fraile á D. Fadrique, señalándole una puerta:

—Allí está doña Blanca. Entra..... háblale; pero ten juicio.

Don Fadrique, con ánimo decidido, con verdadero denuedo, se dirigió á la puerta señalada, entró y la volvió á cerrar.

No bien desapareció don Fadrique, llegó la criada.

—¡Hola! dijo el padre Jacinto. ¿Está doña Blanca sola?

—Sí, Padre. ¿No entra su merced á verla?

—No; más tarde. Déjala tranquila. No entres ahora, que estará ocupada en sus negocios. No la distraigamos. ¿Está Clarita en su cuarto?

—Sí, Padre.

—Ea, véte á tus quehaceres; que yo voy á ver á Clarita.

Y en efecto, el padre Jacinto y la criada se fueron por su lado cada uno.

Entre tanto, D. Fadrique se hallaba ya en presencia de doña Blanca, sorprendida, pasmada, enojada de tan imprevisto atrevimiento. Sentada en un sillon de brazos, habia levantado la cabeza al sonar el pestillo y la puerta que se abria, habia visto que la volvia á cerrar quien habia entrado, habia reconocido al punto al Comendador, y áun casi inmóvil, silenciosa, le miraba de hito en hito, sospechaba si estaria soñando, y apénas si se atrevia á dar crédito á sus ojos.

El Comendador se adelantó lentamente dos ó tres pasos.

No saludó de palabra: no pronunció una sola: no hallaba, sin duda, fórmula de saludo que no disonase en aquella ocasion; pero con el gesto, con el ademan, con la expresion de toda su fisonomía, mostraba que era un caballero respetuoso, que

pedia humildemente perdon de la astucia y de la audacia que se habia visto obligado á emplear para llegar hasta allí. En su rostro se veian las disculpas que de palabra no daba. Si atropellaba respetos, lo hacía con razon suficiente. A par de estas cosas, se leia asimismo en el rostro varonil del Comendador la firme resolucion de no salir de allí hasta que se le oyese.

Doña Blanca se hizo al punto cargo de todo esto. Conocia tan bien á aquel hombre, que no necesitaba á veces oirle hablar para penetrar sus intenciones y sus sentimientos. Doña Blanca comprendió que lo ménos malo era oirle; que no podia echarle, sin exponerse á dar el mayor de los escándalos. No quiso, sin embargo, aparecer desde luégo resignada. Se alzó de su asiento, y ántes de que el Comendador hablase, le dijo :

—Váyase V., D. Fadrique: váyase V. ¿Qué palabras, qué explicaciones pueden mediar entre nosotros, que no produzcan una tempestad, sobre todo si nos hablamos sin testigo? ¿Para qué me busca usted? ¿Para qué me provoca? No podemos hablarnos, apénas si podemos mirarnos sin herirnos de muerte. ¿Es V. tan cruel, que desea matarme?

—Señora, contestó el Comendador: si no creyese que cumplo un deber imperioso viniendo hasta aquí, no hubiera venido. Cuando penetro

furtivamente en esta sala, es porque tengo razones suficientes para ello.

—¿Qué razones alega V. para venir á turbar mi reposo?

—El interes que me inspira un sér á quien me une estrechísimo lazo.

—Muy disimulado, muy oculto ha tenido V. ese interes durante diez y seis años. No se ha acordado usted de ese sér hasta que por casualidad ha tropezado con él en su camino. Ha sido menester que salga V. de paseo con una sobrina suya, y que esta sobrina tenga una amiga, y que esta amiga vaya con ella, para que el amor paternal, que vivia latente y ni siquiera sospechado allá en las profundidades de su magnánimo corazon, se revele de pronto y dé gallarda y briosa muestra de sí. Si el acaso no nos hubiese traido á vivir en la misma poblacion, ó si Clara no hubiese sido amiga de Lucía, aunque en la misma poblacion viviésemos, su interes de V., su amor paternal, sus deberes imperiosos, confiéselo V., dormirian tranquilos en el fondo de esa envidiable y harto cómoda conciencia.

—Justo es que me moteje V. No debo defenderme. Confieso mi culpa. Voy, con todo, á tratar de explicarla y de atenuarla. Yo no podia sospechar que al lado de V., bajo el amparo de una madre cariñosa, corriese mi hija ningun

peligro, hallase motivo para ser desventurada.

—Su desventura no proviene de mí solamente. Su desventura proviene del pecado en que fué concebida, y del cual ni V. ni yo, que somos los pecadores, podemos salvarla ni redimirla.

—Ella no es responsable, nadie es responsable de faltas que no comete. Esa trasmision es un absurdo. Es una blasfemia contra la soberana justicia y la bondad del Eterno.

—No llevemos la conversacion por ese camino, señor don Fadrique. Si á V. le parece blasfemia lo que yo creo, impiedad y blasfemia me parece á mí cuanto V. dice y piensa. ¿A qué, pues, hablar conmigo de Dios? Deje V. á Dios tranquilo, si por dicha cree en Él, allá á su modo. La desventura de mi hija, llámela V. fatal, llámela como guste, procede de su nacimiento. Pues qué, ¿no ha reconocido V. mismo esa desventura, al querer librar de ella á mi hija, haciendo un gran sacrificio, que yo le agradezco, pero que juzgo ya inútil?

—Alguna verdad hay en lo que V. dice. Yo reconozco que Clara, sin culpa, estaba condenada por la suerte ó á sacrificarse ó á ser una usurpadora indigna.

—Estamos de acuerdo, salvo que donde V. dice por la suerte, digo yo por el pecado, y no por el pecado de ella, sino por el pecado de otros. Esto

es inícuo para V., que no acata los inescrutables designios de la Providencia. Esto es sólo misterioso para mí. Por eso es lo mejor no tocar tales cuestiones. Hablemos de aquello en que convenimos. Convenimos en que Clara estaba, sin culpa suya, condenada á una pena.

—Convenimos; pero convenga V. tambien en que yo la he libertado.

—Si la ha libertado V., habrá sido por una serie de casos fortuitos: porque vió V. á Clara y la reconoció; porque Clara es bonita, ya que, si hubiera sido fea, no se hubiera V. entusiasmado tanto, ni la vanidad de padre hubiera provocado con ímpetu el amor de padre; y porque en suma tiene usted bastante dinero que dar, y halla V. un hidalgo con bastante poca vergüenza para tomarle sin motivo justificado.

—A mi vez suplico yo tambien á V. que no entremos en cuestiones inútiles. Yo no he venido aquí á discretear ni á filosofar.

—Yo no discreteo ni filosofo. Digo lo que es cierto. El pecado no fué un acaso: no fué algo independiente de nuestro libre albedrío. El que usted haya encontrado á Clara, el que ella sea bonita, por donde juzga V. que no debe casarse con D. Casimiro ni ser monja, y el que tenga V. más de cuatro millones, no son cosas que de su voluntad de V. han dependido. Para V. son ca-

suales, aunque por Dios estuviesen previstas y preparadas, como lo está cuanto ocurre en el universo.

—Vamos, señora, no apure V. mi paciencia. Tan casual será todo eso, como el haber yo encontrado á V. en Lima, el que fuese V. bonita, y el que yo no fuese un monstruo de feo. Lo que no fué casual, sino voluntario, fué la caida; pero tampoco es casual, sino voluntario, el rescate. Será casual, no dependerá de mi voluntad, el tener cuatro millones; pero es voluntario, es mi voluntad misma, el darlos. Clara, no por casualidad, sino por un acto libre, está ya rescatada del cautiverio, al cual, segun V. juzga, y no sin razon, se hallaba sometida por otro acto, que no supongo que considere V. más voluntario, más reflexionado, más meditado y más deliberado con perfecta claridad en la conciencia.

Hasta este punto el diálogo habia sido de pié. Doña Blanca ni se sentaba ni ofrecia asiento al Comendador. Este, despues de un momento de pausa, porque doña Blanca no respondió al punto á su último razonamiento, dijo con serenidad:

—Mire V., señora: yo no quiero que disertemos, ni que divaguemos. Tengo, no obstante, mucho que hablar; y para que la conferencia sea breve, importa proceder sin desórden. El desórden no se evita sino con la comodidad y el reposo.

¿No le parece á V., pues, que sería bueno que nos sentásemos?

Doña Blanca siguió silenciosa, lanzó una mirada al Comendador, entre iracunda y despreciativa, y se dejó caer de nuevo en el sillon, como aplanada. Entónces se sentó el Comendador en una silla, y prosiguió hablando.

—Mi resolucion, dijo, es irrevocable. Sea por lo que sea; por un capricho, porque Clara es bonita, porque he tropezado con ella casualmente en mi camino, por lo que á V. se le antoje, yo la he rescatado. Todo lo que herede ella por muerte de su marido de V., lo gozará ya, con años de anticipacion, el que debiera heredarle, si Clara no viviese. Viva, pues, Clara. Vengo á pedir á usted su vida.

—A lo que viene V. es á insultarme. ¿Mato yo acaso á Clara?

—Léjos de mí el propósito de insultar á V. Sin querer, podria V. acaso matar á Clara, y esto es lo que vengo á evitar. Para ello estoy resuelto á apelar á todos los medios.

—¿Me amenaza usted?

—No amenazo. Declaro mi pensamiento sin rebozo.

—¿Y qué me toca hacer, segun V., para evitar que Clara muera?

—Disuadirla de que sea monja.

—Eso es imposible. Yo no creo que entrar monja sea morir, sino seguir la mejor vida.

—Ya he dicho que no discuto, ni trato de teologías con V. Concedo, pues, que la vida del claustro es la mejor vida; pero es cuando hay vocacion para seguirla; cuando no se va al claustro desesperada, casi loca, llena de desatinados terrores.

—Vuelvo á repetir á V. que me deje, señor don Fadrique ¿Para qué hablar? Nos atormentarémos y no nos entenderémos. Usted llama terrores desatinados al santo temor de Dios, desesperacion al menosprecio del mundo, y locura á la humildad cristiana y al recelo de caer en tentacion y de faltar á los deberes. Usted considera muerte la vida que en este mundo se asemeja más al vivir de los ángeles. ¿Cómo, pues, hemos de entendernos? Usted me honra más de lo que merezco, pensando que me acusa, al suponer que yo he inspirado á mi hija tales ideas y tales sentimientos.

—Por amor del cielo, mi señora doña Blanca: yo no sé por quién conjurar á V., en nombre de quién suplicarle, que no involucre las cosas, que no me oiga con prevencion, que atienda al bien de su hija, y que no dude de que yo vengo aquí, la molesto con mi presencia y la mortifico con mis palabras, sin prevencion tambien, y sólo por el deseo de ese bien impulsado. ¿Cómo he de con-

denar yo el santo temor de Dios, el menosprecio del mundo, si es razonable, y la humildad cristiana, que nos lleva á desconfiar de nuestra flaca y pecadora naturaleza? Lo que yo condeno es el delirio. Concederia que Clara tomase el velo áun cuando no le tomase despues de pensarlo reflexivamente; áun cuando le tomase por un rapto fervoroso de devocion; pero lo que no concedo, lo que no consiento es que le tome en un arrebato de desesperacion. Sería un suicidio abominable y sacrílego.

—¿Y de dónde infiere V. que Clara está desesperada? ¿Quién se lo ha dicho á V.? ¿Qué motivos tiene ella para desesperarse?

—Nadie me lo ha dicho. Basta mirar á Clara para conocerlo. Usted misma lo conoce. No disimule V. que lo conoce. Si no temiese V. hasta por su vida corporal, ¿no hubiera ya dejado que entrase en el convento? Al darle ahora la libertad que le da, ¿no lo hace V. excitada por el deseo de que su salud se mejore? En cuanto á los motivos de su desesperacion, concretamente yo los ignoro; pero los percibo de cierta manera confusa. Usted la ha hecho dudar de sí más de lo que debiera: sin prever un resultado tan funesto, ha infundido V. en su espíritu que está predestinada á pecar si no busca asilo al pié de los altares. En suma, V. la ha envenenado con tal des-

confianza, que ella, al sentir los latidos de su corazon juvenil y la lozanía de la vida en su verde primavera; al ver el fuego, si puro, ardiente de sus ojos; al oir la voz de la naturaleza, que la incita á que ame; al soñar acaso con lícitas venturas, logradas en este mundo al lado de un sér de su misma humana condicion, se ha figurado que era presa de impuras pasiones, se ha creido perseguida por los monstruos del infierno, y para no ser ella un monstruo, ha querido refugiarse en el santuario.

—Demos que todo eso sea exacto, replicó imperturbable doña Blanca. Demos que los hechos son los mismos para V. y para mí. La diferencia subsistirá siempre en la manera de apreciarlos. Si Clara se va al claustro, no ya por puro amor de Dios, sino por temor de ofenderle, por considerarse sobrado frágil para resistir las tempestades del mundo y por miedo de sí misma y del infierno, Clara, á mi ver, no desatina: Clara procede con recto juicio y consumada prudencia. Los motivos de su vocacion para la vida religiosa, si no son los más elevados, son buenos. Léjos de mí el tratar de disuadirla, aunque pudiese. A fin de que goce Clara una efímera é incierta dicha en la tierra, no he de oponerme yo á que tome el camino que más derechamente puede llevarla al cielo. No por dar gusto á V. he de aconsejar yo á Clara,

cuando la nave de su vida va á entrar ya en el puerto segurísimo y abrigado, que vuelva la proa y que se engolfe en el piélago borrascoso, donde puede zozobrar y hundirse con eterno hundimiento.

—Sí, interrumpió el Comendador, harto ya: lo mejor es que se muera para que se salve.

—¿Y cómo negarlo? respondió fuera de sí doña Blanca. Más vale morir que pecar. Si ha de vivir para ser pecadora, para su eterna condenacion, para su vergüenza y su oprobio, que muera. ¡Llévatela, Dios mio! Así me hubiera muerto yo. ¡Cuánto más me valiera no haber nacido!

—Los mismos furores de siempre. Está V. como atormentada de un espíritu maligno. Yo me lo sabía. Yo tengo la culpa de todo. Yo hubiera debido robar á mi hija de la casa de V., y criarla conmigo, y hacerla dichosa, y darle mi nombre.

—Bendito sea Dios porque no ha sido así. ¡Criada mi hija por un impío! ¿Qué hubiera sido de ella? ¡Debe de ser repugnante una mujer sin religion!

—No sé lo que será una mujer sin religion, ni hubiera sido mi propósito que mi hija no la tuviera. Lo que sé es que una mujer exaltada por el fanatismo religioso puede hacerse insufrible.

—¡Qué feliz sería yo si tal hubiera aparecido á los ojos de V. desde el principio! ¡Cuántos males

se hubieran evitado! Pero V. pensaba entónces de otra manera, y me persiguió con constancia, me pretendió con terquedad, y no hubo medio de seduccion, ni mentira, ni engaño, ni blandura de regaladas palabras, ni encarecimiento de amante que muere de amor, ni promesa de darme toda el alma, que V. no emplease para vencer mi honrado desvío. Llegó V. á alucinarme hasta el extremo de anhelar yo perderme por salvar á usted. ¡Aquél sí que fué delirio! ¿Pues no llegué á soñar con que, cayendo yo, iba á ganar su alma de usted y á sacarla de la impiedad en que estaba sumida? ¿Pues no me desvanecí hasta el punto de creer que incurriendo con V. en el pecado, habia de levantarle y traerle luégo conmigo en la purificacion y en la penitencia? ¿De qué artificios no se vale el demonio para envolvernos en sus redes? Yo estaba ciega. Creí ver en V. un hombre extraviado que me enamoraba, que estaba prendado de mí, á quien por amor mio iba yo á cautivar el alma, haciéndola capaz de más altos amores. No advertí que ni siquiera era V. capaz del bajo y criminal amor de la tierra. Usted buscaba sólo la satisfaccion de un capricho, un goce fácil, un triunfo de amor propio. Usted creyó que, una vez vencido mi desvío, que despues de un instante de pasion y de abandono, todo sería paz, todo lo olvidaria yo por V., para que V. me ha-

llase siempre sumisa, alegre, con la risa en los labios. Usted imaginó que yo iba á matar en mi alma todo remordimiento, toda vergüenza, toda idea del deber á que habia faltado, todo temor de Dios, todo respeto á mi honra, todo sentimiento amargo de su pérdida, todo miedo á las penas del infierno, todo aguijon en la conciencia. Se equivocó V., y por eso le parecí insufrible. Era usted dueño de mi alma; pero, así como en tierra de valientes y generosos, que jamas olvidan lo que deben á su patria, sólo posee el feroz conquistador la tierra que pisa, así V. no me poseia sino cuando hasta de mí misma me olvidaba. Cuando no, me alzaba yo contra V., trataba de limpiar mi culpa con la penitencia, y luchaba siempre por libertarme. ¿Cuánto, no obstante, hubiera debido enorgullecer á V. cada una de sus victorias, áun siendo impío, si hubiera V. acertado á comprender la grandeza sublime y tempestuosa de las grandes pasiones? Horribles eran aquellas frecuentes luchas, pero V., cuando triunfaba, triunfaba, no sólo de mí, sino de los ángeles que me asistian, de mi fe profunda, del cielo, á quien yo invocaba, del principio del honor arraigado en mi alma, y de mi conciencia acusadora y severa contra mí misma. Usted, que sólo buscaba alegría y deleite, se fatigó de luchar. Así me liberté del cautiverio infame. Alabado sea Dios, que

lo dispuso. Alabado sea Dios, que ha castigado despues tan justamente mi culpa; pero, se lo confieso á V., el castigo que más me ha dolido siempre, el que más me duele todavía, es el tener que despreciar al hombre que he amado. Ya lo sabe V. Usted me halla insufrible: yo le hallo á usted despreciable. Váyase de aquí. Salga de aquí, ó haré que le echen. ¿Quiere V. delatarme? ¿Quiere V. declararme culpada? Hágalo. No temo ya desventura ni humillacion, por grande que sea. Sépalo V. de una vez para siempre: me alegro de que Clara entre en un convento. No seré tan vil, que por miedo de V. falte á mi deber inculcándole lo contrario. Ahora, márchese: salga de mi casa: déjeme tranquila.

Doña Blanca, puesta de pié otra vez, con ademan imperioso, señalando la puerta con la mano, expulsaba al Comendador. ¿Qué habia de hacer, qué habia de contestar éste? Doña Blanca pareció frenética á los ojos del Comendador, lleno de piedad y casi de susto. Temió ser cruel y mal caballero si respondia. Guardó silencio. Vió el asunto perdido, al ménos por aquel lado, y no quiso prolongar más el doble martirio.

Don Fadrique inclinó la cabeza y salió de la sala harto apesadumbrado. Apénas se vió en la antesala, bajó la escalera, abrió la puerta del zaguan y se lanzó á la calle, respirando con delicia el am-

biente, como quien se está ahogando y logra sacar la cabeza del agua en que se hallaba sumergida.

XXV.

A pesar de su optimista y regocijada filosofía, á pesar de su propension natural á reir y á ver las cosas por el lado cómico, D. Fadrique estuvo todo aquel dia meditabundo, callado, con una seriedad melancólica harto extraña en él.

A la hora de comer apénas probó bocado; apénas si habló con su hermano, con su cuñada y con su sobrina, los cuales, cada uno por su estilo, le agasajaban mucho.

Don José era un señor excelente, que no hacía más que cuidar de su hacienda, jugar á la malilla en la reunion de la botica, y dar gusto á doña Antonia.

Esta señora tenía una pasta de las mejores: cuidaba de la casa con esmero, cosia y bordaba. Era buena cristiana, iba á misa todos los dias y rezaba el rosario con los criados todas las noches; pero en todo ello habia algo de maquinal, de fórmula, costumbre ó rutina, sin que doña An-

tonia se metiese en honduras religiosas. Sólo salia algo de sus casillas y mostraba cierto entusiasmo apasionado en favor de la Vírgen de Araceli de Lucena (doña Antonia era lucentina), prefiriéndola á las otras Vírgenes y hallándola más milagrosa.

En cuanto á director espiritual, doña Antonia tenía á un capuchino fervoroso y elocuente, cuya fama eclipsaba entónces la del padre Jacinto, el cual, como más tibio en el predicar y en el reprender, no hacía tantas conversiones ni traia al redil tantas ovejas descarriadas como su cofrade barbudo.

Lucía tenía por confesor al padre Jacinto, y se llevaba tan bien con su madre, que las únicas discusiones que habia entre ellas eran sobre los méritos de sus respectivos confesores. Por lo demas, como doña Antonia no tenía voluntad ni opinion, y de todo se le importaba lo mismo, francamente no era gran prueba de sumision y deferencia en Lucía el no discutir nunca con su madre, salvo sobre el capuchino, y alguna que otra vez, aunque raras, acerca de la Vírgen de Araceli. Lucía no era muy devota, y careciendo de otra Vírgen predilecta, concedia pronto á su madre la superior excelencia de la suya.

La única causa de disidencia era, pues, el padre Jacinto, en quien Lucía hallaba superior en-

tendimiento é ilustracion; mas al cabo, como buena hija que era, y á fin de contentar á su madre, declaraba que el capuchino habia reunido á un sinnúmero de malos casados, que andaban campando por sus respetos y viviendo aparte, engolfados en mil marimorenas, y habia logrado que no pocos pecadores y pecadoras dejasen las malas compañías y peores tratos, é hiciesen vida ejemplar y penitente: de todo lo cual podia jactarse muchísimo ménos el padre Jacinto; de donde inferia Lucía que el capuchino era mejor director espiritual de los extraviados, y el padre Jacinto mejor director de los que estaban en el buen sendero ó dentro del aprisco. El uno valia para vencer y reducir á la obediencia á los rebeldes; el otro para gobernar sábia y blandamente á los sumisos.

Con esto se aquietaba doña Antonia y vivia en santa y dulce paz con su hija, á quien habia enseñado todas sus habilidades caseras, reconociendo la maestra, sin envidia y con júbilo, que casi siempre se le aventajaba ya la discípula. Lucía bordaba con todo primor, en blanco, en seda y en oro: hacía calados, pespuntes y vainicas como pocas, y en guisos y dulces nadie se le ponia delante, que no saliera con la ceniza en la frente. Sólo resplandecia aún la superioridad de doña Antonia en las faenas de la matanza. Era un prodi-

gio de tino en el condimentar y sazonar la masa de los chorizos, morcillas, longanizas y salchichas; en adobar el lomo para conservarle frito todo el año, y en dar su respectivo saborete, con la adecuada especiería, á las asaduras, que ya compuestas llevan siempre el nombre de pajarillas, sin duda porque alegran las pajarillas de quien las come, y á los riñones, mollejas, hígado y bazo, que se preparan de diverso modo, con clavo, pimienta y otras especias más finas, excluyendo el comino, el pimenton y el orégano.

El lector no ha de extrañar que entremos en estos pormenores. Convenia decirlos, y distraidos con la accion principal, no los habiamos dicho.

El niño mayorazgo, hijo de D. José y de doña Antonia, habia ido, hacía poco, al Colegio de Guardias marinas de la Isla, con buenas cartas de recomendacion de su señor tio.

Doña Antonia andaba siempre con las llaves de una parte á otra, ya en la repostería, ya en la despensa, ya en la bodega del aceite, ya en la del vino, ya en la del vinagre.

La casa tenía todo esto, como casa de labrador, á par que de señores; pues D. José, al trasladarse á la ciudad, habia traido á ella muchos de sus frutos para venderlos con más estimacion y darles más fácil salida.

Don José, cuando no hacía cuentas con el ape-

rador, ó bien oia á los caseros, que venian á verle y á informarle de todo desde las caserías, se largaba á la botica, donde habia tertulia perpétua y juego por mañana, tarde y noche.

Resultaba, pues, que el Comendador, salvo á las horas de las tres comidas, y un rato de noche, cuando habia tertulia, á la cual no faltaba jamas D. Cárlos de Atienza, se hallaba en una grata y apacible soledad, no interrumpida sino por la rubia sobrina, la cual le buscaba siempre, preguntándole qué habia de nuevo respecto á Clara.

Don José y doña Antonia, que estaban en Babia, nada sabian de los disgustos y cuidados del Comendador. Lucía los sabía á medias, distando infinito de presumir, á pesar de sus hipótesis, que Clara estaba ligada á su tio con vínculo tan natural.

Los criados de la casa y el público todo seguian desorientados en punto á D. Cárlos de Atienza. Viéndole jóven, elegante y lindo, que venía con frecuencia á la casa, y que cuchicheaba siempre con Lucía, supusieron con visos de fundamento que era su novio, y ya en la casa le apellidaban el novio de la señorita.

Tal era la situacion de cada uno de los personajes secundarios de esta historia cuando el Comendador, despues de su entrevista con doña Blanca, se hallaba tan desazonado.

Durante la comida le colmaron de cuidados, creyéndole indispuesto. Doña Antonia supuso que tendria jaqueca y le excitó á que fuese á reposar. Don José, despues de decirle lo mismo, se largó á la botica. Lucía, con más vivo interes, trató de informarse mil veces de la causa del disgusto de su tio, pero no consiguió nada.

El Comendador, á sus solas, no hacía más que pensar sobre su diálogo con doña Blanca, y concebir los más encontrados pensamientos, aunque siempre poco gratos.

Ya se le figuraba que dicha señora tenía un orgullo satánico, un genio infernal, y entónces se culpaba á sí mismo de no haberle robado á la hija; de haberla dejado en su poder para que la enloqueciera y la hiciera desgraciada. Ya imaginaba, por el contrario, que, desde su punto de vista, doña Blanca tenía razon en todo.

El Comendador entónces calificaba su persecucion en pos de doña Blanca, y su victoria ulterior (que en otro tiempo habia mirado como una ligereza perdonable, como una bizarría de la mocedad) de conducta inicua y malvada á todas luces, áun juzgada por su criterio moral, lleno de laxitud en ciertas materias.

— Por cierto que no merezco perdon, se decia D. Fadrique. La maldita vanidad me hizo ser un infame. ¡Habia tantas mujeres guapas cuando yo

era mozo, á quienes cuesta tan poco otro tropiezo, una caida más ó ménos! ¿Por qué, pues, no siendo arrastrado por una pasion vehemente, que ni siquiera tengo esta excusa, ir á turbar la paz del alma de aquella austera señora? Tiene razon sobrada. Soy digno de que me aborrezca ó me desprecie. Lo único que mitiga un tanto la enormidad de mi delito es la mala opinion que tenía yo entónces de casi todas las mujeres. No me cabia en la cabeza que ninguna pudiera (despues sobre todo) tomar tan por lo serio los remordimientos, la culpa..... En fin, yo no preví lo que pasó despues. Si lo hubiera previsto..... me hubiera guardado bien de pretender á doña Blanca. Aunque no hubiera habido otra mujer en la tierra..... su corazon hubiera quedado entero para D. Valentin, sin que yo se le robára. Pero nada..... ¡esta pícara costumbre de reir de todo..... de no ver sino el lado malo! Me gustó..... me enamoró..... eso sí..... yo estaba enamorado..... y como creí que la gazmoñería era sal y pimienta que haría más picante y sabroso el logro de mi deseo, y que luégo se disiparia, insistí, porfié, hice diabluras..... sí..... hice diabluras: creé dentro de su conciencia un infierno espantoso: por un liviano y fugitivo deleite dejé en su espíritu un torcedor, una horrible máquina de tormento, que sin cesar le destroza el pecho, diez y siete años hace. ¡Como tengo este carác-

ter tan jocoso!..... Las cañas se volvieron lanzas. La burla fué pesada. Pero ¡Dios mio..... si yo no podia sospecharlo! Aunque me lo hubieran asegurado mil y mil personas, no lo hubiera creido. Lo repito, no cabia en mi cabeza. Yo no comprendia arrepentimiento tan feroz y tan persistente, simultáneo casi con el pecado. Yo no habia medido toda la violencia de una pasion que, á pesar del grito airado y fiero de la conciencia, que á despecho del sangriento azote con que el espíritu la castiga, rompe todo freno y sale vencedora. Cuando exclamaba ella, casi rendida ya á mi voluntad, cayendo entre mis brazos, doblándose quebrantada al toque de mis labios, recibiendo mis besos y mis caricias, cediendo á un impulso irresistible, y no obstante luchando: «¡Dios mio, mátame ántes que caiga de tu gracia! ¡Prefiero morir á pecar!»; cuando decia esto, que hoy ha repetido á propósito de su hija, no me inspiraba compasion, no me apartaba de mi mal propósito; ántes bien era espuela con que aguijoneaba mi desbocado apetito. ¡Cuán hermosa me parecia entónces, al pronunciar, con voz entrecortada por los sollozos, aquellas palabras, á las cuales yo no prestaba sino un vago sentido poético, y en cuya verdad profunda yo no creia! Hasta la dulzura de su misma religion se maleaba y viciaba en mi mente, interpretada por mi concupiscencia, y

quitaba á mis ojos todo valor á aquella desolacion suya, á aquella angustia con que miraba y repugnaba la caida, sin hallar fuerzas para evitarla. Yo me atrevia á decidir que no era tan gran mal el que tenía tan fácil remedio. Yo me convertia en redentor del alma que cautivaba y en salvador del alma que perdia, parodiando la sentencia divina y diciendo en mi interior: «Levántate; estás perdonada, por lo mucho que has amado.» ¡Ah, cielos! ¿Por qué ocultármelo? Procedí con villanía. Era yo tan bajo y tan vil, que no comprendí nunca el vigor, la energía de la pasion que sin merecerlo habia excitado. Era yo como salvaje, que sin conocer un arma, la dispara y hiere de muerte. La grandeza y la omnipotencia del amor me eran tan desconocidas como la persistencia y el indómito poderío de una conciencia recta, que acepta el deber y le cumple, ó jamas se perdona si no le cumple. ¿Será que soy un miserable? ¿Tendrán razon los frailes y los clérigos al sostener que no hay verdadera virtud sin religion verdadera?

De esta suerte se atormentaba D. Fadrique en afanoso soliloquio, en que volvia cien y cien veces á repetirse lo mismo.

El que no viniese el padre Jacinto á hablar con él inspiraba al Comendador la mayor inquietud. Várias veces se asomó al balcon de su cuarto, que

daba á la calle, á ver si le veia salir de casa de doña Blanca. Várias veces salió á la calle y fué hasta el convento de Santo Domingo, aunque estaba léjos, á preguntar si el padre Jacinto habia vuelto. El padre Jacinto no parecia en parte alguna.

A la caida de la tarde, estando D. Fadrique en su estancia, oyó pisadas de caballos que paraban cerca. Salió al balcon y vió apearse á D. Valentin, que volvia de la casería.

Llegó la noche y no pareció el padre Jacinto.

Don Fadrique echaba á volar su imaginacion con vuelo siniestro. Hacía las suposiciones más extrañas y dolorosas. ¿Qué habrá sucedido? se preguntaba.

A las ocho de la noche, por último, el Comendador vió aparecer al padre Jacinto bajo el dintel de la puerta de su cuarto.

Al verle, le dió un vuelco el corazon El Padre traia la cara más grave y melancólica que habia tenido en su vida.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? dijo el Comendador. ¿Dónde ha estado V. hasta ahora?

—¿Dónde he de haber estado? En casa de doña Blanca, donde hice mal y remal en introducirte traidoramente. ¡Buena la has hecho! ¿Qué demonios te aconsejaron cuando hablabas? ¿Qué dijiste á la infeliz? ¡Vaya un berrinche que ha

tomado! Está mala. ¡Dios quiera que no se ponga peor!

El Comendador se mostró consternado, se quedó mudo. El fraile añadió:

— Clarita es una santa. Allí la dejo cuidando á su madre. No sé para qué todas estas desazones. La chica está resuelta, firmemente resuelta. Todo es inútil. Bien hubiera podido evitarse tu endemoniada conversacion con la madre. Tiempo es de evitar aún que te arruines á tontas y á locas.

El Comendador, recobrando el habla, respondió:

— Lo hecho, hecho está. Yo no gusto de arrepentirme. Yo no deshago mis promesas. Yo no me vuelvo atras nunca. Lo que prometí á D. Casimiro y él ha aceptado tiene que cumplirse. Pero, ¿qué enfermedad es esa de doña Blanca? ¿Sigue Clara poseida de su lúgubre locura? Voto á todos los demonios y condenados que hay en el infierno, que jamas hubiera yo podido soñar que iba á ser víctima de tan enrevesados sentimentalismos.

El Comendador se paseaba á largos pasos por la estancia. El Padre le miraba con pena y algo aturdido.

En esto, Lucía, que habia visto entrar al Padre, asomó la rubia y linda cabeza á la puerta, que habia quedado entornada, y dijo con dulce ansiedad:

— Tio, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, niña. Por Dios, déjanos en paz ahora, que vamos á tratar asuntos muy graves.

Lucía se retiró, lastimada de inspirar tan poca confianza.

XXVI.

Cuando el Padre y el Comendador se quedaron solos de nuevo, cerró éste la puerta é interrogó al Padre en voz baja sobre lo que habia oido á doña Blanca; sobre lo que habia hablado con Clarita; pero nada sacó en limpio.

El padre Jacinto parecia otro del que ántes era. Mostrábase preocupado; buscaba evasivas para no contestar á derechas; sus misterios y reticencias daban á su interlocutor una confusa alarma.

Al fin tuvo D. Fadrique que dejar partir al fraile, sin averiguar nada más que lo que ya sabía.

Aquella noche no salió de su cuarto: no quiso ver á nadie: pretextó hallarse indispuesto, para encerrarse y aislarse.

Se pasaron horas y horas, y aunque se tendió en la cama, no pudo dormir. Mil tristes ideas le atormentaban y desvelaban.

Rendido de la fatiga, se entregó al sueño por un momento, pero tuvo visiones aterradoras.

Soñó que habia asesinado á doña Blanca, y soñó que habia asesinado á su hija. Ambas le perdonaban con dulzura, despues de muertas; pero este perdon tan dulce le hacía más daño que las punzantes palabras que aquel dia habia escuchado de boca de su antigua querida. Esta y Clara se ofrecian á su imaginacion, con la palidez de la muerte, con los ojos fijos y vidriosos, pero como triunfantes y serenas, subiendo lentamente por el aire, hácia la region del cielo, y entonando un antiguo himno religioso, que siempre habia atacado los nervios y contrariado los sentimientos harto gentílicos del Comendador por su fúnebre ternura, por su identificacion del amor y de la muerte, y por su misantrópica exaltacion del sér del espíritu por cima de todo deleite, contento, esperanza, consolacion ó bien posible en la tierra.

Las mujeres, que iban subiendo al cielo, cantaban; y D. Fadrique oia, á traves del ambiente tranquilo, los últimos versos del himno, que decian:

Mors piavit, mors sanavit
Insanatum animum.

Con estos dos versos en la mente se despertó D. Fadrique.

Apénas se hubo vestido, oyó que daban golpecitos á la puerta.

— ¿Quién es? preguntó.

— Soy yo, tio, dijo la dulce voz de Lucía. Tengo que hablar con V. ¿Puedo entrar?

— Entra, contestó el Comendador, con bastante zozobra de que Lucía trajese malas noticias.

La cara de Lucía estaba demudada. Los ojos algo encarnados, como si hubiesen vertido lágrimas.

— ¿Qué hay? dijo D. Fadrique.

— Que doña Blanca está muy mala. Clara me escribe diciéndomelo, y me ruega que haga la caridad de ir á acompañarla.

— ¿Y se sabe qué tiene doña Blanca?

— Yo, tio, no lo sé. El mal ha venido de súbito. La criada, que me trajo la carta de Clarita, dijo que su ama cayó enferma como herida por un rayo; que, eso es verdad, la señora estaba delicada, pero que al fin lo pasaba regular, como casi todos, cuando de repente, cual si hubiera tenido alguna aparicion de los malos y hubiera peleado con ellos, cayó en tal postracion, que ha sido menester ponerla en la cama, donde está aún con calentura.

Don Fadrique sintió un frio repentino, que discurria por todo su cuerpo y que hasta los huesos le penetraba. Imaginó que se le erizaban los cabe-

llos. Se inmutó; pero con habla interior dijo para sí:

—En efecto, ¿habré sido tan brutal, que la haya asesinado?

Notando despues que Lucía no tenía más que decir y aguardaba respuesta, el Comendador hizo un esfuerzo para aparentar serenidad, y dijo á su sobrina:

—Vé, hija mia; vé á cumplir con ese deber de caridad y de amistad para con Clarita. Procura consolarla. ¡Ojalá que el padecimiento de doña Blanca no tenga peores consecuencias!

—Voy volando, replicó Lucía.

Y sin aguardar más, con la vénia de su madre, que ya tenía, bajó la escalera y se fué á la casa inmediata.

XXVII.

La sobrina del Comendador tenía tan alegre carácter como su tio. Era, por naturaleza, tan optimista como él. Casi todo lo veia de color de rosa; pero, compasiva y buena, tomaba pesar por los males y disgustos de los otros, si bien procu-

rando más consolarlos ó remediarlos que compartirlos.

Con esta disposicion de ánimo entró Lucía á ver á Clara. Apénas se vieron, se abrazaron estrechamente.

Clara, al contrario de Lucía, era melancólica, vehemente y apasionada, como su madre. Sobre esta condicion del carácter, que era ingénita en ella, la educacion severísima de doña Blanca, su contínuo hablar de nuestra perversidad nativa, su concepto del mundo y del vivir como valle de lágrimas y tiempo de prueba, y su terror de la eterna condenacion y de lo fácil que es caer en el pecado, habian difundido por toda el alma de Clara una sombra de amarga tristeza y de medrosa desconfianza. Por dicha, Clara carecia de aquel orgullo, de aquel imperio de su madre, y el lado oscuro y tenebroso de su espíritu estaba suavemente iluminado por un rayo celeste de humildad, resignacion y mansedumbre.

Clara era mil veces más amante que su madre, y se abandonaba á la dulzura de amar, si bien con recelo siempre de pecar amando.

Ambas amigas se hallaban en un cuarto contiguo á la alcoba de doña Blanca.

El cuitado de D. Valentin no sabía qué hacer: andaba inquieto: bullia de un lado á otro, sin atreverse á entrar en la alcoba de su mujer para que

no le despidiese á gritos, porque venía á turbar su reposo, y sin atreverse tampoco á no estar allí cerca para que su mujer no le acusase de indiferente, egoista y desalmado, que no miraba con interes sus males, y ni siquiera preguntaba por su salud. En esta perplejidad, D. Valentin entraba y salia, asomaba de vez en cuando la nariz á la alcoba, á ver si le veia doña Blanca y le decia que entrase; y, sin decidirse á entrar, miéntras no alcanzaba la vénia, preguntaba á Clara por su madre, ni en voz muy alta para que doña Blanca se incomodase, ni en voz muy baja para que fuera posible que doña Blanca le oyese y comprendiese que su marido cuidaba de ella y no era un hombre sin entrañas.

Este procedimiento prudentísimo no le valió sin embargo. Ya una vez, como repitiese con harta frecuencia lo de asomar la nariz á la puerta de la alcoba, doña Blanca habia dicho:

—¿Qué haces ahí? ¿Vienes á molestarme? Pareces un buho que me espanta con sus ojos. Déjame en paz, por Dios.

Poco despues se descuidó algo D. Valentin, alzó la voz demasiado al preguntar á Clara por su madre, y ésta exclamó desde la alcoba:

—¡Qué pesadilla de hombre! Se ha propuesto no dejarme descansar. ¡Si parece que está hueco! Valentin, habla bajo y no me mates.

Don Valentin salió entónces zapeado de la estancia en que se hallaban Clara y Lucía, y las dejó solas.

Aunque doña Blanca era buena cristiana, estos raptos de mal humor contra su marido se comprenden y explican como en cierto modo independientes de su voluntad. Doña Blanca no habia encontrado en él ni un átomo de la poesía, ni una chispa de las sublimidades que habia soñado hallar, en su inexperiencia, en el hombre á quien dió su mano, siendo aún muy niña. Luégo, hacia diez y siete años, no veia ella en D. Valentin sino un hombre cuya serenidad era el perpétuo sarcasmo de las borrascas de su corazon ; cuya union con ella habia hecho que lo que pudo ser un bien lícito, una felicidad santificada, fuese un pecado abominable; y cuya salud corporal parecia una burla de los achaques y padecimientos que á ella la atormentaban. Hasta la paciencia con que don Valentin la sufria era odiosa á doña Blanca, cual si implicase bajeza, gana de no incomodarse por no molestarse, desden ó menosprecio.

En balde procuraba doña Blanca formar mejor opinion de su marido, á fin de respetarle, como reflexivamente conocia que era su deber : doña Blanca no lo lograba. Las mejores prendas del alma de D. Valentin, con intervencion quizás de algun demonio astuto, se trocaban, en el alma de

doña Blanca, en defectos ridículos. En balde pedia á Dios doña Blanca que le concediese, ya que no amar, estimar á su marido. Dios no la oia.

Zapeado, pues, D. Valentin, doña Blanca quedó sola en la alcoba, abismada, sin duda, en sus hondos y amargos pensamientos, y Clara y Lucía, casi al oido la una de la otra, hablaron así:

—¿Qué ha dicho el médico, Clara? ¿Qué tiene tu madre? preguntó Lucía.

—El médico hasta ahora, respondió Clara, no ha dicho más que lo que cualquiera de nosotros ve y comprende: que mi madre tiene calentura; pero la calentura es sólo síntoma de un mal que el médico desconoce aún. Anoche la calentura fué muy fuerte y nos asustamos mucho. Hoy de mañana ha cedido.

—Vamos, Clarita, ya veo que exageraste en tu carta y me alarmaste sin motivo. Tu madre se curará pronto. Apuesto que la causa de toda su indisposicion ha sido alguna rabieta que ha tenido con D. Valentin.

—Pues te equivocas. Mi madre no ha tenido la menor rabieta con nadie en todo el dia de ayer. Papá estuvo en el campo.

—Entónces se concibe que no rabiase con él. ¿Y contigo no rabió?

—Hace dias que mi madre está dulcísima conmigo. Te repito que ayer no se sofocó mamá con

nadie: no riñó á ninguna criada: estuvo apacible y silenciosa.

Clara, si bien era una criatura de singular despejo, se forjaba la extraña ilusion de que una buena madre de familia tenía forzosamente que rabiar, y así no decia nada de lo dicho para censurar á su madre, sino candorosamente.

Lucía no insistió en buscar el orígen del mal de doña Blanca; se inclinó á creer que este mal era pequeño, á fin de no tener que afligirse; y volviendo la conversacion hácia otros puntos, preguntó á su amiga:

—Clara, ¿sigues firme en tu resolucion de tomar el velo?

—Estoy más resuelta que nunca. Una voz misteriosa me grita en el fondo del alma que debo huir del mundo; que el mundo está sembrado de peligros para mí.

—Confieso que no te entiendo. ¿Qué peligros tendrá el mundo para tí, que para los demas no tenga?

—¡Ay, querida Lucía; el desórden de mi espíritu, los extraños impulsos de mi corazon, la violencia de mis afectos!

—Pero, muchacha, ¿qué violencia ni qué desórden es ése? Yo no hallo desordenado ni violento el que ames á D. Cárlos, que es muy guapo y jóven, y el que no gustes de D. Casimiro, que

es viejo y feo. Esto me parece naturalísimo.

—Será natural, porque la naturaleza es el pecado.

—¿Dónde está el pecado?

—En desobedecer á mi madre, en engañarla, en haber atraido á D. Cárlos con miradas amorosas y profanas, en complacerme en que guste de mí y en que me persiga, en desear que siga queriéndome hasta en este instante, cuando ya estoy decidida á no ser suya. En suma, Lucía, mi alma es un tejido de marañas y de enredos, que el mismo diablo trama y revuelve. Ademas, yo he prometido á mi madre que seré monja, y para que lo sea, ha despedido ella á D. Casimiro. ¿Cómo faltar ahora á mi promesa, burlarme de mi madre y hasta de Cristo, á quien he dado palabra de esposa? ¿Qué infamia me propones?

—Es verdad, hija mia: el caso es apurado; pero ¿quién te mandó que dijeses que querias ser monja y que lo prometieses? ¿Por qué no declaraste con valor á tu madre que no querias á don Casimiro y que no querias ser monja tampoco?

—Bien sabe Dios, respondió Clara, que deseo desahogarme contigo, depositar en tu amistoso corazon el secreto de mi infortunio, confiártelo todo; pero yo misma no me comprendo sino de un modo imperfecto; y lo que de mí misma comprendo está tan enmarañado, que no encuentro

palabras para explicártelo. Siento la razon y causa de todas mis acciones, y no las percibo bien para exponerlas. Quiero, no obstante, sincerarme y tratar de probarte que no es absurda mi conducta. Voy á ver si lo consigo. Yo he amado, yo amo aún á D. Cárlos de Atienza. Yo detesto á D. Casimiro. Esto es verdad; pero mi amor por don Cárlos y mi ódio á D. Casimiro no han tenido jamas la suficiente energía para hacerme arrostrar la cólera de mi madre, declarándole que amaba al uno y odiaba al otro. Así, pues, te aseguro que durante meses he estado resignada á sofocar en mi alma el naciente amor á D. Cárlos y á casarme con D. Casimiro para ser una hija obediente. Hubiera yo preferido á todo ser esposa de Cristo; pero me consideraba indigna. Para ser mujer de D. Casimiro me sentia con fuerzas. Yo esperaba vencer mi fatal inclinacion á D. Cárlos, y, logrado esto, ser modelo de casadas; cuidar al achacoso D. Casimiro, y hasta quererle, imponiéndome como deber el cariño. Hallándome de esta suerte, nuevos y extraños sentimientos han combatido mi alma y han hecho que mi espíritu dude más de sí. Me he llenado de terror. En mi humildad, no me he creido digna ni de ser mujer de D. Casimiro. Me he espantado de mi flaqueza, de la perversidad de mis inclinaciones, y entónces he pensado en refugiarme en el claustro. Juzgándo-

me ménos digna que ántes de ser esposa de Cristo, he pensado en la infinita bondad de aquel Soberano Señor, padre de las misericordias, y he comprendido que, áun siendo yo indigna de todo, podia acudir á él y refugiarme en su seno, segura de que no me rechazaria, de que me acogeria amoroso, purificándome y santificándome con su gracia.

—Tú me hablas de nuevos y extraños sentimientos, pero sin decir cuáles son, dijo Lucía. Aquí hay un misterio que no me dejas penetrar.

—¡Ay! exclamó Clara, apénas si yo le penetro. ¿Cómo declarártele? Mira, Lucía, yo conozco que amo siempre á D. Cárlos. Si me finjo en completa libertad de elegir mi vida, me parece que mi eleccion será ser mujer de D. Cárlos. Su talento, su bondad, su delicada ternura, me hacen presentir que sería yo dichosa viviendo á su lado. Te lo confesaré. A pesar del horror que mi madre ha sabido inspirarme á la complacencia de los sentidos, la imágen material de D. Cárlos, su porte, la gallardía de su cuerpo, la elegancia y pulcritud de su vestido, el fuego de sus ojos y la viva animacion de su semblante y la frescura de su boca me atormentan y me hieren, y me distraen de mis piadosas meditaciones.

—Te lo repito, Clarita; en nada de eso veo yo la obra del diablo; en nada descubro influencias

sobrenaturales; todo es naturalísimo. Y si, como tú afirmas, la naturaleza es el pecado, bien es menester, ó que Dios nos dé medios sobrenaturales para vencerla, ó que nos perdone con muchísima generosidad cuando ella nos venza. ¿Dónde están esos sentimientos singulares que te perturban?

—Lucía, tú hablas con suma ligereza. Tus razones tienen no sé qué fondo de impiedad. Me da miedo. Mi madre no se engañaba. El trato, la conversacion con tu tio debe de ser muy peligrosa.

—No disparates, Clara. A mi tio no se le ha ocurrido jamas darme lecciones de impiedad. Si lo que yo sostengo es poco piadoso, la culpa es completamente mia. Seré yo la que está endiablada. Pero dejemos á un lado esas cuestiones; vamos á lo que importa. Dime qué raros sentimientos te asaltan el alma, inspirándote esa humildad, esa desconfianza profunda, que te induce á tomar el velo.

—No acierto á decírtelo. Me falta valor.

— Ea..... ánimo..... di lo que es.

—Mi madre no ha hecho más que hablarme de tu tio desde que apareció en esta ciudad....., desde que yo le vi y pasée con él una tarde. Me le ha pintado como pudiera haberme pintado á Luzbel, rodeado aún de hermosos fulgores de su primitiva naturaleza angélica, valeroso, audaz, inteli-

gente como pocos seres humanos. Me ha hecho creer que ejerce tal imperio sobre las almas, que las atrae y las cautiva, y las pierde si gusta. En su mirada hay una luz siniestra que ciega ó extravía. En su palabra, una música seductora que embelesa los entendimientos y ensordece la voz del deber en la conciencia. Segun mi madre, tu tio es la maldad personificada, el dechado de la irreligion, un rebelde contra Dios, de quien conviene apartarse para no contaminarse. En resolucion, cuanto mi madre ha dicho de tu tio debiera infundirme hácia él un ódio, una aversion grandísima. Sé por mi madre que el Comendador es un réprobo. No hay esperanza de que se salve. Está condenado. Es como Luzbel. Y, sin embargo, léjos de producir en mí los discursos de mi madre el horror hácia el Comendador que ella deseaba, tal es mi perversidad, tan pecaminoso es mi espíritu de contradiccion, que han avivado mis simpatías hácia tu tio. Yo no debiera decírtelo; yo no sé cómo tengo la desvergüenza de decírtelo. Apénas si á mi confesor le he dejado entrever algo de lo que siento en el negro abismo de mi corazon. Pero, si no te lo digo..... ¿con quién me desahogo?..... Lucía, tú eres mi mejor amiga..... Yo quiero al Comendador de un modo inexplicable. Me siento arrastrada hácia él. Creo en todas sus maldades porque mi madre me las ha dicho;

y creo que Dios, á quien el Comendador es simpático, se las va á perdonar, como yo se las perdono. ¿No es una monstruosidad, no es una aberracion este cariño hácia una persona casi desconocida? Yo me condenaba ántes por mi inclinacion á D. Cárlos, á despecho, á escondidas de mi madre. Ahora me sucede casi lo mismo que á tí; mi inclinacion á D. Cárlos me parece natural. Lo diabólico, lo abominable es mi inclinacion á tu tio. Es un sentimiento tan distinto, que no destruye ni aminora mi afecto á D. Cárlos. Esto prueba mi desordenada índole, mi pecadora y perturbada manera de ser. No sé con qué pretexto, bajo qué título, con qué nombre cariñoso he de acercarme á él, hablarle, llegar á su intimidad, y lo deseo. Cuantas cualidades detestables mi madre le atribuye, se me antoja que no lo son en él, porque es un sér de superior natural jerarquía y está exento de la ley comun para los demas mortales.

Con la mirada fija, con el semblante, no risueño como le tenía de costumbre, sino triste y grave, y sin acertar á contestar palabra, oyó Lucía la inesperada confesion de Clara.

Despues de unos instantes de silencio Clara prosiguió:

—Nada me respondes; nada observas; te callas; reconoces que soy un monstruo. Será amor de otro género, será un sentimiento indefinido,

que carece de nombre en la clase é historia de las pasiones; pero yo quiero á tu tio y le quiero por esa misma pintura con que mi madre ha procurado que yo le aborrezca.

A este punto llegaba Clara, cuando vino á interrumpirla la voz de doña Blanca, que decia:

—¡Hija, hija!

Lucía y Clara se estremecieron. Aunque era imposible que doña Blanca las hubiese oido, imaginaron por un instante que milagrosamente las habia oido y que iba á terciar en la conversacion por estilo terrible.

—¿Qué manda V., mamá? dijo Clara temblando.

—Agua. Dame un poco de agua. ¡Me ahogo!

Las dos amigas acudieron á la alcoba á dar agua á la enferma. Entónces notaron con pena y sobresalto que la fiebre habia crecido. Las palpitaciones del corazon de doña Blanca eran tan violentas, que se hacian perceptibles al oido.

—¿Qué siente V., señora? preguntó Lucía.

—Una ansiedad..... una fatiga..... respondió doña Blanca..... el corazon me late con tanta fuerza.....

Lucía posó suavemente la mano sobre el pecho de doña Blanca. Entónces notó con pena que los latidos de su corazon habian perdido el ritmo natural; eran desordenados y anormales; pero no

dijo nada por no asustar á la paciente y á su hija.

El cuidado que requeria doña Blanca no consintió que prosiguiese el diálogo entre Clara y Lucía.

XXVIII.

Tantos años de pesares y de tormentos habian ido destruyendo la salud de doña Blanca. Su tristeza sin tregua, su oculta vergüenza, con la que de contínuo tenía que verse cara á cara, sin poder hallar alivio comunicándola y confiándose á una persona amiga; sus luchas de compasion y de desprecio por su marido y de amor y de ódio por el Comendador; su horror del pecado que creia sentir sobre ella y que le pesaba como lepra asquerosa é incurable; su orgullo ofendido; su temor del infierno, al que á veces se creia predestinada, y su preocupacion incesante de la suerte de Clara, á quien amaba con fervor y á quien en ocasiones aborrecia, como vivo testimonio de su más grave falta y de su más imperdonable humillacion, habian influido lastimosamente sobre todos los órganos de aquella vida corporal.

Doña Blanca hacía mucho tiempo estaba sujeta

á frecuentes paroxismos histéricos. Habia momentos en que le parecia que se ahogaba; un obstáculo se le atravesaba en la garganta y le quitaba la respiracion. Entónces le daban convulsiones, que terminaban en sollozos y lágrimas. Despues solia calmarse y quedar por algunos dias tranquila, aunque pálida y débil.

El carácter violentísimo de aquella mujer, exacerbado por la contínua contemplacion de una desgracia, que hacía mayor su melancólica fantasía, la impulsaba á tratar á su marido, á su hija y á muchos de los que la rodeaban, con un despego, con una dureza cruel, de la que en el fondo del corazon, que era bueno, se arrepentia ella al cabo, no siendo fecundo este arrepentimiento sino en nuevos motivos de disgustos y de amargura.

La energía de las pasiones habia así, poco á poco, fatigado materialmente el corazon de doña Blanca, excitándole á moverse con impulso superior á sus fuerzas. No padecia sólo de las palpitaciones nerviosas de que daba muestras en aquel instante. Tal vez (los médicos al ménos lo habian afirmado) doña Blanca tenía una enfermedad crónica en aquel órgano tan importante.

A pesar de su cansancio, tal vez el excesivo ejercicio habia agrandado y robustecido de una manera peligrosa aquel activo corazon.

Como quiera que fuese, doña Blanca hacía tiempo que estaba harta de vivir.

La única idea, el único propósito, el solo fin que en su vivir estimaba era el de cumplir un deber terrible: el evitar que su hija heredase á D. Valentin.

Cuando su hija le prometió con solemne promesa entrar en el claustro, y cuando despues supo, de boca del padre Jacinto, y más tarde de los labios del mismo D. Fadrique, el rescate de Clara, si bien le rechazó y le juzgó inútil ya, se tranquilizó, creyendo su propósito cumplido en cualquier evento, y considerándose desligada del mundo; sin nada que hacer en él sino atormentarse, y sin razon alguna para desear, estimar y conservar la vida.

El reposo relativo del espíritu de doña Blanca cuando pensó haber hallado la solucion de su difícil problema, la hizo caer en una postracion, en una atonía peligrosa. Por otro lado, no obstante, su imaginacion, fecunda en atormentarla, le ofrecia mil motivos de afliccion y de ira. La generosidad del Comendador humillaba su orgullo, y por más que trataba de empequeñecerla ó de afear y envilecer sus causas fingiéndoselas vulgares, absurdas ó caprichosas, dicha generosidad resplandecia siempre y la ofendia.

La voluntad de doña Blanca era de hierro; po-

cas personas más pertinaces y firmes que ella; pero su espíritu vacilaba y no se aquietaba jamas. La fuerza de cualquier encontrado pensamiento bastaba á descontentarla de lo que habia hecho, y no bastaba á hacerle cambiar y á moverla á hacer otra cosa. No producia sino nueva mortificacion estéril.

Así es que doña Blanca percibia vivamente la presion que habia ejercido sobre el alma de su hija; que, sin querer, acaso la habia hecho infeliz; y que su hija iba á encerrarse en un convento, no devota, sino desesperada. Las rudas acusaciones del Comendador durante la fatal entrevista, acusaciones contra las cuales se habia ella defendido con valor y tino, terminada aquella lucha de palabras, acudian á su mente con mayor fuerza, sin que las dijera el Comendador, sin que se pudieran rechazar merced al calor de la disputa, y labrando en su ánimo como una honda llaga.

El ardiente amor que el Comendador le habia infundido, siendo causa de que ella se humillase, se habia convertido en espantoso aborrecimiento; y sin perder este carácter, sin volver á su sér primero, porque ya no era posible, porque su alma tenía mucha hiel para poder amar, habíase recrudecido en su seno durante la entrevista con el hombre que le inspiraba.

Todos estos dolores, tribulaciones y combates

espirituales no es de maravillar que produjesen en doña Blanca una enfermedad aguda, sobreexcitando sus males crónicos.

Poco despues de la conversacion entre Clara y Lucía, de que acabamos de dar cuenta, visitaron á la enferma los dos médicos mejores de la ciudad. Ambos convinieron en que su dolencia era de cuidado. Ambos reconocieron cierta alarmante alteracion en la circulacion de la sangre, que por la fiebre sola no se explicaba. El corazon tenía una actividad enfermiza y un excesivo desarrollo. El pulso era vibrante y duro. El lado izquierdo del pecho de la enferma se estremecia con las palpitaciones. Un vivo carmin teñia las mejillas de doña Blanca, de ordinario pálidas.

Los médicos auguraron mal de estos y otros síntomas; la principal dolencia estaba complicada con otras muchas. No hallando, pues, remedio eficaz por lo pronto, recetaron algunos paliativos, y entre ellos la digital en pequeñas dósis.

Aunque disimularon bastante la gravedad y el carácter poco lisonjero de sus observaciones y pronósticos, dejaron á las dos amigas en extremo afectadas.

Todo aquel dia permaneció Lucía al lado de Clara, auxiliándola en sus faenas y cuidados; pero ya no era ocasion propicia para volver á las confidencias.

Si bien Clara no volvió á hablar del estado de su alma, sin duda pensaba en él, segun lo preocupada que estaba. Lo que ántes de confiarse á Lucía habia ella percibido en imágenes vagas y como borrosas, habia adquirido, en su propia mente, mayor sér, consistencia y determinada figura al formularse en palabras. Así es que, en medio del afan y del dolor que por su madre sentia, Clara se atormentaba con la idea de aquella inclinacion hácia un sujeto, á favor del cual, por extraordinario hechizo, se trocaban en causas y motivos de simpatía y afecto todas las razones que para aborrecerle le daban.

Lucía, por su parte, tambien estaba meditabunda y triste en extremo. Su taciturna tristeza, dado su carácter regocijado, parecia superior á la pena que pudiera sentir por el mal de doña Blanca, y áun al mismo disgusto que los devaneos mentales y los dolores fantásticos de su amiga debieran causarle.

Don Valentin, combatido por los opuestos sentimientos de la compasion y del terror que su mujer le inspiraba, seguia viniendo con frecuencia á informarse del estado de la paciente; pero, en vez de entrar en el cuarto y asomar la nariz á la alcoba, se quedaba fuera y asomaba sólo al cuarto la nariz, preguntando á su hija·

— ¿Cómo está tu mamá?

Clara respondia: «Lo mismo»; y D. Valentin se iba.

Fuera de la criada de más confianza, que ya venía á traer un recado, ya á dar algun auxilio indispensable, nadie más que el padre Jacinto entraba en la habitacion donde se hallaban Clara y Lucía.

Al anochecer subió de punto, llegó á su colmo la agitacion febril de doña Blanca. El padre Jacinto estaba acompañando á las dos amigas y asistiendo con ellas á la enferma.

Esta, que habia estado por la tarde soñolienta y postrada, empezó á dar señales de vivísima exaltacion: se quejó de que le dolia la cabeza: mostró en el semblante cierta movilidad convulsa; pronunció frases sin órden ni concierto. Lo que más repetia era:

—Véte, Valentin. Déjame, no me atormentes. Sin duda la enferma tenía la alucinacion de ver á D. Valentin, que allí no estaba.

Así permaneció doña Blanca hasta cerca de las diez. Entónces se agravó el mal: el delirio se declaró; estalló con ímpetu.

El cerebro sintió por completo la reaccion del mal que la infeliz tenía en las entrañas. Los pensamientos todos, que durante años la atormentaban, y que hacía más de treinta horas habian cobrado mayor brío, se barajaron en tumulto; se

rebelaron contra la voluntad, se hicieron independientes de ella, rompieron todo freno; y, buscando y hallando maquinal é instintivamente palabras adecuadas en que formularse, salieron del pecho en descompuestas voces.

Doña Blanca se incorporó en la cama; miró con ojos extraviados á Lucía y á Clara y al fraile, y habló de esta manera:

—¡Véte, Valentin! ¿Por qué quieres matarme con tu presencia? Mátame con un puñal..... con una pistola. Échame una soga al cuello y ahórcame. No seas cobarde. Toma la debida venganza.

—Sosiégate, doña Blanca, interrumpió el fraile, á quien ella se dirigia como si fuera D. Valentin. Sosiégate: tu marido está fuera..... Idos, muchachas, añadió, dirigiéndose á las dos amigas. Dejadme solo con la enferma, á ver si logro que se sosiegue.

Clara y Lucía, como si estuviesen allí clavadas, no se movieron. Doña Blanca prosiguió:

—Ten valor y mátame. Tu honra lo exige. Es necesario que mates tambien al Comendador. Está condenado. Se irá al infierno y me llevará consigo.

—¡Madre, madre, V. delira! exclamó Clara.

—No, no deliro, respondió doña Blanca. Y tú, necio, añadió dirigiéndose al fraile, ¿eres ciego? ¿no la ves? y señalaba con el dedo á su hija.

¡Cómo se le parece! ¡Dios mio! ¡Cómo se le parece! Es un retrato suyo. ¡Apártate de mi vista, vivo testimonio de mi vergüenza!

Clara, llena de horror y de ansiosa curiosidad á la vez, oia á su madre y pugnaba por comprender todo el arcano tremendo. Al sonar las últimas palabras, que iban dirigidas á ella, se cubrió Clara el rostro con ambas manos.

—Bien puedes estar satisfecha, continuó doña Blanca. Te tenía olvidada; pero al cabo se acordó de tí é hizo un gran sacrificio. Ya pagó de antemano lo que has de heredar de mi marido. Te rescató de Dios para entregarte al mundo. Quédate en el mundo. Tú no puedes ser monja. La mala sangre del Comendador hierve en tus venas. ¿Cómo dudar que eres la hija maldita de aquel impío?

Clara, al oir estas últimas palabras, dió un grito inarticulado y cayó desmayada entre los brazos de Lucía.

Lucía sacó á Clara fuera de la alcoba, sosteniéndola por debajo de los brazos y tirando de ella.

Doña Blanca, entre tanto, no pudiendo resistir más á la honda emocion, extenuada, rendida, cayó de nuevo en la cama, con temblor convulso y rigidez de los tendones, lo cual fué cediendo con lentitud y dando lugar á un desfallecimiento profundo.

El padre Jacinto acudió entónces á donde estaba

Clara, que Lucía habia recostado en un sofá.

Clara volvió en sí del desmayo, exhaló un suspiro y rompió á llorar con desatado y copioso llanto.

—¡Clara, amiga querida! dijo Lucía.

—Cálmate, niña, cálmate, exclamó el padre Jacinto.

—¡Dios santo y misericordioso! dijo Clara. Tu mano omnipotente me hiere y me sana al propio tiempo. ¡Pobre madre mia de mi alma! ¡Cuán infeliz has sido! Y él..... ¡ay! él..... no puede ser impío y perverso como tú supones..... ¡Ahora comprendo por qué y cómo yo le amaba!

XXIX.

La enfermedad siguió su curso ascendente. Tres dias despues de la escena que hemos descrito, doña Blanca estaba tan mal, que no habia esperanza de salvarla.

Su hija y Lucía la habian cuidado, la habian velado con el mayor cariño y esmero.

Los accesos de delirio se habian renovado con largas intermitencias de postracion.

La cabeza de doña Blanca se despejó al cabo por completo; pero su estado era digno de lástima: la respiracion, corta y anhelante; la voz, alterada y ronca; imposibilidad de estar acostada; necesidad de estar incorporada.

Los médicos declararon al padre Jacinto que habia sobrevenido un grave impedimento á la circulacion de la sangre en el mismo corazon; y que, si crecia el impedimento, se seguiria la muerte.

El Padre dejó percibir á Clara aquel terrible pronóstico, con la mayor delicadeza que pudo, y confesó y administró á la paciente.

En aquel momento supremo, á las puertas de la eternidad, doña Blanca depuso la dureza de su genio, su orgullo y su amargura, y no guardó en el alma sino la fe vivísima, que hizo renacer en ella las esperanzas ultramundanas y abrió el manantial de las más puras consolaciones.

Doña Blanca llamó á D. Valentin, le abrazó y le suplicó que la perdonase. Don Valentin, muy afligido y lloroso, y no ménos humilde, contestó que nada tenía que perdonar; que él era el culpado, pues no habia sabido hacer dichosa á una mujer tan santa y tan buena.

El rostro macilento de doña Blanca se tiñó entónces de ligero rubor. Sus labios exhalaron un triste suspiro.

A Clara la llamó á sí doña Blanca, le dió un beso en la frente, y le dijo al oido con acento apénas perceptible :

—Dí á tu padre que le perdono. Tú, hija mia, sigue los impulsos de tu corazon. Eres libre. Sé honrada. No te cases si no le amas mucho. Mira no te engañes. Lo sé todo..... Me lo ha dicho el padre Jacinto. Si le amas y merece tu amor, cásate con él.

Pocos instantes despues exhaló doña Blanca el último suspiro, diciendo con ahogada y sumisa voz :

—¡Jesus me valga!

El dolor de Clara fué profundo. Silenciosamente lloró la muerte de su madre.

Lucía lloró tambien y trató de mitigar con su afecto el dolor de su amiga.

El padre Jacinto, acostumbrado al espectáculo de la muerte y familiarizado con ella, cerró piadosamente los ojos y la boca de la difunta, que se habian quedado abiertos, puso sus manos en cruz y la extendió en el lecho.

El débil D. Valentin, cuando vió muerta á su mujer, sintió por un lado una pena muy viva, porque todavía la amaba ; pero, por otro lado, segun aseguran malas lenguas, que siempre están de sobra, advirtió cierto alivio, cierto desahogo, cierto infame deleite en su alma, como si le qui-

táran un enorme peso de encima; como si le libertáran de la esclavitud. Tan opuestas pasiones, batallando dentro de su nerviosa y débil constitucion, le hicieron romper en risa sardónica. Despues se asustó de sí mismo; se creyó peor de lo que era; tuvo miedo del diablo; tuvo vergüenza de que Dios, que todo lo ve, viese la sucia fealdad de su conciencia, y se compungió y amilanó. Acudieron entónces á su memoria los amores pasados, los dulces dias de la ilusion, el tiempo en que su mujer le queria; y todo ello enterneció por tal arte aquel pecho nada varonil, que el desgraciado se deshizo en lágrimas, dando sollozos, gemidos y hasta gritos, moviendo á gran compasion el verle y el oirle.

El padre Jacinto llevó á D. Fadrique la noticia de la catástrofe.

Don Fadrique, retirado en su cuarto, aguardaba siempre con ansiedad noticias de la enferma. Esta vez, al mirar al padre Jacinto, el Comendador leyó en su rostro lo que habia ocurrido.

— Ha muerto, dijo el Comendador.

— Ha muerto, respondió el fraile.

El Comendador no replicó palabra. Inmóvil, de pié, callado, sintió un dolor mezclado de remordimiento. Dos gruesas y amargas lágrimas rodaron por sus mejillas.

— Te ha perdonado, dijo el padre Jacinto.

—¡Ah, Padre!..... yo no me perdono..... Me sería ménos insufrible en la memoria el recuerdo de una afrenta no vengada..... de una vileza en que yo hubiese incurrido..... de una mancha en mi honor..... En cualquiera otro caso me sería más fácil conciliarme conmigo mismo. Aunque Dios me perdone..... yo no me perdono.

XXX.

A los seis meses de la muerte de doña Blanca, en pleno invierno, se reunian todas las noches en torno del hogar, en el piso alto de la casa del mayorazgo D. José Lopez de Mendoza, á más de su mujer y de su hija Lucía, el Comendador D. Fadrique, el viudo D. Valentin, Clara y á veces el padre Jacinto.

El jóven D. Cárlos de Atienza habia estado dos ó tres veces en Sevilla á ver á sus padres; pero en seguida se habia vuelto. Tenía abandonada la Universidad; no pensaba en los estudios ni en la carrera. Habíase consagrado enteramente á idolatrar, á consolar, á adorar á Clarita, á quien ya veia sin dificultad, de diario.

Don Fadrique y el padre Jacinto iban y venian á Villabermeja, pero estaban más tiempo en la ciudad.

La donacion de los bienes de D. Fadrique se habia hecho en toda regla y con el posible sigilo.

Don Fadrique vivia modestamente de su paga de oficial retirado. Habitaba, no obstante, en Villabermeja, la casa del mayorazgo, alhajada con los preciosos muebles que trajo cuando vino.

El carácter de D. Fadrique no habia cambiado, pero se habia modificado. Su optimismo natural sufria interrupciones frecuentes. Negra nube de tristeza ofuscaba á menudo el resplandor de su abierta y franca fisonomía.

Aunque el dolor por la muerte de doña Blanca se habia ido mitigando en todos aquellos corazones, Clara la recordaba con ternura melancólica, y el Comendador con cariño y con penoso arrepentimiento á la vez.

Sólo D. Valentin, que comia como un buitre, y que habia engordado, y no hallaba quien le riñese ni quien le dominase, se creia en la obligacion de llorar cuando ménos ganas tenía. Entónces la consideracion de aquello á que se juzgaba obligado, y el ver que no le salian de adentro la afliccion y el lloro, le compungian de nuevo y producian en él el prurito y el flujo. Don Valentin

era un mar de lágrimas dos ó tres veces por semana.

Clara, viendo ya á todas horas á D. Cárlos y á D. Fadrique, habia penetrado la diferencia de los afectos que á ambos la ligaban, y cada dia los hallaba más compatibles. El Comendador le inspiraba cada dia más veneracion, ternura y gratitud por su sacrificio generoso. Don Cárlos le parecia cada dia más agraciado, bello, enamorado, ingenioso y poeta.

Pasaron así algunos meses más. Vino la primavera. Llegó el verano. Solemnizóse el primer aniversario de la muerte de doña Blanca con llanto y con misas y otras devociones.

El escrúpulo de faltar á la promesa de ser monja se borró al fin de la mente de Clarita. Su madre, al morir, la habia absuelto de la promesa. El amor inspirado y sentido la excitaba á no cumplirla. El bueno del padre Jacinto, confesor de Clarita, le aseguraba que la promesa era nula.

Clarita al cabo la anuló, haciendo otra promesa dulcísima para D. Cárlos. Le prometió darle su mano, confesándole al fin que le amaba.

Una alambicada cavilacion habia detenido á Clara en dar el sí á D. Cárlos. Clara juzgaba probable que D. Casimiro muriese sin sucesion y que alguna parte de los bienes del rescate viniese á ella; pero hasta esta duda, que si bien del-

gada y sutil, la mortificaba, se disipó del todo.

Nicolasa, ó mejor dicho la señora doña Nicolasa Lobo de Solis, esposa legítima de D. Casimiro, dió á luz un robusto infante.

Cuando el Comendador, al volver un dia de Villabermeja, trajo esta noticia, fué Lucía la primera persona á quien se la comunicó.

—Calle V., tio, exclamó la muchacha; de seguro que el niño de D. Casimiro será un escomendrijo; parecerá un gazapillo desollado.

—No, sobrina, contestó el Comendador: el recien nacido Solís es fuerte como un becerro.

Así era la verdad, segun hemos sabido despues. El primogénito de los Solises parecia, no un becerro, sino un toro.

Don Casimiro era el varon más bienaventurado de la tierra. Estaba lleno de satisfaccion y de orgullo de verse tan amado de su mujer, y de tener por hijo á un Hércules tebano, sin pensar en el Saturnio y sin mirarse como Anfitrion, pues ignoraba la Mitología.

El tio Gorico, desde el casamiento de Nicolasa, habia empezado á pugnar por que le llamasen don Gregorio; habíase jubilado del oficio de Abraham y del de pellejero, y no se empleaba más que en beber aguardiente y rosoli, y en ponderar la ventura y grandeza de su hija, sus virtudes y la vida beata que daba á su ilustre esposo.

Despues del bautismo de la criatura, iba el tio Gorico de casa en casa, refiriendo el júbilo de su yerno, quien ya se volvia hácia la cama donde estaba Nicolasa, ya hácia la cuna donde estaba el niño, y ya se paraba á igual distancia de la cama y de la cuna, y exclamaba, levantando las manos al cielo:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué he hecho yo para ser tan dichoso?

En efecto, la dicha pudo más que D. Casimiro, y pronto le hundió en la sepultura.

Aunque sea adelantar los sucesos, se dirá aquí que la viuda llevó una vida retirada, sin recibir ni tratar, durante un año, sino al platónico Tomasuelo, y que tuvo dos gemelos póstumos, los cuales, si el primogénito merecia llamarse Hércules, no merecian ménos pasar por Cástor y Pólux.

La rectitud de la conciencia de doña Blanca y sus severos fallos, hallando un leal y decidido ejecutor en D. Fadrique, daban así sus resultados naturales, proporcionando pingüe herencia á aquellos mitológicos angelitos, vástagos lozanos de la familia de Solis.

Como quiera que fuese, toda persona delicada y noblemente orgullosa no repara en las bajezas y bellaquerías del vulgo de los mortales y en la utilidad que proporcionan: no acepta jamas, sino

en sentido irónico y de burla, la picaresca sentencia de la fábula:

«Tómelo por su vida: considere
que otro lo comerá, si no lo quiere.»

Así es que D. Fadrique se reia de las consecuencias de su desprendimiento, y no por eso dejaba de aplaudirse de haberle tenido. Lo que á él le importaba era que su pura y hermosa hija no disfrutase de nada que no fuese suyo ó por lo que en compensacion no hubiera él dado lo equivalente con usura.

La boda de Clara y de D. Cárlos de Atienza se celebró al cabo en un bello dia del mes de Octubre de 1795, año y medio despues de morir doña Blanca.

Los padres de D. Cárlos vinieron de Sevilla para asistir á la boda.

Los desposados se quedaron á vivir en la ciudad donde ha sido la escena de nuestra historia.

Durante el año y medio, que tan rápidamente hemos recorrido, el Comendador habia vivido, ya en Villabermeja, ya en la ciudad en casa de su hermano; pero más en la ciudad que en Villabermeja.

El afecto hácia Clara le atraia á la ciudad; pero, como Clara andaba muy distraida en sus amores y

era muy dichosa, no consolaba tanto las melancolías del Comendador como su rubia sobrina.

Esta era la que llamaba al Comendador cuando se tardaba en volver de Villabermeja; la que más le escribia diciéndole que viniese, y la que le enviaba recados con el mulero y con el aperador para que dejase la soledad bermejina.

Como Lucía estaba ya enterada de todos los secretos de su amiga Clara, y como tampoco ocurrian cosas importantes, no habia motivo ni pretexto para acudir á cada momento al tio, preguntándole, como en otro tiempo, qué habia de nuevo. En cambio Lucía, libre ya de los cuidados en que la suerte de su amiga la habia tenido, sintió despertarse en su alma la más viva curiosidad científica. La Astronomía y la Botánica, que ántes la enojaban cuando habia secretos de Clara que ansiaba penetrar, la entusiasmaban ahora extraordinariamente, y nunca se cansaba de oir las lecciones que su tio le daba, excitado por ella. No habia leccion que no le pareciese corta. No habia misterio de las flores que no quisiese descubrir. No habia estrella que no quisiese conocer.

La discípula ponia en grandes apuros al maestro, porque si se trataba del movimiento de los astros, de su magnitud, de la distancia á que se hallaban de la tierra y de otras afirmaciones por el estilo, ella queria saber la razon y el funda-

mento de las afirmaciones, y D. Fadrique hallaba disparatado y hasta absurdo enseñar las matemáticas á una sobrina tan guapa, tan alegre y graciosa; y, por el contrario, si se trataba de flores, Lucía queria que le explicase su tio lo que era la vida y lo que era el organismo, y aquí el Comendador hallaba que no habia ciencia que respondiese á las matemáticas y que explicase algo. Sin querer se encumbraba entónces á una filosofía primera y fundamental, y Lucía le escuchaba embebecida, y, como vulgarmente se dice, metia tambien su cucharada, porque de filosofía habla, en queriendo, y no habla mal, toda persona de imaginacion y viveza.

En suma, Lucía se iba haciendo una sábia. Miéntras más aprendia, más iba creciendo su aficion y su empeño de saber. Las lecciones y conferencias duraban horas y horas.

El Comendador se acostumbró de tal suerte á aquel dulce magisterio, que el dia en que no daba leccion le parecia que no habia vivido.

Sus dias de Villabermeja fueron disminuyendo, y alargándose cada vez más los que pasaba con la discípula.

Siempre que volvia de Villabermeja, el Comendador traia á su discípula libros de su biblioteca, flores y plantas de su huerto, y pájaros que cazaba vivos. Lucía gustaba mucho de los pájaros, y,

merced al Comendador, no habia ya casta de aves en toda la provincia, ora de paso, ora permanentes, de que Lucía no tuviese un par de muestra en su pajarera.

Notado todo esto por Clara y D. Cárlos, daba ocasion á bromas inocentes, pero que turbaban algo al Comendador y que ponian á Lucía colorada como la grana.

Los novios hablaban á Lucía con cierto retintin de su excesivo amor á la ciencia.

En fin, aunque el Comendador y Lucía no se hubieran dado, ni hubieran querido darse cuenta de lo que les pasaba, Clara y D. Cárlos les hubieran hecho reflexionar, pensar en ellos mismos y despejar la incógnita.

El Comendador y Lucía, á pesar de la diferencia de edad, estaban perdidamente enamorados el uno del otro.

Lucía admiraba en su tio la discreccion, la nobleza de carácter, el saber y la elegancia natural del porte y de los modales. Le encontraba hermoso, de varonil hermosura, y no le parecia posible que hubiese otro tal hombre como él en todo el mundo.

A D. Fadrique le parecia Lucía tan bonita, tan buena y tan inteligente como Clara, que era todo cuanto él podia encarecer la alabanza, allá en su pensamiento. La alegría de Lucía concordaba ade-

mas muchísimo mejor con el carácter del Comendador que la seriedad un poco triste que Clara habia heredado de su madre.

El Comendador, que al fin no era una criatura inexperta, conoció pronto que amaba á Lucía y que de ella era amado; pero, pensando en su edad y en el idilio de D. Cárlos, no se atrevia á declarar su amor, si bien le manifestaba con su constante solicitud en servir á Lucía.

Ella no atinaba, entre tanto, á comprender la timidez del Comendador, á quien juzgaba enamorado.

De aquí que se dijesen toda clase de requiebros y finezas, que literalmente podrian tomarse por efecto de amistad tiernísima, pero que ocultaban el fervoroso espíritu de verdadero amor.

Don Fadrique, á más de sus años, creia tener otro inconveniente, que en su delicadeza no le permitia aspirar á ser amado de Lucía. Este otro inconveniente era su pobreza; pero Lucía, precisamente por esa pobreza y por el motivo que la habia causado, amaba y admiraba más al Comendador. El descuidado desden, la alegre calma y el nada trabajoso ni lamentado abandono con que D. Fadrique se habia desprendido de más de cuatro millones, valian más de mil en la poética y generosa mente de Lucía.

Esta llegó á veces á preguntar á su tio (sabido es que tenía el defecto de ser muy preguntona) que por qué no se casaba.

Cuando el tio le contestaba que porque era viejo, Lucía le aseguraba que era mozo ó que estaba mejor que los mejores mozos. Cuando el tio contestaba que porque era pobre, Lucía afirmaba que la paga de oficial retirado era más que suficiente; que ademas la chacha Ramoncica estaba poderosísima con lo que habia ahorrado, é iba á dejarle por heredero; y que, por último, podia casarse con una rica.

Todo esto lo decia Lucía con mil rodeos y disimulos; pero el Comendador, si bien lo comprendia, juzgaba aún que ella podia engañarse y tomar por amor otros sentimientos de respeto y afeccion casi filial; por donde no hallaba justo ni honrado prevalerse tal vez de una alucinacion de aquella linda muchacha para lograr lo que consideraba una felicidad para él.

En esta situacion se hallaban Lucía y el Comendador la noche en que se celebró la boda de Clara y de D. Cárlos en casa de D. Valentin.

El Comendador estuvo alegre, aunque hondamente conmovido, en aquella solemne ocasion, en que una persona tan querida de su alma se unia con lazo indisoluble al hombre que debia hacerla dichosa.

Don José y doña Antonia se volvieron temprano á su casa.

Lucía permaneció al lado de Clara hasta más tarde. Tambien se quedó con ella el Comendador.

Juntos y solos volvieron ambos á la casa. La noche estaba hermosísima, la calle silenciosa y solitaria, el ambiente tibio y perfumado, el cielo lleno de estrellas y sin luna.

Lucía iba callada, contenta, pensando en la ventura de su amiga.

No estaba D. Fadrique ménos soñador é imaginativo.

El tránsito de una casa á otra era cortísimo; pero, sin reflexionar, le alargaron ellos, parándose en medio de la calle y contemplando la bóveda inmensa del firmamento, como si quisiesen interrogar á las eternas luces, que allí fulguraban, sobre la suerte de los recien casados y quizá sobre la propia suerte.

Lucía, dando un suspiro, dijo al fin:

—¡No lo dude V....., serán muy felices!

—Alégrate sólo y no estés envidiosa, respondió el Comendador; tú hallarás tambien un hombre que te merezca, que te ame y á quien ames tú con toda la energía de tu corazon.

—No, tio; no me amará, replicó Lucía. Yo soy muy desgraciada.

Y Lucía suspiró de nuevo. El Comendador, á

la dulce y escasa luz de los astros, vió entónces que corrian dos hermosas lágrimas por las mejillas de Lucía. La luz de los astros se quebraba en aquellos líquidos diamantes y daba reflejos de íris.

El Comendador no fué dueño de sí mismo. Acercó su rostro al de Lucía y puso los labios en una de aquellas lágrimas. Luégo exclamó :

—¡Te amo!

Lucía no contestó palabra. Echó á andar hácia su casa; llamó, abrieron, y entró seguida del Comendador.

Al llegar á la escalera, se volvió y le dijo :

— Buenas noches, tio. Adios, hasta mañana. Mamá me estará aguardando.

El Comendador puso la cara más afligida del mundo, viendo que tan secamente respondia la muchacha, ó mejor dicho, no respondia á su repentina y vehemente declaracion.

Ella se apiadó entónces, sin duda, y añadió sonriendo :

—Hable V. mañana con mamá.....

—¿Y qué?..... interrumpió D. Fadrique.

—Y pida V. la licencia á Roma.

Dicho esto, muy avergonzada, pero muy satisfecha, Lucía subió á brincos la escalera, y dejó al Comendador no ménos contento que ella iba.

Cuando supo Clara que Lucía y el Comendador habian decidido casarse, se alegró en extremo.

Don Cárlos de Atienza compartió la alegría de su mujer, y recordando que debia una especie de satisfaccion al Comendador, el cual se habia creido aludido cuando le oyó leer el idilio contra el viejo rabadan, compuso otro idilio en defensa de un rabadan no tan viejo y en alabanza del amor de los rabadanes.

Este segundo idilio, que viene á ser como la palinodia del primero, se conserva aún en los archivos de Villabermeja, de donde mi amigo don Juan Fresco me ha remitido copia exacta y fidedigna, que traslado aquí para terminar. El idilio es como sigue :

En la vid con sus pámpanos lozana
Relucen cual topacio los racimos.
Quita lluvia temprana
Al alma tierra la aridez estiva,
Y los frutos opimos
Medran con nuevos jugos en la oliva
Y en el almendro que entre riscos brota.
Recobra el claro rio
El caudal que perdiera en el estío ;
Y el áspera bellota
Se madura y endulza entre el pomposo
Follaje, donde el viento
Para las gentes de la edad primera
Con fatídico acento
La voluntad de Júpiter dijera.
No como en primavera
El campo está de flores matizado;
Que el labrador cansado

En las flores cifraba su esperanza,
Y ora en cosecha sazonada alcanza
El premio de su afan y su cuidado.
Embalsama el membrillo con su aroma
Los céfiros ligeros;
Y en el limon y en la madura poma,
Y en los sabrosos peros,
El oro luce y el carmin asoma,
Que brillaron en rosas y alelíes;
Miéntras, por celos de su flor, empieza
A romper la granada su corteza,
Descubriendo un tesoro de rubíes.
Con la otoñal frescura
Nace la nueva hierba, y su verdura
La palidez de los rastrojos cubre.
Serena está la esfera cristalina,
Y hácia el rojo Occidente el sol declina
En una hermosa tarde del Octubre.
Fílis, la pastorcilla soñadora,
Bella como la luz de la alborada,
Abandonando ahora
Su tranquila morada,
Va de las ninfas á la sacra gruta;
Y en vez de flores, por presente lleva
Un canastillo de olorosa fruta,
Con que á vencer la resistencia prueba
Que hacen á sus amores
Las ninfas que en el suelo
A Cupidos traviesos y menores
Dan vida y sér contra el Amor del Cielo.
No bien el antro con su planta huella,
Donde reinan las sombras y el reposo,
Con terror religioso
Se estremece la tímida doncella.
Su presente coloca

De las silvestres ninfas en el ara,
Y altas razones de prudencia rara,
Que pone el Númen en su fresca boca,
Con esmerada concision declara:
« Ninfas, no os ofendais de mi desvío;
No deis vuestro favor á los zagales
Que cautivar pretenden mi albedrío.
Son como los rosales,
Que lucen mucho en la estacion florida
Y dan amarga fruta desabrida.
De su orgullosa mocedad el brío
Apetece y no ama;
Y con enojo en sus palabras leo
Que poética llama
Ni ennoblece ni ilustra su deseo;
Y que el conato que imprimió natura
En todo sér viviente
No se acrisola allí ni se depura
Del cielo con la luz resplandeciente.
Ya sé que los Cupidos,
Vuestros hijos queridos,
Dan á la tierra su virtud creadora;
Mas el Amor, que en el Empíreo mora,
Esa misma virtud en ellos vierte,
Y difunde doquier su vida arcana,
Vencedora del mal y de la muerte.
Pues bien; la que se afana
Los misterios ocultos y supremos
Por saber de este Amor, ¿lograrlo puede
Con un zagal sencillo y sin doctrina?
Las que tesoro tal gozar queremos,
¿No es mejor que busquemos
Al varon sabio á quien el Dios concede
El vivo lampo de su luz divina?
Por esto, Ninfas, á mi Irenio adoro:

Como en arca sagrada,
Guarda dentro del alma inmaculada
Del Amor el tesoro;
Y arde su llama bajo el limpio hielo
Con que el tenaz trabajo de la mente
Corona ya su frente,
Como corona el cano Mongibelo.
Así Irenio recobra por la ciencia
Lo que roba del tiempo la inclemencia.
¡ Cuánto zagal con incansable mano
Toca el rabel en vano
Por carecer de gracia y maestría ;
Miéntras que Irenio, con su blando tino
Y su plectro divino,
Produce encantadora melodía,
Y hace sentir al alma lo que quiere,
No bien la cuerda hiere !
Si el zagal inexperto
Persigue al perdigon en la carrera,
O le pierde ó le coge medio muerto:
Mas la diestra certera
Pone Irenio prudente
En el oculto nido,
Do el pájaro reposa con descuido,
Y su pluma naciente
Sin destrozar, sus alas no fatiga,
Y le aprisiona al fin para su amiga.
Ni resplandece ménos el ingenio
Del doctísimo Irenio
En componer cantares
Y en referir historias singulares.
Cuando me alcanza de la rama verde
La tierna nuez, la alloza delicada.
Elige lo mejor, sin tronchar nada.
Cuando algun corderillo se me pierde,

Él le busca y á casa me le lleva ;
Y de contínuo me regala y prueba
Su cariño sincero,
O haciendo con esmero
De los huesos de guinda
Ya un barquichuelo, ya una cesta linda,
O enseñando á sacar á mi jilguero
El alpiste menudo
De entre mis labios con su pico agudo.
Tan sólo me perturba y me desvela
Que Irenio á veces con el alma vuela
Por donde de su amor terreno dudo.
Pero si Irenio de verdad me amára,
Mayor triunfo sería
El lograr la victoria,
No de pastoras de agraciada cara,
Sino de la poesía,
De la ciencia, del arte y de la gloria.»
Irenio á Fílis, escondido, oia;
Y apareciendo y dándole un abrazo,
Dijo con modestísima dulzura :
« Este amoroso lazo,
Que labra mi ventura,
En vano, Fílis, explicar pretendes
Con tus alambicadas discreciones.
¡ Ay, candorosa Fílis ! ¿ No comprendes
Que, á pesar del saber que en mí supones.
Amor no te infundiera
Tu rabadan si muy anciano fuera ?
Cuando mi amor al del zagal prefieres,
Por viejo no, por rabadan me quieres.»

FIN DE EL COMENDADOR MENDOZA.

1813

LS
V162c

Valera, Juan
El Comendador Mendoza.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET